This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

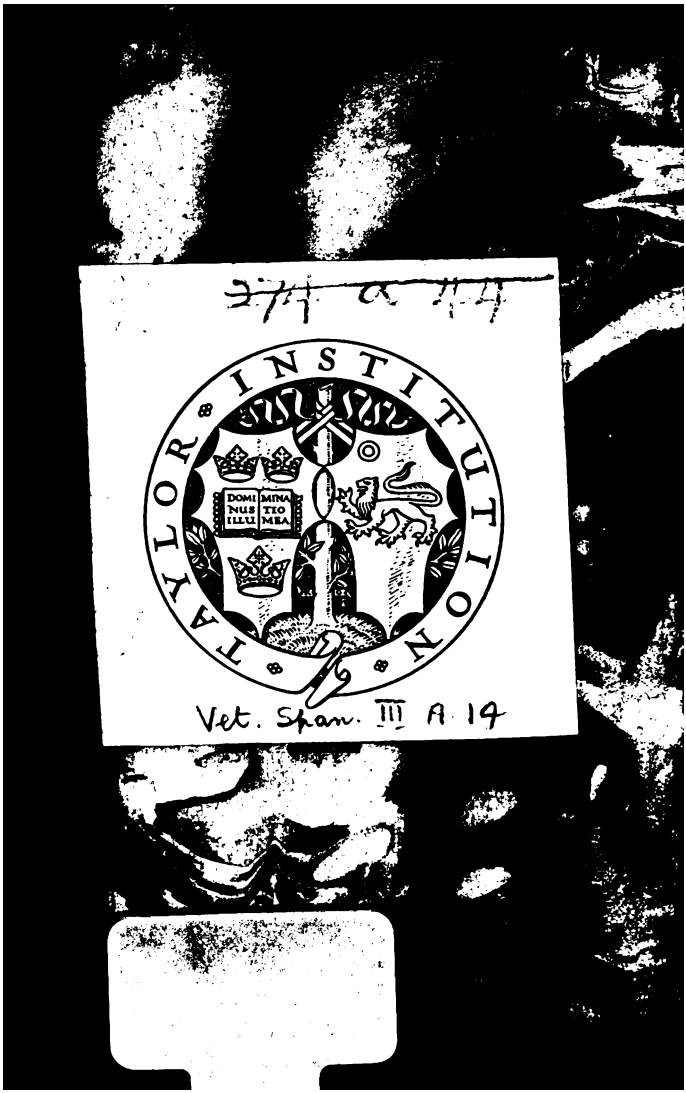
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

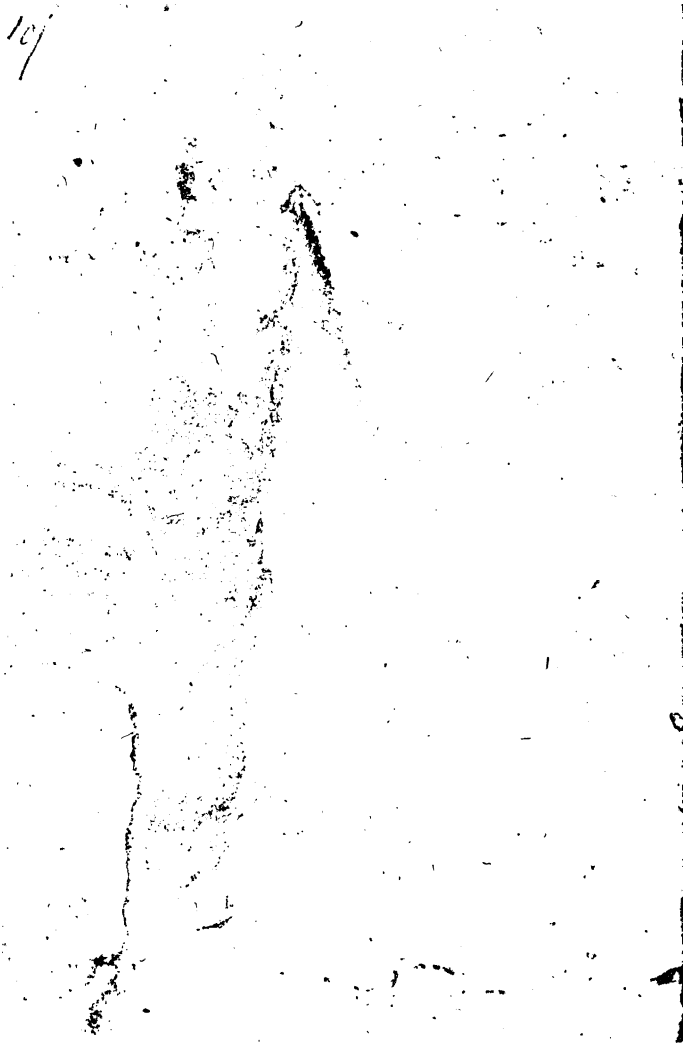
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`


TAYLOR INSTITUTION
DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA
Vet. Slav. III A 14



COMPENDIO HISTÓRICO

DE LA VIDA,

CARACTER MORAL Y LITERARIO

DEL CELEBRE

P. JOSEF FRANCISCO DE ISLA,

con la noticia analítica de todos sus escritos.

COMPILADO

POR D. JOSEF IGNACIO DE SALAS, Presbítero.

DALO A LUZ

D.ª María Francisca de Isla y Losada, hermana del mismo P. Isla.

Y LO DEDICA AL PÚBLICO.

MADRID MDCCCIII.
POR LA VIUDA DE D. JOAQUIN IBARRA.
Con licencia.

THE TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
22 JUL 1938
OF OXFORD

AL QUE LEYERE.

La compendiosa vida que saco á luz de mi hermano el P. Josef Francisco de Isla es un tributo debido al público, un obsequio al mérito del sugeto y una satisfaccion á mi amor fraternal. El público es acreedor á saber y calificar la vida y acciones de aquel literato, á quien tanto estimó, y cuyos escritos recibió siempre, no solo con aplauso, sino tambien con las mas expresivas demostraciones de entusiasmo, hasta recoger é imprimir despues de su muerte

sus menores fragmentos y papeles sueltos con el título de *Rœbuscos*, sin pararse á exâminar si eran ó no suyos, contentándose con ver su nombre al frente. Prueba de las mas concluyentes que deciden del mérito del autor y de la justicia con que yo deseo perpetuar su memoria, uniéndome al voto universal. Por consiguiente, léjos de temer que mi resolucion sea efecto de oculto amor propio, disimulado con el fraterno, conozco ser esta una de mis mas precisas obligaciones para corresponder al constante

particularísimo afecto con que me distinguió un hermano que no he merecido tener, y en cuyas cenizas quiero dexar sellada mi ternura. Encargué el desempeño á uno de sus amigos que le trató algunos años, y se hallaba instruido de las noticias oportunas, parte adquiridas experimentalmente por sí mismo, parte por las que le comuniqué, recibidas tambien de testigos oculares é informes inmediatos y verídicos. Concluido poco tiempo ha su manuscrito, me lo envió con la carta siguiente.

»Tengo la complacencia de

»haber servido á vmd. y de
»contribuir á la celebridad de
»su hermano, si no como qui-
»siera ni como vmd. debe que-
»rer, á lo ménos como he po-
»dido. No he puesto á ese mi
»papel introduccion ó prólogo,
»pareciéndome que si lo nece-
»sita toca á vmd. este corto tra-
»bajo. Digo *si lo necesita*, por-
»que solo el título en que se
»anuncie la vida del P. Isla, se-
»rá el prólogo mas eficaz para
»interesar la aceptacion y be-
»nevolencia del público. Éste
»resuena todavía en elogios de
»un escritor tan favorito suyo,

»y los hará subir de punto sa-
»biendo las demas calidades
»que le adornáron. Vmd. pues,
»como hermana la mas amante
»y mas querida del mismo, for-
»mará la prefacion que juzgue
»conveniere, á la que se ser-
»virá añadir por mi parte, que
»espero se perdone ó disimule
»la manifiesta desigualdad que
»se hallará entre el fondo ó
»contenido de esta narracion y
»el estilo débil de quien la es-
»cribe. Para hacerlo con la ener-
»gía y dignidad que mereció
»su hermano de vmd. sería pre-
»ciso tener una pluma como la

»suya. No hay derecho alguno »para pretender tanto de la mia; »pero sí para que mi obedien- »cia á las órdenes de vmd., co- »mo no incurre en la tacha de »pusilanimidad tampoco deba »incurrir en la de presuncion."

La copia de esta carta me basta para cumplir á la letra las dos incumbencias que en ella se me dan; y no me queda otra cosa que prevenir al público. mas, que mi buen deseo de que la vida de mi hermano le sea tan grata como sus escritos.

AL PUBLICO.

Por la tercera vez se dedican á V. como tributo de justicia las obras de su estimado autor el P. Isla: las dos primeras veces fuéron obras de su mano y pluma: la presente, aunque no es tal, contiene las principales memorias y acciones de su vida, y por lo mismo puede lisonjearse de ser igualmente bien aceptada. En ella se echarán de ménos los atractivos del estilo que faltan á quien la escribe y sobran á aquel de quien se trata; pero compensarán ventajosamen-

te este defecto los sucesos que se refieren de un hombre tan recomendable por todas sus relevantes prendas. Hasta ahora ha observado V. y admirado en los escritos del P. Isla un ingenio de los mas extraordinarios, una cultura de las mas finas, una erudicion universal, un chiste, gracejo é insinuacion poderosa, y una viva robustez de pensamientos producidos con el mas castizo idioma de la nacion; calidades que en el incorrupto tribunal de V. han conciliado á su genial escritor la calificacion de grande, singular y favorito

suyo. Solo faltaba acabar de complacer á V. con la noticia que deseaba de otras obras del mismo escritas en Italia, parte publicadas, parte inéditas, y con la de su vida y carácter personal. A esta obligacion satisface como puede y debe su hermana, heredera no solo de los manuscritos, sino tambien del respeto y afectuosa gratitud de su hermano á la absoluta é inherente autoridad de V. en el imperio literario y al constante aplauso con que lo premió miéntras vivia y con que prosigue premiando su memoria.

EL P. JOSEF FRANCISCO DE ISLA.
de la Compañia de Jesus.
Murio en Bolonia el dia 2. de Nov.bre
del año de 1781. de edad de 78. 6. mes. y 8. dias.

J.f. Xumero le dibuxó.

Jf. Asensio le

VIDA
DEL P. JOSEF FRANCISCO DE ISLA.

§. I.

Su primera edad y estudios.

Aunque la patria, padres y progenitores, á juicio de los filósofos y de la recta razon, no aumenten ó disminuyan el mérito personal de los hombres grandes, éstos al contrario son siempre el mayor lustre y honor de sus patrias y familias, aun las mas distinguidas y recomendables por otros títulos. Esta gloria han te-

nido las del P. Josef Francisco de Isla, y por lo mismo son acreedoras de particular mencion. Fué su padre don Josef Isla de la Torre, sugeto que á su antigua notoria nobleza unía las mas estimables prendas de capacidad y cristiana integridad de costumbres. Su madre doña Ambrosia Roxo, señora de igual nacimiento y condicion, pareció, qual era verdaderamente, á los muchos sabios que la trataron, una de aquellas almas á quienes suele darse el renombre de grandes y extraordinarias, y que forman mas de una vez, no solo la apología, sino tambien el crédito y ornamento de su sexô. El fondo de

religion y piedad, que animó siempre sus acciones, dió mayores realces á su despejadísimo y fino entendimiento, cultivado con una exquisita lectura é instruccion en varias materias científicas, que supo hermanar con el principal cuidado y gobierno de su familia. Pero la mas breve y decisiva idea de su carácter se contiene en el problema propuesto, y ventilado entre los muchos doctos que conociéron á aquella señora y al P. Josef Francisco, á saber ¿qual era mayor ingenio, el de la madre, ó el del hijo?

Nació éste á 25 de abril de 1703 en la pequeña aldea de Vidanes, por la rara casualidad de

pasar por allí su madre quando iba á cumplir una promesa, no sé á qual santuario, cerca de la antigua é ilustre villa de Valderas en el reyno de Leon. Poco tiempo despues se estableciéron sus padres en la misma villa; y así por esta razon, y por ser patria de su madre, la miró él tambien y adoptó como propia, segun se explica, justamente elogiándola en sus notas á la Historia de España.

Desde su mas tierna niñez empezó á brillar la quasi monstruosa claridad, penetracion y amplitud de sus potencias con admiracion y sorpresa de domésticos y extraños. El uso de razon le amaneció ántes del plazo que suele ob-

servar la naturaleza, y le halló ya instruido en las primeras letras, é iniciado en la Gramática. Poco le costó el proseguirla y concluirla rápidamente, no en pocos años, sino en pocos meses; porque desdeñándose de los juegos y diversiones pueriles, no interrumpia sus funciones diarias con otro exercicio que el de leer y estudiar la Filosofia quando otros empiezan á escribir planas, y la Filosofia le abrió las puertas á otras ciencias mayores con tanta anticipacion, que á los once años de su edad se graduó de Bachiller en Leyes, haciendo al mismo tiempo iguales progresos en el Derecho Canónico, en la Historia y en la Poesía.

Tan estudiosa y felíz aplicacion, unida con la vigilante solicitud de sus padres en darle la mas arreglada y cristiana educacion, fué uno de los medios mas oportunos y eficaces que sirviéron á preservarle de las primeras y mas peligrosas impresiones de los vicios, á conservar la pureza de sus costumbres, y un cierto natural candor é ingenuidad, que le acompañó hasta el sepulcro. Entre las principales personas que frecuentaban su casa, los eclesiásticos y religiosos de todas las comunidades y órdenes tenian la mayor complacencia de conversar con el pequeño don Josef, y continuas ocasiones de maravillarse

oyendo la vivacidad y perspicacia de sus discursos. Él tambien por su parte gustaba mucho de hallar en el trato con aquellos sugetos nuevo pasto á su instruccion, y noticias análogas á las que iba aprendiendo en los libros. Solos los Jesuitas no eran entónces de su genio, y procuraba huir de ellos quanto podia; lo que él mismo atribuyó despues á que desde el principio de sus estudios, por particular encargo de su madre, le preguntaban con mas insistencia, y tal vez le reconvenian sobre sus lecciones, así de doctrina, como de latin y otras.

Apénas entrado en la primera juventud, sin el menor pensa-

miento de abrazar el estado eclesiástico, siendo hijo único y de convenientes facultades para mantener con decoro el rango de su nobleza, pensó casarse con una señorita de la misma calidad, dotada tambien de singular hermosura. Uno y otra estaban ya recíprocamente convenidos; pero reflexionando con mayor madurez de la que era comun á la edad de entrámbos, que hasta el respectivo tiempo de las herencias, todavía muy lejano, no tenian suficiente renta para formar otra familia, los dos de acuerdo se desempeñáron de aquella idea, y siguiéron distintos rumbos.

El de nuestro jóven Isla fué

enteramente opuesto al ya premeditado, que acababa de desechar, y tan repentino y firme, que no habiéndole precedido humanamente disposicion alguna, causó primero la mayor extrañeza en su casa, y en quantos le conocian; pero luego manifestó los mas prudentes indicios y fundamentos de ser una verdadera inspiracion y llamamiento sobrenatural. En un instante, y sin saber cómo, ni por qué, se disipáron su aversion, y aun su antipatía á los Jesuitas: todavía no los amaba, ni daba señas de estimarlos; pero las dió de quererlos exâminar mas de cerca, y probar con la práctica lo que habia oido sobre la solidez, efica-

cia y utilidad de los exercicios espirituales de San Ignacio, tan solemne y repetidamente aprobados y recomendados por los sumos Pontífices, y por el uso que se hace de ellos en todo el mundo católico, así para beneficio de los que son promovidos á los sagrados órdenes, como para reforma y renovacion cristiana de todos los fieles. Estimulado de estos deseos, cuyo orígen no conocia, rogó encarecidamente á su madre le permitiese tomar dichos exercicios en el Colegio de la Compañía. A sola esta proposicion quedó aquella señora tan admirada, que dudaba de lo mismo que oía; y creciendo su maravilla al paso que el hijo

sériamente reiteraba sus instancias, no juzgó por entónces condescender con ellas hasta pensarlo mejor; pero viendo finalmente su constancia, y que ésta se hacia mas ansiosa con la dilacion, le concedió la licencia, y él no tardó un momento en aprovecharse de ella, entrando en aquel santo retiro, y continuándolo por ocho dias, segun el método acostumbrado.

§. II.

Su recibimiento y empleos en la Compañía: principio y continuacion de sus estudios.

La celebridad que se habian ya adquirido los superiores talentos

del señorito Isla, su aversion declarada á los Jesuitas, su repentina y sostenida determinacion y execucion de hacer entre ellos los exercicios de su santo Fundador, apénas depuesto el pensamiento de un matrimonio, y la indecision del éxîto que podian tener tan contrarias disposiciones, excitaban la incertidumbre de sus padres, y dividian la pública curiosidad en diferentes opiniones sobre su última resolucion. No tardó mucho en dar indicios de ella cumplido el término de su retiro espiritual. Solos ocho dias borráron las impresiones de diez años contra aquellos religiosos. Vuelto á su casa, ya no se hallaba sin ellos, buscándo-

los y visitándolos continuamente, hasta que á poco tiempo declaró su voluntad de profesar aquel instituto. Quantas reflexiones se le hiciéron, y prudentes dificultades se le propusiéron para probar su vocacion, léjos de servirle de rémora, fuéron otros tantos estímulos que le moviéron á acelerar todas las diligencias conducentes á su intento. La principal fué disponer el ánimo de sus padres á concederle la licencia, no porque ellos se la negasen ó disputasen, siendo tan pios y temerosos de Dios, sino porque hubieran querido dilatar algo mas el sacrificio que hacian, privándose de tal hijo. Finalmente condescendiéron con su solicitud,

y él fué recibido en la Compañía por el mes de abril del año de 1719, á los diez y seis de su edad, y conducido al Noviciado de Villagarcia de Campos, que lo era de toda la provincia llamada de Castilla.

La misma satisfaccion y consuelo de espíritu que tuvo al entrar en la Religion experimentó siempre en lo sucesivo, sin haber padecido ni aun el menor asomo de pesar ó tristeza por esta causa, como despues de muchos años él mismo aseguró á su hermana y ahijada doña María Francisca. Con esta feliz disposicion comenzó, y prosiguió constantemente en dar exemplo de habitual y exácta regularidad, y las mayores pruebas

de grande ingenio, erudicion y cultura literaria. Estando aun en el Noviciado, donde no se leían mas libros que los ascéticos, traduxo del frances una Novena de san Francisco Xavier, sin haberse ántes exercitado en aquella lengua, y sin gramática ni diccionario de ella, con tanta propiedad, que admirado el Maestro de Novicios, le exhortó á continuar aquel exercicio.

Durante el tiempo de sus estudios no se contentó con empeñarse en el estudio de las ciencias mayores, é instruirse fundamentalmente en ellas. En medio de las ordinarias y serias tareas de la escuela, del turno frequente en defensas y argumentos dentro de

casa, y de los actos ó conclusiones públicas, á que fué particularmente destinado entre los mas escogidos, halló siempre algunas horas, y aun algunos dias del acostumbrado recreo y vacaciones, que empleaba, ya recorriendo con mayor individualidad y extension las épocas y sucesos de la Historia general Eclesiástica y Profana, ya en acompañarla con el conocimiento de la Geografía y Cronología, ya leyendo las obras clásicas de antigua y moderna eloqüencia, de poesía y de crítica, ya perfeccionándose en la inteligencia de la lengua francesa, y en la pureza, abundancia y magestuosa dignidad de la castellana.

Sus escritos le acreditáron maestro en estas facultades desde sus años juveniles. Apénas cumplia los diez y nueve, movido del amor que siempre profesó á la patria, dió á luz la traduccion de la Historia del grande Emperador español Teodosio, escrita en frances por Mr. Flechier, exemplar de traducciones, como aquel héroe lo fué de emperadores cristianos, y que puede excitar la curiosa é inocente duda de qual haya sido mas grande, si aquel emperador en su clase, ó su histórico traductor en la suya. Quando poco despues pasó á estudiar Teología en Salamanca, poseía ya tal facilidad y buen gusto de estilo, así en prosa, como

en poesía, que el otro célebre literato P. Luis de Losada lo tomó, con preferencia á muchos cultos ingenios, por compañero compositor de la *Juventud Triunfante*, obra tan conocida, como justamente estimada, que despues acá ha servido de modelo para otras varias de la especie.

Concluido su estado de estudiante con la doctrina y reputacion, qué podian ser el término decóroso de muchos maestros, entró en el número de éstos, y se distinguió entre ellos como se había distinguido entre los discípulos. Asegurados sus superiores con la evidencia de los méritos, le confiáron las principales cátedras de

Filosofía y Teología en las mas ilustres ciudades que comprehendia su provincia ; quales fuéron las de Segovia , Santiago de Galicia y Pamplona , en las que tambien exercitó por muchos años el ministerio de la predicacion ; pero para éste fué singularmente destinado á Valladolid , donde siempre colocaba por turno la provincia de Castilla sus mas excelentes Predicadores. Las graves ocupaciones del Magisterio , que no exceptuaban á sus profesores de otros empleos domésticos , y de la asistencia al confesonario en los dias de fiesta , y las funciones de púlpito, que se multiplicaban aun fuera de casa quanto mayor era la fama

del predicador, no fuéron bastante á llenar la vasta esfera de capacidad y talentos del P. Isla; desempeñadas con esplendor y aplauso, le dexáron siempre tiempo suficiente para dedicarse á escribir las obras que verémos.

Dos produxo miéntras leyó Teología en Pamplona: una fué la traduccion del *Compendio de la Historia de España*, y la otra: *El Triunfo del amor y de la lealtad: Dia grande de Navarra en la aclamacion del Sr. Don Fernando VI. &c.*. El Compendio escrito en frances por el R. P. Duchesne, Jesuita, maestro de sus Altezas Reales los Señores Infantes de España, fué el mejor que pudo elegir

el P. Isla para facilitar á todos una noticia general y metódica de nuestra Historia; pero no por eso lo halló sin defectos considerables en muchos puntos, que suprimidos ó alterados, defraudaban á nuestra gloria nacional de la justicia y verdad, á que es acreedora. En el hermoso prólogo de su traduccion informa al público, así del mérito y faltas de la obra, como de la precision en que se vió de corregirla y aumentarla, y de los justos respetos, que no le permitiéron insertar sus correcciones y adiciones en el cuerpo de la narracion, sino fuera de ella, en notas críticas, donde lo pedia la materia. Sobre el estilo no han

sido pocos los inteligentes de uno y otro idioma, que dan la preferencia al traductor; y lo que no puede disputarse es, la superioridad de su precioso Sumario histórico, formado en verso, que precede y acompaña despues, dividido en artículos ó títulos las épocas de la Historia, para fixar las ideas, y conducirlas con órden por la serie de los tiempos. No ignoraba el autor y el traductor la superficial delicadeza crítica, que pudiera oponérseles, de no ser la Historia un asunto poético, y por consiguiente no deber escribirse en verso; principio demasiadamente general y mal entendido, quando quiera privar de la versificacion á

toda materia didascálica, y mas la que sirve de guia y socorro á la memoria, con la rima ó consonancia de las voces. ¿Que cosa ménos poética que las leyes? No obstante la antigua Grecia escribió en verso su primera legislacion.

La obra de que acabo de hablar ofrece desde luego la mayor oportunidad para prevenir ó satisfacer á una amorosa queja de los que mas han conocido y apreciado el ingenio, doctrina y erudicion universal del P. Isla. Se duelen de él, porque habiendo podido enriquecer al público con mayor número de obras originales y propiamente suyas, éstas son po-

cas en comparacion de sus traducciones, á cuyo exercicio pueden dedicarse, y se han dedicado otros muchos. Esta misma suave reconvencion se le hizo mas de una vez quando vivia, á la que satisfizo respondiendo con igual gracia y modestia, que *agradecia, pero no podia aprobar el ventajoso juicio que se hacia de él*; y por lo tocante al empleo y número de traductores, solia replicar lo que tenia ya observado en el prólogo del referido Compendio, donde dice: *el traducir como quiera es sumamente fácil á qualquiera que posea medianamente los dos idiomas: el traducir bien es un negocio tan árduo, como lo acredita el escasísi-*

mo número que hay de buenos traductores entre tanta epidemia de ellos. Las repetidas ediciones que se han hecho del Compendio histórico, y el aplauso con que se han recibido sus traducciones de otras obras, muestran evidentemente que nuestra nacion le perdona con gusto la desconfianza que tenia de sí mismo en dar composiciones originales, ya que con esta ocasion, no solo ha hecho nuestras varias importantes producciones extrangeras, sino tambien ha estampado con ellas los mejores modelos de traducir.

Sobre su descripcion de las Fiestas de Navarra quasi hasta hoy ha subsistido la controversia

ya por la concurrencia y variedad de ministerios que le imponia su Instituto. No pueden saber, ni aun conjeturar la importancia del *Año cristiano* sino las personas que lo lean. De qualquiera condicion que fuesen, por engolfadas que se hallen en negocios del siglo, si destinan un poco de tiempo á la atenta lectura de aquellos *exercicios de piedad* diarios, acaso ningun dia los omitirán. Tal es la instruccion histórica, sagrada y eclesiástica que contienen, las máximas evangélicas que explican, la diversidad de consideraciones que proponen el método é insinuante dulzura y eficacia de su estilo. De los doce tomos de que se com-

pone esta obra, los once fuéron traducidos por el P. Isla; pues aunque todos lo estaban, desapareció el último en Salamanca, y el que corre es traduccion de otra mano. [1]

[1] Igualmente conjeturamos por su prólogo á esta importante obra, y por la série de los años que entónces consiguió de los superiores el mayor descanso y proporcion para escribir, retirándose de otras ocupaciones que pedian toda su atencion. Entre ellas hubiera sido la mas honorífica una que fué á buscarle por medio del Excelentísimo Señor Don Zenon de Somodevilla, Marques de la Ensenada, primer Secretario de Estado en aquel tiempo. La fama del P. Isla habia ya llegado á noticia de S. M. la Reyna Católica Doña María Bárbara de Portugal, por cuya insinuacion el Señor Minis-

§. III.

De sus sermones.

Habiendo ocupado principalmente sus años religiosos, ya la cátedra, ya el púlpito, no siendo

tro expidió órden al Superior del que era Colegio Imperial para que en él se dispusiese habitacion, y se franquease entrada y salida libre en qualquiera hora al P. Isla. Este tambien prevenido, aunque no certificado del objeto á que se dirigia la superior disposicion, obedeció, y se presentó al Marques, quien le propuso sería del agrado de la Reyna tenerle por Confesor. Aun las menores insinuaciones de los Soberanos deben ser preceptos para un buen vasallo como lo eran para el P. Isla; pero él tambien sabia que nuestros Católicos Soberanos, parti-

propio de este resúmen histórico exhibir los extractos de sus escri-

cularmente distingnidos por su clemencia, quando una insinuacion suya redunda en honor y cargo de un súbdito, que por moderacion no se juzga capaz de sostenerlo, suelen benignamente dispensarle de admitirlo. En esta confianza respondió al Ministro, que se reconocia insuficiente para tan alto empleo, que otros muchos podian desempeñarlo mejor; y que aunque prontísimo á obedecer, si S. M. lo mandase, esperaba de su Real bondad le permitiese el regreso á la Provincia, y las mas humildes protestas de su profunda gratitud. *Yo*, añadió con su acostumbrado ayre festivo, *no soy para Confesor aun de V. E.* Se dignó S. M. eximirle substituyéndole el P. Varona de la Provincia de Toledo.

tos filosóficos y teológicos, podráse no obstante conocer el fondo y valor de ellos por la general doctrina que contienen sus muchos y varios sermones. Estos en número de ochenta y siéte, así morales, como panegíricos, divididos en seis tomos, se estampáron en Madrid por la viuda de Ibarra año de 1792., undécimo despues de muerto el autor. Se previene juntamente en el prólogo lo que le oimos mas de una vez quando vivia, que su repugnancia á imprimir sermon alguno de los suyos era invencible, y que por lo mismo los conservaba sin corregirlos. Pero aun así, la sola fama de su nombre, y alta esti-

macion que gozan todas sus obras entre los sabios, llamáron á mas de quatrocientos de los mas distinguidos, y á enteras comunidades, para subscribirse y formar una bella edicion. Los que se proveyéron de ella no necesitan de nuestras observaciones, que serán las mismas, ó análogas á las que han hecho sobre el mérito de este Orador cristiano. La idea que aquí debe darse de sus sermones, va dirigida á los que ni los oyéron, ni los han leido; pero á unos y á otros es indispensable traer ántes á la memoria el estado lastimoso, y gusto depravado á que se vió reducida en España la eloqüencia sagrada desde todo el siglo pasado

hasta mas de la mitad del que acaba, y en que tambien acabó de predicar el P. Isla.

Quando á los veinte y seis años de su edad comenzó, y prosiguió haciéndose oir, igualmente que admirar y aplaudir en el púlpito, nó pudo oponerse al torrente de los abusos y preocupaciones dominantes, no ménos de los auditorios que de los predicadores. Hubiése nacido de éstos ó de aquellos, ó mas verosimilmente de unos y otros, la corrupcion del buen gusto oratorio; y mas del sagrado, ella se hizo general, como todos saben, transformando los sermones en un texido informe de afectadas paradoxas, de antitésis, an-

tilogías, reparos, reconvenciones de textos, desenfrenadas metáforas, vanas sutilezas, dichitos ridículos, y juegos de palabras: motivo por que decian los extrangeros que nuestros predicadores representaban el papel de bufones, y convertian en teatro la cátedra de la verdad. No faltáron españoles verdaderamente sabios é inaccesibles á la infeccion, como fuéron un Barcia, un Calatayud, Gallo, Maurin, Rada, y sucesivamente Aravaca, Xaramillo, Bocanegra, Bertran, y otros; pero quasi todos estos animosos exemplos no se habian aún manifestado durante la predicacion del P. Isla. El tuvo la gloria de corregir practi-

camente en sus sermones los principales vicios que prevalecian en los otros, y parvamente condescendiendo con el paladar enfermo de los oyentes en algun ligero condimento de los que gustaban, les daba el pasto mas bien dispuesto, mas sólido y robusto de la divina palabra.

Decimos que usó de alguna condescendencia con los oyentes, la que sirvió para que éstos no extrañasen una mudanza total y repentina en el exercicio de la predicacion. Conservó en los primeros años el uso moderado de algunas agudezas, de abundancia de textos, deduccion de circunstancias, y estilo mas conceptuoso que flui-

do y sostenido. Si á estas qualidades quisiere darse hoy dia la calificacion de imperfecciones, estamos bien léjos de oponernos, y convenimos de buena fe en que lo son, pero no en que lo fuéron; y que, aunque en aquel tiempo lo hubieran sido, no pueden en el presente perjudicar al mérito original, sabiduría, eloqüencia y perfecciones que distinguen el Sermonario de Isla sobre los otros españoles de quasi dos siglos. La materia por sí misma, el restablecimiento y reputacion de nuestra Oratoria nacional, mas que la gloria de tan ilustre literato y predicador, ya bien asegurada en toda la Europa, piden de justicia,

que mas particularmente se demuestre quanto acabamos de afirmar.

El ornato extrínseco y accidental de sus sermones nunca llegó á aquel exceso de superfluidad y ménos de incidencia, que reynaba entónces en los púlpitos; ántes bien él mismo se lo iba cercenando al paso que adelantaba en edad y cultura, como fácilmente se advertirá leyendo los seis tomos segun el órden cronológico: conducta que manifiesta quánta era su aversion, ó quan poca su uniformidad á aquella inveterada costumbre. Pero mas luminosamente se acredita superior y contrario á ella en la disposicion, importan-

cia, conducta y fuerza de sus discursos oratorios. De los muchos que son, no se hallará uno que dexe de ajustarse á las reglas de la eloqüencia, y mas de la sagrada. Eleccion de asunto, ó moral, ó panegírico, siempre dirigido á declarar y persuadir alguna verdad, obligacion, máxima, práctica, ó imitacion cristiana; una metódica regularidad en presentarlo, proponerlo, dividirlo, confirmarlo, epilogarlo; una claridad y penetracion vivísima; una imaginacion centelleante, ingenio profundo en sostener las pruebas, prevenir y rebatir las respuestas, facundia natural en amplificar las respuestas y unirlas baxo un punto de vista;

energía mas dulce y afectuosa, que áspera y vehemente en declarar y corregir, y una diccion de las más tersas y castizas que reconoce nuestro idioma; formar el extraordinario complexo de sus qualidades y prendas oratorias. Estas, con su multitud y grandeza, cubren, ó desvanecen, ó iluminan aquella sola ligera sombra, no suya, sino de los tiempos en que vivió, como queda notado.

La historia de la Eloqüencia sagrada está llena de exemplos los más respetables y decisivos en favor de esta verdad. Los mejores y más celebrados eclesiásticos, despues de los griegos, han padecido alguna superficial excepcion sin de-

trimento de sus méritos verdaderos, únicamente por la casual diversidad de épocas, ó de paises en que floreciéron, ó por su mayor distancia del siglo de oro de la latinidad. Segun ésta iba decayendo sensiblemente, menor cultura y elegancia de estilo podia comunicar á sus escritores. ¿Quien negará á san Ambrosio su grandiosa fácundia y persuasiva solidez, por algunas pasageras antitésis y sutilezas, en que tal vez le hizo incurrir el estilo dominante de su edad? ¿Que importa que san Gerónimo no esclavizase su triunfante pluma con toda la finura y elegancia ciceroniana, si en la erudicion, en el nervio, é ímpetu ir-

resistible de su discurso, en la concisa plenitud de sus ideas y expresiones iguala, ó excede al mismo Julio, de quien habia sido amante imitador? ¿Como tachar por defectos el estilo llano y sencillo, y aun varias contraposiciones verbales, y períodos formados en consonantes, del águila y prodigio de los ingenios san Agustin, quando hizo remontar este gusto y materialidad africana á la sublimidad con que explica los mas altos misterios, y al fuego divino con que alumbra y enciende los espíritus? San Gregorio el Magno previene y confiesa de sí mismo que ha querido seguir en sus escritos el estilo mas obvio y nada culto; pero no

dexa por eso de ser un orador, un maestro de los más recomendables por el fondo y extension de su doctrina, por la grave y dulce facilidad en explicarse, por su convincente moralidad y certeza de lo que dice.

Aun despues que á la antigua decadencia y esterilidad de la Oratoria se siguió el felíz influxo y cultivo que la hizo florecer, tampoco estarian libres de la crítica sus mas perfectas producciones, si la falta de alguna perfeccion ménos importante disminuyese el precio de las demas. Los nombres de Séñeri, y Bourdaloue llevan consigo su propio elogio: ellos son, por general aclamacion de los sabios, y

sin la menor oposicion, los restauradores del púlpito, padres y príncipes de la moderna eloqüencia sagrada, italiana y francesa; y no dexarán de serlo miéntras permanezcan sus escritos, aunque se note en el primero el uso de la mitología, profusion de textos y erudicion, y en el segundo ménos empeño en mover los afectos, que en ilustrar, instruir y convencer el entendimiento. Así tambien pudieran proponerse otras excepciones sobre Bossuet, Flechier, La Rüé, Massillon, Bassani, Rossi, Tornielli, Granielli, y otros predicadores de aquellas dos Naciones, que han restituido y colocado la sagrada orato-

ria en el punto céntrico de su esplendor.

Igualmente, por una razon de rigurosa identidad, tal qual resabio de gusto antiguo, que no desconcierta, ántes bien contribuye al órden, inteligencia, eficacia y hermosura de los sermones, no puede desfigurar los del P. Isla, ni robarle el honor y aprecio, que solo dexarán de merecer quando se dexe de pensar bien. Abra quien quisiere aquel Sermonario, sin distincion de años ni edad, en que lo iba componiendo, no hallará entre sus piezas mas diferencia que la de Isla jóven, Isla varonil ó proyecto; pero siempre de aquel carácter todo suyo, inventor y sin

alguna mezcla advenediza.

Pero para pleno conocimiento de quanto llevamos dicho en este punto, hágase un rápido cotejo entre su execucion ó práctica oratoria, y los principios del arte. Aun quando se produce con una novedad ingeniosa, que desde luego deleyta, llama y empeña la atencion, descubre al mismo tiempo la importancia de lo que anuncia, y sigue dirigiéndolo eficazmente á la instruccion y reforma de costumbres. En el ciego del Evangelio, baxo de cuya figura se suele declamar de varios modos contra la ceguedad de los hombres, reconoce que á todos ellos dió vista la venida y gracia de Jesucristo, y

por consiguiente que ninguno se condena por ceguedad, sino por lo que vé y no executa para salvarse; y por lo demasiado que vé, y no debiera ver en los otros; dos puntos que trata y concluye con la fuerza que les corresponde, apoyando el primero con la semejanza de las dos ceguedades corporal y mental, quando aquella proviene de enfermedad, y ésta de vicio, y en el segundo pintando la frecuente temeridad del juicio humano, por ocuparse fuera de sí mismo. Predica de la correccion fraterna á uno de los mayores Tribunales, y fundando oportunísimamente en el Evangelio las leyes y sentencias de toda incorrupta judicatura, cor-

ta, por falta de tiempo, el discurso al entrar en la segunda parte, y cierra la primera con reflexiones tan vigorosas sobre la impía y necia respuesta y pregunta de Cain ¿*soy acaso guarda de mi hermano*? que ellas solas bastan á formar otro sermon. Los varios que dixo en las quarenta horas son de los mas finos, especialmente el que reune las tres quaresmas ó quarentenas de horas, de dias y de años. Si toma directamente por asunto alguno de los vicios mas comunes, parece ya un torrente impetuoso que rompe los diques, se extiende y sobrepone á quanto alcanza la vista, y á una lluvia mansa y continuada que mas profundamen-

te penetra. De esta especie son ocho seguidos discursos que hizo sobre el séptimo mandamiento, y son tambien otras tantas máquinas mas bien dispuestas y poderosas para minar los cimientos y derribar el trono del interes. Contra este ídolo, el mas despótico, el mas enmascarado de quantos tiranizan al género humano, revuelve y descubre todos sus fraudes, deshace la cavilacion de sus pretextos, acrimina sus aparentes excusas, y lo confunde, lo atropella, lo envilece, confrontándolo con los principios de justicia natural, de justicia evangélica y moral integridad. La misma unidad de asunto, distribucion de partes, méto-

do, instruccion, gallardia, persuasion, y respectiva variedad de afectos, campean en los demas sermones, adonde es justo remitir á nuestros lectores, para que la belleza del original no les permita desear las frias noticias de una somera informacion; mucho mas respecto de los panegíricos, en los quales explaya el autor con mayor libertad las agudezas de su ingenio y el caudal de su erudicion, sin perder jamas de vista el punto esencial de instruir y proponer á la imitacion algun hecho ó virtud singular.

Mas interesa por ahora observar cómo él mismo acredita hasta la evidencia su aborrecimiento

y horror, no solo á los defectos y vicios mas groseros que en su tiempo adulteraban la eloqüencia sagrada, sino tambien á sus ménos considerables imperfecciones. Contra éstas y aquellas protestó solemnemente por tres veces á la luz pública de los mas numerosos y autorizados concursos, á quienes predicaba, como vamos á ver con toda individualidad.

§. IV.

Abusos de la Oratoria sagrada que intentó corregir en España.

No es el romance ó novela de un predicador fanático la época en que el P. Isla con zelo tan ecle-

siástico como patriótico comenzó á declamar contra el estragado gusto de la predicacion en España. Muchos años ántes, á saber, en el de 1735, á los treinta y dos de su edad, predicando en Santiago sobre el mal modo de oir la palabra de Dios (tomo I.) dice así: "Algunos quieren decir que no se »aprovecha el asunto de los ser»mones que oye, porque no gus»ta el mundo de oir sermones que »le aprovechen... Se cree comun»mente que la mayor parte de los »cristianos gusta mas de aquellos »sermones donde el orador relam»paguea en las acciones, truena »en las palabras, fulmina en los »discursos, brilla en los pensa-

»mientos, entrándose los texros »y las ingeniosidades, las clausu»lillas cortadas, y las discreciones »traidas, haciendo unos sermones »á modo de Poliantea, donde igual»mente sirven las verdades infali»bles é inspiradas de la sagrada »Escritura, que los delirios, sue»ños y embustes de los gentiles, »entrando á hombrear, y escu»driendo en corro, como dicen, »con las ponderosas sentencias de »san Pablo, san Crisóstomo, san »Agustin y san Ambrosio, los di»chitos de Séneca, los cortadillos »de Plinio, las agudezas de Mar»cial, y las sátiras de Horacio.... »No creo, ni puedo creer, que el »paladar del muñado esté tan es-

»tragado como se le supone; án»tes firmemente estoy persuadido »á que lo mas del mundo tiene el »gusto muy bien puesto por lo »que toca á este punto (*hoy por lo »ménos es indisputable*): los mas »oyen de mejor gana á los predi»cadores que desengañan que á los »que lisonjean; á los que propo»nen verdades secas, sólidas y ma»cizas, que á los que afectan dis»cursos ingeniosos, delicados y su»tiles; á los que hablan al alma que »á los que hablan al oido: en una »palabra, mucho mas séquito tie»ne un predicador que predica que »un predicador que representa.»«

Al año siguiente en la misma ciudad, tomando por tema para

el panegírico de san Francisco Xavier las palabras de Jesucristo: *prædicate Evangelium* (tom. IV.) insiste en el mismo asunto, y con mas extension explica por punto de doctrina como ha de ser uno mismo el evangelio de la misa y el del sermon, el evangelio del altar y el del púlpito, y como esta identidad ó conformidad se pervierte y trastorna contra la gravísima obligacion de los predicadores, quando ellos mas atienden á *peynar la retórica, atusar las voces, y formar un juego de axedrez con las palabras.* Pero por no copiar á la larga todo lo que desde aquel tiempo dixo públicamente en esta materia, oygámosle otra sola

vez al principio del sermon de santa Teresa, predicado en san Sebastian año de 1749 (tom. V.), donde se explica en estos términos.

"Tengo propuesto el asunto, y »en su misma proposicion, si se »penetra bien, tengo tambien »comprehendidas todas las que se »llaman circunstancias de la so»lemnidad, y un sabio las llama »mejor impertinencias de los pre»dicadores aprendices, ó despro»pósitos de los que no son capa»ces de aprender. En una y en »otra clase me coloco yo, y por »eso no me considero excusado de »tocarlas, por mas que especula»tivamente esté muy léjos de aplau»dirlas, quando me cuesta mucho

»vencimiento el oirlas sin irrita-
»cion. Ninguna nacion del mun-
»do cristiano practica esta imper-
»tinencia, fuera de la española;
»y aun en España los que suben
»al púlpito con magisterio verda-
»deramente apostólico, ó á lo mé-
»nos sólidamente oratorio, desen-
»gañados ya de esta puerilidad,
»altamente la desprecian. Predican
»de lo que predican, y no predi-
»can del auditorio, mas que se
»halle presente Rey ó Papa. Dicen
»(y me parece que tienen muchí-
»sima razon) que si se haria ri-
»sible un abogado, que defen-
»diendo un pleyto en estrados pú-
»blicos, y á puerta abierta, se di-
»virtiese en elogiar fuera de pro-

»pósito al retrato del Rey que está »debaxo del dosel, á los jueces »que asisten, y á los curiosos, ó á »los interesados que concurren; »¿por que no se hará ridículo un »orador, que haciendo el panegí»rico v. gr. de santa Teresa, se »distrae, venga ó no venga, á »elogiar al Rey de los Reyes, que »diviniza la fiesta con su real asis»tencia en el augusto Sacramento; »á uno de los soldados de mayor »valor, de los oficiales de mejor »conducta, y de los ministros de »mayor prudencia, que asímismo »la autoriza (*el Capitan general, »Gobernador ó Comandante que en»tónces era*); á una nobilísima, »lealísima y fidelísima ciudad, que

»la llena de esplendor, ménos por
»hacer gloriosa ostentacion de pa-
»trona de convento, que por ha-
»cer gloriosa vanidad de estar de-
»baxo de la proteccion y del pa-
»tronato de la Santa; á unas re-
»ligiosas y siempre venerables co-
»munidades, cuyos doctos ante-
»pasados no solo aprobáron el su-
»blime espíritu de Teresa, sino
»que añadiéron muchas plumas á
»sus alas para que se elevase á mas
»arrebatado vuelo; y ahora vie-
»nen ellas con cierta satisfaccion
»genetosa y bien nacida á ver co-
»locada en los altares á la que sus
»mayores ayudáron á poner en
»ellos. Dígalo por la Religion Do-
»minicana el sapientísimo Maes-

»tan los maestros de la Oratoria, »y yo no sé que responderles; »pero como estoy muy léjos de »ser maestro en esta facultad, ni »en otra alguna, me ha parecido »conveniente conformarme con »los muchos, aunque sienta con »los pocos.»

Consiguiente á su antiguo modo de pensar en esta materia, formó despues la idea, y empezó á escribir su famosa obra del *Gerundio*, cuyo primer tomo se imprimió en Madrid año de 1758 por don Gabriel Ramirez, y el segundo fuera de España, segun se dice. Copiando su título por extenso el erudito historiador literario don Juan Sempere y Guarinos en su

Biblioteca española de los mejores escritores del reynado de Cárlos III. tom. III. , cita el extracto que se hizo de aquella obra en el *Diario extrangero* de París de 1760; y añade : »Esta obra fué recibida »con el mayor aplauso, como lo »manifiesta el haberse vendido to»dos los exemplares de ella en »veinte y quatro horas. Pero ha»biendo sido delatada al santo »tribunal de la Inquisicion, se pro»hibió de allí á poco tiempo. No »obstante se cree que ha produ»cido mucho efecto en la reforma »de la oratoria sagrada, sirviendo »de gran freno á los malos pre»dicadores el temor de incurrir en »la nota y apodo de *Gerundios.*

»Miéntras se estaba tratando de »la prohibicion de esta Historia »se escribiéron varios papeles con»tra ella, particularmente uno del »P. Marquina con el título del »*Penitente*, y otro de don Josef »Maimó y Rives, traductor del »*Método de estudiar del Barbadiño.* »A uno y otro respondió el P. Isla, »al primero con quatro cartas, es»critas por el mismo estilo que la »historia de Fr. Gerundio, y al »otro con una Apología. Fuera de »España ha sido sumamente ce»lebrada la historia del P. Isla. El »marques de Caraccioli, sugeto »bien conocido por su piedad y »literatura, en una de sus cartas »escribia de esta suerte: Me ale-

»gro que leas á don Gerundio. Esta »obra pone á la vista del lector de »la manera mas delicada todas las »necedades é ideas gigantescas de »ciertos predicadores españoles. El »autor, hombre de mucho talen»to, la ha compuesto para desacre»ditar los malos sermones, así co»mo Miguel Cervántes escribió su »don Quixote para desacreditar las »aventuras de la caballería que »reynaba entónces.»

Don Juan Andres, otro erudito español, que escribió en italiano *del orígen, progresos y estado actual de toda literatura*, observa, que segun las torcidas ideas que años ha prevalecian en España sobre la eloqüencia sagrada, no

bastaban los sermones del P. Pedro Calatayud, ni algunos otros buenos que corrian, para servir de exemplares, y detener la avenida de los predicadores corrompidos, y añade (tom. III. lib. 2. cap. 7.): »Mejor efecto produxo »el tono ridículo que usó Isla en »el gracioso romance de *Fr. Ge-*»*rundio de Campazas*, de que he-»mos hablado en otra parte. El te-»mor de parecer *Gerundios* hizo »dexar á muchos los falsos con-»ceptos, el estilo retorcido y afec-»tado, y los defectos que la ma-»yor parte de la nacion habia te-»nido hasta entónces por dotes »oratorios. Desterradas del audi-»torio las ideas estravagantes de

»la oratoria sagrada que ántes se »tenian, mas fácilmente se ani»máron muchos predicadores á se»guir las sanas leyes de la orato»ria evangélica, y de la sólida y »verdadera eloqüencia. Algunos »sermonarios que han salido pos»teriormente han asegurado siem»pre mas el buen gusto en el púl»pito español.»

El lugar anterior, á que se refiere don Juan Andres, y en que habia hablado del *Gerundio*, es el siguiente (tom. II. lib. 1. cap. 7.): »Mejor que todos el español Isla »en estos últimos tiempos ha en»trado en el verdadero gusto de »semejantes romances en su célé»bre *historia del famoso Fr. Ge-*

»*rundio de Campazas*, de quien solo »tenemos dos tomos, y debiera »haber otros, en la qual, baxo el »nombre del Párroco Lobon, se »ha dispuesto animosamente la ár»dua empresa de arrojar de los sa»grados púlpitos á los predicado»res que no son dignos de ocupar»los. Ninguno ciertamente podrá »negar á Isla fecundidad de ingenio, »riqueza y amenidad de imagina»cion, gracejo y estilo gustoso. Tan»tos lances tan bien pensados, y »conducidos tán fácil y natural»mente, tantas pinturas tan vivas »y expresivas, tantos diálogos tan »verdaderos y naturales, tantas »locuciones tan propias y enérgi»cas, y tantas otras prendas de

»invencion y de estilo, muestran »en Isla un autor original, y nos »dan en su historia de *Fr. Gerun-*»*dio* un romance clásico.»

Despues de este elogio echa de ménos don Juan Andres en la obra de Isla ciertas perfecciones que quisiera, ó aumento de buenas qualidades (como lo hace, hablando de quasi todas las obras y autores de la eloqüencia, así profana como sagrada) añadiendo: »Así »un mejor fondo de doctrina, una »mas vasta y escogida erudicion, »una crítica mas fina, y un gusto »mas sano hubiesen dirigido la fe»cunda fantasía de Isla, y con»ducido su elegante y graciosa »pluma.» De estos términos gene-

rales é indefinidos no se puede inferir, ni aun adivinar, quál especie de mejoras desearia este crítico universal, y sobre quántos y quáles puntos en dicha obra. Si las mejoras, que quisiera, son meramente literarias, y de la especie que no ha merecido censura superior, sería muy fácil mostrarle que al asunto de los dos primeros tomos no corresponde otra literatura, y que mucho mayor era la que preparaba el autor para lo restante de su obra. Por lo mismo, y por no probar don Juan Andres las faltas literarias que supone, como tambien por no parecer consiguiente á sí mismo, quando aquí desea *un gusto mas sano*, diciendo

en el lugar ántes citado del tomo III., que despues del *Gerundio* siguiéron muchos *las sanas leyes* de la oratoria evangélica, nos dispensará de conformarnos á su dictámen, por no oponernos al de la Europa entera, con que él mismo concluye este artículo, diciendo: »No obstante, aunque la censura »de los defectos y la instruccion »miren quasi siempre privadamen»te á la España, y sean meramen»te locales, y no puedan servir »de mucha enseñanza y ventaja á »las otras naciones, la Inglaterra »lo ha traducido, y todas las na»ciones estrangeras lo han acogi»do con aprobacion y aplauso, y »la España le ha hecho el honor

»mas lisonjero que puede conse-
»guir una obra semejante, dando
»el nombre de *Gerundio* á los pre-
»dicadores despreciables, que de-
»sea corregir, y apartando así á
»muchos del púlpito por el justo
»temor de tal nombre.»

Lo poco que aquí queda histó-
ricamente advertido sobre esta
ruidosa obra solo puede servir
para una noticia material de ella,
y para incluirla, como pide la ver-
dad de la narracion, en el catálo-
go que forman las del autor. Igual-
mente podrán contentarse nues-
tros lectores con saber solo en ge-
neral, que ademas de las respues-
tas apologéticas arriba citadas por
el señor Sempere, escribió tambien

el P. Isla otro tomo de Cartas sobre el mismo asunto al señor Santander, bien conocido por su literatura. No causará extrañeza que omitamos la análisis de aquellos escritos, como la del principal, á que se refieren, para alejar del presente aun la apariencia de la menor odiosidad.

§. V.

Sus ocupaciones ménos laboriosas.

Padecia ya algunos quebrantos la salud del P. Isla á los cincuenta años de su edad, no por delicadeza, ó debilidad de su constitucion física, que era de suyo sana y robusta, sino por la habitual continuacion y fatiga de tantos y

tan varios estudios, escritos y ministerios religiosos. Sus superiores, que habian siempre acreditado con quánta razon y empeño apreciaban y deseaban la conservacion de tan insigne sugeto, previniéron ó condescendiéron con sus ánsias, que eran de retirarse á un colegio de las menores poblaciones, y aprovecharse de aquella quietud, así para reponerse, como para proseguir con mayor expedicion las obras que traía entre manos. A este fin, primero en Villagarcía de Campos, y despues en la villa de Pontevedra, por ser clima mas templado y benigno, vivió los últimos catorce años que estuvo en España.

Contentísimo de haber trocado el púlpito por el confesonario, y la cátedra por la silla de su estudio, halló en Villagarcía muchos atractivos que le lisonjeáron el gusto. Exîstia en aquel Colegio el Seminario, adonde pasaban del noviciado todos los jóvenes de la provincia de Castilla para perfeccionarse en las letras humanas, aunque ya habian sido exâminados de ellas, y aprobados ántes de ser recibidos en la Religion. Ésta mantuvo siempre allí dos maestros de los mas sobresalientes en latinidad y retórica; pero desde la mitad del siglo pasado quiso refinar la cultura de aquella instruccion fundamental, acompañándola con el

conocimiento y pericia de la lengua griega, que ha sido y será la de los verdaderos sabios. Uno de los Jesuitas, que con otros de las quatro provincias de España, por órden y baxo la proteccion del señor Rey don Fernando VI. habian estado en Francia algunos años aprendiendo las antiguas lenguas orientales y otras ciencias, fué el P. Josef Petisco, que pocos meses ha falleció en Ledesma su patria, de cuya vida y elogio no debe quedar defraudada la nacion. Este mismo era el primer maestro del Seminario de Villagarcía quando llegó á aquella casa el P. Isla. Años ántes conocíanse ya los dos recíprocamente por la fama, y este

conocimiento apreciativo subió de punto hasta el grado de un singular amor y amistad religiosa, que se profesáron y conserváron despues que se tratáron personalmente. Reconoció el P. Isla con la mayor complacencia las ventajas del nuevo plan de estudios; y siendo uno de sus artículos el ilustrar con sumarios y notas todos los autores latinos del siglo de oro, que habian de usar los estudiantes, se distribuyó esta incumbencia entre los actuales maestros, y por particular distincion fué convidado el P. Isla á tomar de su cuenta la interpretacion de algun autor. Condescendió al instante; y tratándose de anciano entre los

que ménos lo eran, como tambien de amigo, escogió por esta discreta analogía los libros de Ciceron sobre la *senectud* y la *amistad*, que se imprimiéron con sus notas.

Leía con sumo gusto y satisfaccion las composiciones en prosa y verso de aquellos tiernos jóvenes, que le llevaba su maestro sin saberlo ellos, y enviaba las mas sobresalientes á sus antiguos amigos los eruditos y cultísimos Diaristas de España, con quienes mantuvo estrecha correspondencia desde que se les dió á conocer y admirar por la Historia de Teodosio. Agradecíanle aquellos literatos semejantes donativos de bellas letras, y hubieran publicado algu-

nos, como prodigios superiores á los pocos años de los compositores, si él mismo no los detuviera por justos respetos. Pero si contuvo prudentemente las demostraciones de otros, no le obligaba la prudencia á contener las suyas; ántes bien su natural bondad, su candor, abertura de corazon, y su afectuosa generosidad, de que tendrémos mas oportunas ocasiones de hablar, estaban como violentas hasta aquel tiempo, en que una ó dos veces al año se permitian á los padres antiguos algunas pocas horas de conversacion con los seminaristas y novicios. Entónces era el primero en irlos á buscar, les manifestaba el consue-

lo que tenia en ser testigo de su aprovechamiento, les recitaba de memoria algunos textos de lo mas selecto que ellos mismos habian compuesto, los animaba á mayores progresos, los divertia y embelesaba con la amenidad de sus discursos; y no siendo lícito hacerles regalo alguno, hizo varios de obras, ó nuevas ó raras, á la particular librería que usaban de humanidad y retórica. En atencion á los mismos traduxo en verso castellano las Sátiras latinas de Lucio Sectano, baxo cuyo nombre las habia escrito pocos años ántes el Jesuita Julio Cordára contra los abusos de la moderna literatura, ó la presuncion de los pretendidos

literatos de moda: obra, que si en la docta Italia apareció digna de competir con las de Persio, Juvenal y Horacio, traducida y sublimada por la mano maestra de Isla, excedió á todas las españolas mas acreditadas en este género.

Miéntras gozaba tranquilamente de su dulce retiro, y dividia el tiempo entre estas apacibles tareas, y los diarios exercicios religiosos, en cuyo cumplimiento fué siempre muy exâcto, se vió precisado á interrumpir su descanso, y volver por la entera quaresma del año 1757 á las fatigas de una diaria predicacion. Para este ministerio fué llamado á Zaragoza con tales instancias, y por tales sugetos, que ni

la distancia é incomodidad del viage, ni motivos de salud alterada pudiéron eximirle de aquel empeño, al que satisfizo llenando la expectacion que habia esparcido su nombre, y mereciendo los mas extraordinarios y públicos elogios de aquella gran ciudad, acostumbrada á oir los mas célebres predicadores. Este segundo Sermonario ó Quadragesimal, que á dicho fin trabajó de propósito, nos interesaria aún mas que el primero, como fruto de una edad madura, é incesantemente cultivada con mayor extension de conocimientos, con mayor estudio, discernimiento y finura de gusto; pero por desgracia no sabemos dónde ha pa-

rado, quando no se hallase en el depósito de que á su tiempo se hará mencion.

Vuelto á Castilla, y destinado despues de algun tiempo al Colegio de Pontevedra para que con el mismo reposo disfrutase la mayor benignidad de ayres, volvió tambien á observar el mismo método de vida. Concluida su hora de meditacion al principio de la mañana, celebrado inmediatamente el santo sacrificio, rezadas horas, y las primeras devociones particulares del dia, se estaba entretenido y fixo en su estudio hasta un quarto de hora ántes de comer, destinado al primer exámen diario de conciencia: hasta ese-

gundo, que era por la noche, hallaba tiempo, despues de dormir la siesta, para terminar el oficio divino, rezar el rosario, tener leccion espiritual, hacer una larga visita al Santísimo, dar un paseo, y lograr en las noches de invierno las mismas horas de estudio que por la mañana. Es verdad que le faltaba en Pontevedra la complacencia de ver y tratar la juventud estudiosa que dexó en Villagarcia; pero le compensáron esta privacion muchos de sus individuos que habian pasado á los estudios mayores, y otros que los habian concluido, escribiéndole con frecuencia, y consultándole varios puntos literarios. A todos

contestaba puntualmente, aunque ocupado de otra mayor correspondencia que mantenía con muchos personages, y con los mas acreditados sabios del reyno, y fuera de él.

No es ménos de maravillar su atenta prolixidad en informarse de los progresos que hacian en las escuelas públicas de Gramática y Humanidad, así los jóvenes maestros en enseñarlas, como los discípulos seglares en aprenderlas: noticia que se le facilitaba por medio de los papeles impresos y repartidos en las respectivas ciudades al fin del curso de cada año, anunciando los públicos exámenes con expresion de quanto debian

saber y responder los estudiantes que pasaban de una clase á otra, y con plena libertad á quantos quisiesen asistir para preguntar y decidir las respuestas. Uno de los referidos jóvenes maestros, que era deudor al P. Isla de particular afecto, se descuidó un año en enviarle preventivamente la noticia de aquella funcion, y de lo que para ella habia trabajado; pero no se olvidó de remitirle el papel ya impreso. La respuesta fué una amorosa queja por no haber sabido la importante pieza que allí se prometia, y era la traduccion del Arte poético de Horacio en verso castellano, de que debian dar razon los mayoristas mas adelan-

tados, interpolándola con la latina. Pidióla sin tardanza, por ser la primera de que tenia noticia se hubiese hecho en nuestro idioma: la vió, la corrigió, la alabó, y envió á Madrid para que se imprimiese; pero otras circunstancias que se atravesáron impidiéron la execucion.

§. VI.

Su viage á Italia.

No habia mostrado aún el P. Isla todos los quilates de su verdadera sabiduría. No consistiendo ésta en solas las especulaciones, conocimiento y posesion de las ciencias, sino mucho mas en practicar los documentos de la divina, se apro-

vechó de las extraordinarias y árduas ocasiones, que lo acreditáron igualmente sabio que religioso. Superior á todas las repentinas y dolorosas impresiones de humanos accidentes, comenzó á sufrir los mayores y mas sensibles que le esperaban desde los sesenta y cinco años de su edad, con tan inalterable paz y alegría, que era la admiracion y edificacion de quantos le trataban, y aun de los que le veían solo de paso, como se observará en adelante. La primera de estas mas raras y decisivas pruebas de su sólida virtud y entendimiento fué quando el dia 3 de abril de 1767 se intimó á su comunidad de Pontevedra, como á

todos los Jesuitas de España, su extrañamiento del reyno, y su salida dentro de veinte y quatro horas para los puertos donde debian embarcarse. Oyó leer, y aceptó el real decreto igualmente que sus compañeros con la mas respetosa sumision; y despues de haber cumplido con esta obligacion de humilde y fiel vasallo, se impuso él mismo otra no ménos recomendable y propia de su amor y caridad fraternal. Descuidando de su persona en aquellas críticas circunstancias, solo pensó en el alivio y consuelo de sus compañeros. A fin de tenerlos divertidos puso en movimiento todos los resortes de su ingenio sazonado, de

su jovialidad y buen humor; de suerte que fué aquel dia la diversion de la casa, y la admiracion y asombro de los de fuera que se hallaron presentes. En esta disposicion se recogió por la noche, durmió tranquilamente, se levantó, y prosiguió por la mañana sin novedad alguna.

Pero quando ya estaba para ponerse en camino con los demas hácia la Coruña, fué asaltado de un violento accidente de perlesía, que le cogió la boca y la lengua, aunque le dexó libre la cabeza. Sobresaltáronse todos; y el que habia sido el dia ántes la causa de la comun alegría, fué luego el objeto del comun desconsuelo y dolor.

Llamóse prontamente á uno de los médicos mas célebres del reyno de Galicia, que residia en aquella villa; y apénas le vió, dixo ser indispensable el sangrarle inmediatamente, é imposible emprender el viage con los demas sin evidente peligro de la vida. Esta declaracion afligió extremamente á los compañeros, que ya creían separarse de tan amable sugeto hasta la eternidad. Él, no ménos afligido, y enternecido sensiblemente, haciéndose una exquisita violencia, y venciendo como pudo los estorbos de la lengua, dixo con voces balbucientes y trabajosamente articuladas, que *si le sangraban y dexaban en Pontevedra, ciertamente*,

le quitaria la vida el dolor de no seguir á sus hermanos; pero si le permitian acompañarlos, tenia por muy probable que este consuelo le restituiria la salud, ó por lo ménos le dilataria por algunos dias la muerte.

El concepto tan justo y general de su sabiduría, el conocimiento que tenia de la medicina, la resolucion y valentía con que habló, los visibles efectos de la pesadumbre y amargura, la realidad de su genio, y aliento de su espíritu que constaban á los circunstantes, hicieron parar al médico, reflexionando algunos momentos sobre lo que acababa de oirle; y ponderadas bien todas las circunstancias,

concluyó que se le diese aquel consuelo, especialmente quando podia hacer el viage con la comodidad de una litera, que ya estaba prevenida, y quando la primera marcha era de solas tres leguas por camino llano, ameno y divertido. Conocióse visiblemente el alivio que le produxo de pronto esta determinacion, y que se iba haciendo mas palpable al paso que se iba alejando de Pontevedra. Con efecto llegó el enfermo á la pequeña villa de Caldas, término de la primera marcha, con notable aliento, y al parecer con prodigiosa mejoría; pero presto se conoció que ésta no era mas que aparente, porque á breve rato de

su arribo le repitió segundo insulto con los mismos violentos síntomas que el primero. Hízosele prontamente una copiosa sangría, con la qual se desahogó la naturaleza de modo que descansó aquella noche con gran sosiego, y el dia siguiente pudo continuar su viage, y llegar en dos acomodadas marchas á la ciudad de Santiago.

Tenia en ella grandes y notorios motivos personales para que se le hiciese mas sensible la triste situacion en que se hallaba; pues ademas de los muchos amigos de la mayor distincion, así eclesiásticos como seculares, estaban allí domiciliados, y no ménos distinguidos por su calidad y conexio-

nes, un hermano y dos hermanas suyas, á quienes amaba tiernamente, y que le amaban con igual afecto y ternura. Sin perjuicio de la heroyca constancia que lo conducia á seguir la suerte de sus compañeros proscriptos, hizo su oficio la naturaleza impelida de su vehemente imaginacion, y descargó el accidente su tercer golpe con tan terrible fuerza, que se llegó á temer no le sobreviviese. Por consiguiente se comenzó á tratar de detenerle en aquella ciudad hasta que la dolencia por sí misma decidiese si le permitia ó no pasar adelante. Estas precauciones de caritativa prudencia (conformes á la anticipada prevision y piedad del

Rey, comunicada en sus instrucciones á los comisionados executores) llegando á noticia del enfermo, léjos de consolarlo, perturbáron la delicadeza de su pundonor y amor á su antigua vocacion, de modo que le ocasionáron una convulsion general, con la que mas y mas se imposibilitó su suspirado viage. Atemorizado el médico asistente, protestó con solemne juramento, que ponerle en camino en aquel lastimoso estado era llevarle á una prontísima y segurísima muerte: firmó su parecer, y despachóse con él pronto aviso al Capitan general de Galicia, informándole por menor de lo que pasaba, y deteniéndose en aque-

lla ciudad toda la comunidad del Colegio de Pontevedra hasta que llegase su determinacion. Esta fué, que por ningun caso se removiese al enfermo del lugar donde estaba hasta que el accidente se decidiese, y cobrase fuerzas para continuar el viage á la Coruña sin el menor peligro; que entre tanto se le depositase en alguna comunidad religiosa, donde se cuidase de su curacion y regalo, y que se atendiese mucho á estos dos puntos.

Intimóse al paciente esta órden del Capitan general juntamente con la declaracion del médico, y no es ponderable quanto se volvió á afligir al oirla. Insistió no obs-

tante en el empeño de no separarse de sus hermanos, y dixo con toda resolucion á su prelado, *que si podia exponer su vida sin perjuicio de la conciencia, queria absolutamente exponerla por lograr el consuelo de morir entre aquellos con quienes habia vivido.* Respondióse le con la misma resolucion, que ni él lo podia hacer sin pecar, siendo voluntario homicida de sí mismo, ni los demas lo podian permitir sin incurrir en igual pecacado, especialmente despues de las órdenes tan positivas que se habian recibido del gefe, á cuya disposicion estaban todos en aquellas circunstancias. Rindió su juicio, pero muy á costa suya; pues

tan animoso esfuerzo y sacrificio de resignacion y obediencia le aumentó el desconcierto de sus humores, y no pudo impedir los mas lastimosos efectos de su vivísimo dolor, particularmente al querer despedirse de sus amados compañeros. Entró en su quarto el primero el P. Rector á darle un fraternal abrazo; mas fué tal la vehemencia de su aficion, tan copioso su llanto, tan penetrantes sus clamores y sus ayes, prorumpiendo como pudo en la sentidísima expresion de que *era el mas infeliz de todos los Jesuitas, porque no merecia por sus graves culpas hacerles compañía hasta la muerte en sus trabajos*, que el P. Rec-

tor se retiró al instante, y no permitió que otro alguno entrase á despedirse de él, temiendo el último estrago en una salud tan atropellada, y aún se usó la precaucion de que se emprendiese la marcha con el mayor silencio que fuese posible para que no la percibiese el enfermo.

Al dia siguiente se le depositó en el Monasterio de san Martin, Religion de san Benito, donde fué tratado y regalado de aquellos religiosos monges con caritativo agasajo. Emprendióse inmediatamente, su curacion que fué lenta, pero felíz. Al séptimo ú octavo dia se sintió muy amagado de un accidente apoplético; pero éste se explicó despues

en un desenfrenado cólico á beneficio de la naturaleza, que se desahogó por este medio, aunque debilitándole mucho las fuerzas. Apénas se sintió con las suficientes para volver á meterse en una litera y marchar á incorporarse con sus hermanos en la Coruña, él mismo suplicó al juez comisionado que quanto ántes le proporcionase este consuelo, y así lo executó, aunque no pudo ser con toda la brevedad que deseaba, y por la que instaba el paciente. Consiguiólo al fin, y llegó á la Coruña tan débil, tan desfigurado, y con la lengua tan entorpecida, que era el objeto de la compasion universal; pero luego se conoció visiblemente

quánto le alentaba el gozo de verse entre los suyos, que le recibiéron con los brazos abiertos. A pocos dias fué muy notable su mejoría, y creció en el discurso de la navegacion, aunque tan larga y tan penosa; de suerte que al desembarcar apénas le habian quedado mas que algunas ligeras señales de lo que habia padecido.

Contra la publicidad y autenticidad de estos hechos sobre el accidente del P. Isla, su salida de Pontevedra, detencion en Santiago, y reunion con sus compañeros en la Coruña, se esparciéron por el reyno algunas voces tan descaradamente falsas, como neciamente malignas, que no temian

ser desmentidas, ni acaso sabidas por los interesados ya ausentes: carácter vil y propio de la calumnia, que se ensangrienta contra el calumniado quando lo mira por las espaldas, y sin defensa. Respondió no obstante, ó el mismo P. Isla, ú otro testigo abonado en el asunto, á un personage de alta esfera, que deseaba saber la verdad; y ademas de exponerla con la notoriedad que aquí queda referida, executarán siempre á su favor las cartas y diligencias legales de los tres jueces que actuáron en aquella ocasion, y en la villa y ciudades dichas.

El vigor y fuerzas que diariamente recobraba en la Coruña el

P. Isla se debiéron, por confesion de los médicos, mas á la disposicion de su ánimo, ya tranquilizado y gozoso, que á los socorros del arte. *Ensanchábasele*, como él decia, *el corazon viéndose restituido á la compañía de sus hermanos, y á la de su presente y funesta suerte, qualquiera que fuese.* Por lo demas, era no solo difícil, sino imposible facilitarle en aquel Colegio los medios conducentes á su restablecimiento; pues no habiendo habitacion mas que para doce sugetos, se hallaban en él reunidos mas de ciento, esperando el aviso del Ferrol para ser allá transportados, y hacerse á la vela con toda la provincia de Castilla. En

este intermedio se estrecháron los demas por colocar al convaleciente en un aposento con dos compañeros, que no le perdiesen de vista noche y dia; y los otros, fuera de las horas de descanso, se iban sucediendo en visitarlo, darle moderada conversacion, y leerle algun libro. Ni en los pocos dias que allí estuvo le faltáron nuevas ocasiones en que volvió á triunfar del natural amor á la salud, á la propia conservacion y conveniencias. Se le propuso que su mejoría era efecto de la quietud y asistencia que tenia; que ni una ni otra podian esperarse en adelante entre la incomodidad y estrecheces de una embarcacion; que los ali-

comboyes españoles, que eran quatro, el mencionado del Ferrol, y los de Andalucía, Cartagena y Cataluña, de donde habian salido los sugetos de las otras provincias. Al cabo de varias contestaciones resolviéron largarse, y esperar bordeando en el mar de Toscana la decision de su destino. Recibida ésta como á la mitad de julio, se dirigiéron á Córcega, y se executó el desembarco en los puertos de Calvi, Ajaccio y san Bonifacio, presidios que todavía conservaba en aquella Isla la República de Génova.

El navío Nepomuceno fué el último que llegó á Calvi, donde quedáron los castellanos y andaluces; y miéntras andaban espar-

cidos buscando alojamiento, parte en la pequeña ciudad y arrabal ya medio destruidos, parte en Algajola, lugar tambien desmantelado, distante como media legua; viendo el P. Isla la suma dificultad aun de hallar el simple cubierto para mas de seiscientos de sus compañeros, fuera de las casas y quartel que ocupaba la guarnicion francesa allí existente, no quiso detenerse en diligencias humanas, y se fué derecho á la iglesia, que era sola la Parroquial. En ella fué visto estarse quasi toda una tarde delante del Santísimo, ya de rodillas, ya en pie, ya sentado, y profundamente recogido hasta el anochecer, quando queriendo el se-

ñor Preboste cerrar las puertas, le dixo que era tiempo de retirarse. Respondióle en italiano (el que ya entendia y empezaba á hablar) que obedecería; pero que no tenia adonde ir. El ayre modesto, sumiso, é ingenuo de la respuesta hizo una repentina impresion en la compasiva generosidad del Preboste, quien en lugar de despedirle, le ofreció un quarto en su casa. Aceptóle por necesidad, y le agradeció por obligacion, manifestando su gratitud en los términos que le permitia su actual estado de indigencia, la que por solo este motivo se le hacia sensible. Este suceso, sin duda extraordinario y notable por sus cir-

cuentacias, pero muy conforme á las disposiciones de la divina providencia, también sirvió desfigurado como otros muchos, en las noticias ó falsas ó alteradas que por entónces se divulgáron sobre los expatriados en Córcega.

Todo el tiempo que en ella se mantuviéron, y fué de catorce meses, permaneció el P. Isla en la casa y compañía del señor Prevoste, quien como era hombre de virtud y letras, prendado cada vez mas de las de su huésped, y noticioso de sus méritos, no le dexó salir á otra casa; y aunque no pudo preservarle, ni preservarse á sí mismo de los trabajos

generales á todos los habitantes, que se siguieron y continuaron casi un año, lo libertó por lo menos de la estrechez y opresion doméstica con que vivieron los demas. Su genio literario y laborioso se aprovechó inmediatamente de la ocasion, y volvió á ponerle la pluma en la mano, sin que la hiciesen titubear el estrépito, peligros y agitaciones de la guerra que nuevamente se encendió con mas empeño y furor entre corsos y genoveses. Estos fueron á relevar la guarnicion francesa que en calidad de neutral habia tenido en depósito aquella plaza y acababa de restituirla á la República, abandonándola á la suerte de las

armas. Dióse principio á las hostilidades, cerrando é infestando el puerto recíprocamente los dos partidos con baterías opuestas, y estrechando los corsos la ciudad por la parte de tierra con un bloqueo, que muchas veces se convertia en realidades de sitio, en improvistos ataques y defensas. Comenzáron á escasear los víveres, que solo podian introducirse por mar con peligro de dar en manos de los sitiadores ó de ser echados á fondo. Los pocos que llegáron á salvamento iban destinados á la tropa genovesa, y no contaban con los españoles encerrados en aquellas murallas, á los quales faltó por muchos dias el pan y

quasi siempre, aun la carne salada, el vino, manteca, aceyte, huevos, y en una palabra todo comestible, á excepcion de avichuelas secas y tocino rancio, que era todo su alimento. Negósele tambien el agua del algive de la plaza porque no faltase á sus defensores; pero debiéron á los corsos, entre otras atenciones de humanidad y respeto, el permiso de salir libremente de la ciudad con bandera blanca á proveerse del agua que necesitasen en las fuentes, de que abundaba aquella campiña. Participaba igualmente el P. Isla de estas y otras penalidades, que sería largo asunto el referir, sin que le perturbasen la

serenidad de su ánimo, de su semblante y de su trato, y lo que es mas, sin que le ocupasen la atencion ni lo distraxesen del trabajoso estudio que emprendió en medio de aquel horroroso teatro. Superior á los temores de una total falta de alimentos, inaccesible á las inquietudes y zozobras de un asalto que amenazaba, y sordo al estruendo de los cañones, se puso á traducir del italiano á nuestro idioma las estimadas cartas del Abogado Josef Antonio Constantini, obra de ocho tomos en octavo, que concluyó despues en el estado eclesiástico, y por casualidad le vino á las manos en Calvi. Sirviéle esta traduccion pa-

ra adquirir mayor conocimiento de la hermosísima y abundantísima lengua toscana para útil empleo de aquel tiempo y para no menor utilidad del público, si se diese á luz, por la moralidad, copiosa erudicion, crítica y gracejo con que está escrita aquella obra.

La interrupcion de su estudio en ocasion tan poco oportuna para estudiar era solamente el tiempo que gastaba en la Iglesia mañana y tarde, y el que destinaba á recibir las visitas de sus hermanos y á visitarlos él mismo. No se puede imaginar la sensibilidad de corazon con que los trataba, particularmente en aquella pri-

grosa situacion. Se interesaba por ellos con un calor y eficacia que no perdonaba á diligencia alguna por servirles; y quando no podia contribuir á su alivio, padecia con todos y con cada uno. Era por lo mismo, no solo correspondido y amado de todos, sino tambien de los mas buscado para gozar de su siempre instructiva y sabrosa conversacion. Quando no pensaban en mejorar destino, se lo proporcionó ventajoso la mutacion política de aquella isla, aunque ántes de conseguirlo debian preceder otros dos meses trabajosos. A 15 de septiembre del año siguiente volviéron á Córcega algunos batallones franceses, dos de

los quales desembarcáron en Calvi, y otros en los demas presidios genoveses. Los comandantes de órden del rey cristianísimo, notificáron á los jesuitas que debian prontamente evacuar la isla y pasar al continente de Italia en las embarcaciones llegadas de Francia. No se les pudo dar noticia mas grata, la que en un instante se comunicáron unos á otros, dándose la enhorabuena. Embarcáronse sin pérdida de tiempo, y al primer viento se hicieron á la vela, dirigiendose á Génova, donde todos dieron fondo. Creian, como el año antecedente, saltar luego á tierra, y lo daban tambien por supuesto los conductos

res franceses de los transportes; pero unos y otros se engañáron, porque no lo permitió el gobierno genoves, como no lo habia permitido el pontificio. Fué indispensable quedarse todos en los mismos buques, tan hacinados como habian venido, y la mayor parte sobre la cubierta con solo un toldo encima, hasta que obligados por una parte de los franceses á desocupar sus barcos, y por otra inhibidos de entrar en territorio de la República, hallaron finalmente el sutil arbitrio de no pisar tablas francesas ni terreno genoves. Alquiláron algunas embarcaciones que estaban ociosas en aquel puerto ó desarboladas, ó

para carenarse, donde transbordaron: tuviéron mayor ensanche, pudiéron tender cada uno su colchon, volviéron á cocinar y á comer algo mas y mas limpio que la racion de marinería francesa, á que dias ántes habian estado reducidos. La piedad de nuestro Rey previno y remedió en quanto le fué posible esta desolacion y desamparo de sus vasallos, mándando se les diese paso libre para el estado Pontificio y un extraordinario socorro de dinero para el mismo efecto. Agradecidos á su real clemencia hiciéron oraciones por su prosperidad y conservacion, no teniendo entónces posibilidad de celebrar por la mis-

ma intencion el santo Sacrificio.

Resistió la salud del P. Isla á todos estos contrastes de nuevas incomodidades, fatigas y peligros, sin haber experimentado novedad considerable, y con la misma firmeza se conservó en el viage, no ménos escabroso que le restaba. Despues de algunos dias pasó con sus compañeros al Lazareto, situado fuera de Génova, donde al cabo de varios manejos y oficios permitió la República que se guareciesen de la intemperie de la estacion lluviosa. Allí cobró nuevos brios, como generalmente los demas, con la bondad y abundancia de los víveres, que en gran parte les regalaban diariamente

los principales señores y señoras genoveses, quienes tambien les favorecian con sus freqüentes visitas. Se hacian entretanto las diligencias para que todos pudiesen encaminarse á los estados del Papa, ó por la via de Toscana ó por el Ducado de Parma: la primera direccion no podia tomarse sino por medio de otro viage marítimo de dos ó tres dias, la segunda desde Sestri de levante era toda por tierra, pero atravesando las montañas mas ásperas y fragosas del Apenino en caballerías de acarreo, acostumbradas á aquellos malos pasos. Conseguida una tácita licencia del ministerio romano, apalabradas bareas para

Lenici ó Lioma y un suficiente número de caballerías, que á diez y ocho ó veinte cada vez fuesen y viniesen de Sestri hasta Furnuovo, primera llanura del Parmesano, dióse opcion á los sugetos para que eligiese cada uno el camino que mas le agradase de los dos referidos. Los que ya estaban cansados de mar y de mareos escogieron la via de Sestri y los otros la de Toscana.

No se sabe por qual causa eligió el Pisla el camino de las montañas, mas penoso sin duda, especialmente en su edad, á tiempo en que ya se iban cubriendo de nieve aquellas alturas, quando se gozaba baxo de ellas un tem-

hermoso quarto que se habia reservado para su persona. Esta comodidad doméstica, la belleza y amenidad de la campiña, la perspectiva pintoresca de las colinas, que le dominan, coronadas de verdura y de frutos en todas las estaciones del año, y la profunda quietud de aquella dulce soledad, contrapuesta á los pasados desasosiegos, estrechez, miseria y peligros, le lisonjeáron el gusto, de suerte que por propia eleccion nunca hubiera dexado tan apacible retiro. Volvióse á engolfar en su estudiosa laboriosidad, y escribiendo á sus amigos dispersos por otras quintas y lugares, les decia, que como una casa de campo habia da-

do orígen y nombre á las Qüestiones Tusculanas de Ciceron, así él en Crespelano quéria formar las Crespelanas. Bien pudiera haberlo executado, reuniendo baxo este título solos los asuntos de que escribió en aquel sitio, aunque no lo disfrutó dos años enteros. Por delicioso que fuese no podia suministrar todas las cosas esenciales á una comunidad numerosa: un solo médico, con quien no se podia contar siempre, por hallarse tal vez distante algunas millas á visita dentro ó fuera de la feligresía, que, como todas las del campo, es muy dilatada, la incertidumbre de botica vecina, y la distancia de las otras, la pro-

visíon de varios géneros, que era preciso traer de la ciudad, fuéron los principales inconvenientes que no permitiéron subsistir fuera de las poblaciones á tanta multitud de sugetos. Todos sucesivamente tomáron casas, ó en Bolonia ó no léjos de sus puertas, ó en lugares de la provincia, como respectivamente le hiciéron los destinados á las de Ferrara, Romanía, Marca de Ancona y Urbino.

§. VII.

Su establecimiento y trabajos en Bolonia.

Transferido de Crespelano á aque-

lla ciudad, hubiera deseado traer consigo la misma libre disposicion del tiempo para emplear todo el que le restaba de sus diarios exercicios espirituales en escribir las varias obras que efectivamente concluyó, ademas de las quince ya referidas en sus respectivos lugares. Pero no le fué posible en Bolonia gozar tantas horas de estudio quantas le permitia la solitaria morada de los campos. Apenas entró dentro de sus muros, se vió como sitiado de las personas mas ilustres, y de los mayores literatos: dos clases de ciudadanos de que aquella antiquísima metrópoli ha sido siempre hasta hoy tan fecunda madre, como su ter-

reno de los mas felices, pingües y cultivados de la bella Italia y por consiguiente de Europa. Ni la justa correspondencia de urbanidad y atencion, ni el genio del P. Isla que observaba hasta los ápices de la gratitud, diéron lugar á eximirle de las muchas visitas y comunicaciones contraidas por la general opinion de su sabiduría, aumentada despues por la experiencia de su trato. Empeñáronse á porfia en tenerle á sus mesas los principales señores y los profesores mas célebres del Instituto de las ciencias y de la Universidad, cuerpos tan respetables como es notorio, entre las primeras Academias de Paris, Lóndres, Berlin,

Rusia y otras: llamábanle á sus juntas, queríanle compañero en sus paseos y en sus hermosas casas de campo, y cultiváron en adelante su amistad, no solo con la atencion y cortesía características de aquella nacion, sino tambien con los oficios ménos equívocos de estimacion y afecto.

Hácíase admirar, como repetidas veces lo decian los mismos señores y sabios boloñeses, por la extension de sus conocimientos, por su penetracion, viveza y prontitud de ideas y por la gracia de sus palabras y discursos. Pero al paso que se hacia admirar y aplaudir la cultura de su entendimiento, se hacia igualmente amar su

bondad y grandeza de corazon y su finísima sensibilidad á quantos la merecian. La que justamente profesaba á la patria le presentó por aquel tiempo no pocas ocasiones en que, como digno hijo de ella, hizo victoriosas defensas de su honor, particularmente en puntos literarios. Prevalecian entónces, como mucho tiempo ántes, en Italia, y aun entre su gente sabia, algunas preocupaciones contra nuestra literatura nacional, no solo como adulterada y corrompida, sino tambien como corruptora de la italiana desde el siglo XVI, miéntras la Lombardía, Nápoles y otros estados estuviéron baxo el dominio espa-

fiol. Añadian peso y autoridad á estas quejas histórico-críticas, aunque mal fundadas, los célebres Jesuitas italianos Tiraboschi y Bettinelli, en las elegantes historias ó artificiosos panegíricos que publicáron con el mayor aplauso de su antigua y moderna literatura, y de su restauracion. Pocos años despues les hizo frente el eruditísimo ex-jesuita don Xavier Lampillas con su triunfante apología de la docta y culta España, que dió á luz en idioma italiano, y corre tambien traducida al nuestro por la literata española doña Josefa Amar y Borbon, sócia de mérito de la real Sociedad Aragonesa, gloria, no sé si mas singular de

su sexô ó de la nacion. Pero ántes que nuestro apologista publicase su obra, él mismo y otros muchísimos compañeros suyos esparcidos en diferentes ciudades de Italia, especialmente en Roma, Venecia, Bolonia, Ferrára y Génova, habian ya sostenido con vigor tan justa causa, vindicando de tales imputaciones á la madre patria en privados coloquios, discursos académicos y tertulias á que concurrian. En algunas de las mas acreditadas de Bolonia fué el P. Isla uno de los primeros defensores que empuñó el escudo y rebatió los golpes que se tiraban contra nuestro decoro y reputacion nacional, con tanta fuerza

y felicidad, que los mismos contrarios se declaraban desarmados y vencidos: declaracion igualmente honorífica al defensor, á la causa defendida y á los que la habian combatido, no por oposicion de ánimo ni aversion al nombre español, sino por mera opinion preocupada que cesó con el desengaño.

Quando ya resonaba por todos los ángulos de aquella nobilísima ciudad el mérito del P. Isla, y se le tributaban los mayores elogios y obsequios, vióse repentinamente cubierto de la mas pública y ruidosa humillacion, en cuya dolorosa prueba debia acreditar que su religiosa virtud no

era inferior á su sabiduría. Hallábase un dia, poco ántes de la extincion de su órden, en casa de uno de los principales señores en conversacion con otros varios que allí hábian concurrido. Uno de ellos empezó á hablar de la Compañía (asunto que en aquel tiempo era bien comun y ordinario) y prosiguió mezclando en el discurso algunas especies de mucho desdoro para aquel cuerpo. Oyólas, y aunque le parecièron falsas, disimuló, sufrió y no desplegó sus labios por una larga media hora: mas no acabándose todavía la invectiva, hizo sus reflexiones y tomó otro partido. Creyó que su silencio en aquellas circunstancias

sería una tácita y poderosa confesion y confirmacion de las cosas dichas, ó por lo ménos una prueba convincente de que él era un mentecato é ignorante, que no sabia defenderse á sí y á sus hermanos: que el declamador contrario no tenia carácter público, ni alguna autoridad legítima para ser creido sobre su palabra sin réplica de los que infamaba, que entre éstos eran muchos los que por su nacimiento y por su notoria virtud y exemplar religiosidad tenian derecho á ser respetados, y su cuerpo aún existente á ser defendido en lo que fuese justo. Estas (dixo él mismo de palabra muchas veces á sus amigos, y por es-

crito á alguna otra persona de carácter que merecia su confianza) fuéron las razones que le movié-ron á romper el silencio en aquel lance, y las que parece podian excusar en alguna parte ó en toda qualquier descuido que hubiese tenido en el calor de su defensa. Como quiera, él se opuso con no menor fuerza que franqueza á las proposiciones ofensivas que habia oido, segun el juicio que entónces formaba de ellas. Túvolas despues siempre ocultas igualmente que sus respuestas la escrupulosa limpieza de su lengua; pero no faltó quien delatase las segundas al superior eclesiástico, que era el eminentísimo señor Cardenal Mal-

vezzi, Arzobispo, en tales términos, que produxéron al delatado la mayor pesadumbre de toda su vida y las mas terribles consequencias.

La noche del ocho al nueve de julio de 1773, estando ya recogidos él y otros veinte compañeros, con quienes vivia, fué asaltada y cercada su casa por una numerosa quadrilla de ministriles, que en Italia llaman Sbirros, destinados á executar las prisiones de la gente mas ordinaria y facinerosa, y como tales tenidos por viles é infames. Venia á su frente un Fiscal ó Juez criminal, habiéndose anunciado en nombre de la justicia, se les abrió al instante la

puerta: preguntáron por el aposento del P. Isla, se apoderáron de su persona y de sus papeles, y llevándose éstos consigo, y haciéndole á él entrar en un coche que estaba preparado, lo conduxéron á la cárcel pública eclesiástica ó de corona, que no solamente sirve para reclusion de eclesiásticos como las de España, síno tambien para todo género de malhechores, en cuyas causas interviene el tribunal del Arzobispado.

Golpe tan recio, tan improviso é ignominioso hubiera sido capaz de oprimir á qualquiera hombre de su carácter. Su nobleza, su estado, su edad avanzada, los accidentes de su salud, la fama

de su sabiduría, su estimacion pública, sus amistades qualificadas, eran otros tantos motivós físicos y morales que influían y concurrian de tropel á exâsperar aquella herida y excitar una irremediable afliccion de ánimo y de cuerpo. Pero él halló en la escuela de la virtud, y en el fondo de su capacidad eficaces lecciones, no solo de tolerancia cristiana, sino tambien de sosiego y de consuelo. Esta noticia fué la única que pudo salir de la obscuridad de su prision por medio del carcelero, quien la divulgó sin dificultad para satisfacer á los muchos que preguntaban por la salud y actual disposicion del prisionero, lo que grandemen-

te consoló á sus amigos, sin causarles admiracion y admiró á los demas, porque aun no le conocian todos ó no todos le conocian bien. Sobre la causa de su estrepitoso arresto fuéron tan varias al principio las conjeturas y opiniones como generales los discursos en tertulias particulares y en los sitios públicos de cafes, y otros que suelen apellidarse mentideros, segun sucede en semejantes casos, hasta que sabiéndose quan grave sentimiento manifestaba el personage en cuya casa se tuvo la mencionada disputa, se esparció tambien, que ella habia sido la verdadera ocasion de aquella desgracia.

A los diez y nueve dias de estrecha cárcel, que le hizo mas penosa el excesivo ardor de la estacion, le sentenció la Curia eclesiástica á destierro de Bolonia, y á permanecer confinado en Budrio, lugar pequeño, distante como dos leguas, para donde salió el dia 28 del mismo mes, y fué á apearse y habitar en una casa que allí ocupaban otros compañeros suyos. El oratorio doméstico para decir misa, la iglesia cercana para observar su costumbre de hacer por las tardes una larga visita al Santísimo y la mesa de su estudio volviéron á formar sus delicias y á llenarle el tiempo que le restaba de descanso y de un cor-

to paseo. Pero aún no habia gozado un mes entero de esta calma ó bonanza, quando se vió en medio de una nueva borrasca, mas sensible á su corazon que las pasadas, aunque sufrida con la misma paciencia y conformidad.

Publicada en Roma la extincion de la Compañía, fué intimada tambien en Bolonia y su provincia, como en las demas, á los Jesuitas españoles que en ella exîstian. Deshecho el cuerpo, cada uno de sus miembros dispersos debia pensar en sí mismo, en posada, en mantenimiento, en vestido y asistencia: embarazo, que si fué grande para los viejos y achacosos, fué grandísimo para el señor

Isla, acostumbrado aun mas que otros á no pensar toda su vida en nada de lo que es menester para pasarlo con la conveniente decencia, y ménos á propósito para empezar á pensar en todo y abandonar la metódica laboriosidad de su estudio y escritos con que se habia connaturalizado. Desde aquel momento, y por sola aquella situacion escabrosa, comenzó á sentir todo el peso de su destierro al que ántes parecia insensible, no dexando por eso de ser un exemplar constante de resignacion, sin habérsele jamas oido la mehor queja, ni visto la ménor señal de poco rendimiento, ni aun de natural repugnancia á

todas las superiores disposiciones. Solo lidiáron en aquella ocasion su genio todo literario, unido con su invencible antipatía á ocupacion y pensamiento mecánico, contra las circunstancias que hacian indispensable el mecanismo de atender á la propia subsistencia y compensar la escasez de medios con el molesto cuidado de la mas menuda economía.

De este trabajo, particularmente enfadoso y desagradable á los grandes espíritus y gente de letras, se hubiera visto libre desde luego si se hallara en Bolonia, donde despues de su secularizacion deseaban su compañía muchos señores; pero desconfiaban

de que se le levantase el destierro y detencion en Budrio. Entre otros los condes y condesa Tedeschi practicáron á este fin las mas vivas diligencias, y viéndolas infructuosas, le instáron á repetirlas por sí mismo. Así lo executó por medios lícitos y decentes sin abatirse á buscar empeños, obliquos é indirectos. Escribió en derechura al excelentísimo señor Conde de Floridablanca, ministro que entónces era de S. M. en la corte de Roma, diciéndole entre otras cosas: »No por eso pretendo ex»cusar mi error: expóngole, no »le disculpo; y léjos de presen»tarme á V. S. como quejoso, ni »mucho ménos como agraviado,

»me confieso y reconozco agra-
»decido á la benignidad con que
»me castigó la clemencia de nues-
»tro señor, quizá excitada á com-
»pasivos oficios de la piadosa y
»poderosa intercesion de V. S. Es-
»ta misma imploro ahora, para
»que la justicia de Clemente XIV,
»nunca separada de la misericor-
»dia, dé por bien purgada una
»inadvertencia con diez y nueve
»dias de prision en una cárcel pú-
»blica y con quatro meses de des-
»tierro en un lugar, donde la in-
»comodidad de la habitacion, la
»imposibilidad de mejorarla, y la
»proximidad de un invierno, el
»grave peso de setenta y un años
»que cuento, y la multitud de

»achaques en que están aforrados, »juntamente con la pobreza (que »pica en extrema) de quien no tie»ne otro recurso que á la pension »del Rey, me hacen suspirar por »la libertad de restituirme á Bo»lonia." Pero ni él, ni sus amigos tuviéron este gusto en los dos años siguientes que vivió el señor Cardenal Malvezzi, juez que habia sido ó executor de su sentencia, hasta que habiendo fallecido al fin del año 1775, y destinado por el papa Pio VI al gobierno de la iglesia de Bolonia el eminentísimo señor Cardenal don Andres Gioanetti, que fué despues su Arzobispo, logró fácilmente la licencia para establecerse en la ciudad.

Fué recibido en ella con la misma distincion y estimacion de ántes y con singulares demostraciones de benevolencia, entre las quales fuéron singularísimas las de sus primeros conocidos señores condes y condesa Tedeschi ya mencionados. Era esta familia, y es hoy dia en Bolonia, una de las mas verdaderamente respetables, porque con su antigua nobleza parece que tiene por hereditaria la virtud. Una y otra en esta ocasion se uniéron estrechamente con la amistad, con la compasion, con la beneficencia, y saliéron al encuentro de su amado P. Isla, y como en desquite de no haber podido tenerle en su compañía mién-

tras fué Jesuita y vivia en su comunidad, no le dexáron ya eleccion ni arbitrio para buscar casa: se lo lleváron á su palacio, lo colocáron en una de las mejores viviendas, le señaláron un criado para sola su persona, ademas de los otros, que tambien estaban á su disposicion: le impusiéron la ley de hacerles compañía en la mesa, y atendiendo despues á no causarle la menor incomodidad por razon de las horas y de otras precauciones sobre su quebrantada salud, mandáron se le llevase la comida y cena á su habitacion al tiempo que gustase, y en todo lo demas fuese asistido y cuidado como los otros señores de la

casa. Éstos le trataron hasta el fin de sus dias con el mismo amor y cariño y con aquella recíproca igualdad, union y confianza que podian usar con un hermano ó inmediato pariente. Nada tenia que desear el digno huésped; pero siendo su índole de las mas generosas y agradecidas, le faltaba una satisfaccion, por la qual andaba siempre suspirando, y era el poder acreditar sin el auxîlio de las palabras la cordial gratitud de que estaba penetrado por favores tan significativos y apreciables: sentimiento que respiraba siempre en las conversaciones y mostraba con freqüencia en sus cartas, como lo convencen las que se imprimiéron

en Madrid, escritas á sus hermanos y amigos. Tal fué el feliz término de su pasado infortunio en aquella ciudad, y la continuacion del aprecio, fama y elogios que en ella, en toda Italia, y en otros paises prosiguió mereciendo como verémos.

§. VIII.

Exemplo singular de su virtud, sus últimos escritos y crédito literario.

La ciudad que habia sido el teatro de su humillacion, sufrimiento y paciencia cristiana, debia serlo tambien de sus mas públicos honores y del exercicio que hizo

de otra elevada virtud, la mas heroyca en su especie y el mayor distintivo de la ley evangélica, como de quantos nos gloriamos de profesarla. El recibimiento que tuvo en su regreso, y queda ya indicado, arguye por sí mismo, sin necesidad de formar una particular descripcion, qual fué el numeroso concurso de personas á visitarle y manifestarle por su venida una complacencia que las circunstancias del tiempo no permitian fuese efecto de mera política y ménos de ficcion. Antes bien á los amigos que ya diximos le habia conciliado, primero su fama, y despues su trato, se llegáron nuevos concurrentes, atraidos de

compasion por su pasada catástrofe. No pudiéron todos contenerse sin hablarle de ella en los términos que eran permitidos, á los que contestaba del mismo modo, y aun divirtiendo graciosamente á otro asunto el de aquel discurso.

Varias especies sueltas, que oyó con esta ocasion, combinadas despues con ciertos vehementes indicios y efectos poco ó nada equívocos de la causa que los producia, le inspiráron fuertes barruntos de quién habia sido el delator de sus palabras y el orígen de su ignominiosa prision, sentencia y penalidades consiguientes. De las sospechas fué muy fácil á su perspicacia pasar por gra-

dos hasta la certeza, y quando llegó á ella, sin alguna duda en contrario, léjos de mostrar directa ni indirectamente el menor resentimiento, aun no se supo que hiciese confianza de la noticia con alguno de sus mayores amigos. Por consiguiente tampoco se hubiera sabido, que á él le constaba, si no fuera su misma virtud la que hizo una inocente traicion á su secreto. Mientras lo conservaba inviolable, poniendo así á cubierto su atenta y vigilante caridad con el próximo, aunque enemigo, éste mismo, sin quererlo, le hizo coronar aquella virtud con las insignias del heroismo y de la perfeccion. Llegó á su noticia que

el delator á quien habia tratado como amigo, estaba muy atrasado de facultades, sin que su pasado manejo y otros semejantes en que se empleaba le sacasen de miseria. Pretendia para una hija suya cierto dote en Génova, pero inútilmente, de lo que tambien tuvo aviso el caritativo Isla. Sin mas dilacion va y se presenta á una de las primeras damas de Bolonia que le estimaba quanto merecia, y era la única que podia allanar las dificultades para el logro de aquel dote. Penetrado de una sensible ternura, que no pudiéron disimular sus ojos y semblante, la expone el estado de indigencia del padre y de la hija, y

añade estas palabras (que la misma dama refirió á quien nos las ha comunicado escritas): "Señora, »todo lo que V. E. hiciere en be»neficio de este hombre será la »mayor caridad que á mí me pue»da hacer, porque son muy gran»des las obligaciones que le pro»feso, y es grande la necesidad de »su pobre hija." Consiguióse el dote en gran parte, si no en todo: quedó remediada la doncella, y el injuriado intercesor mas agradecido y contento que si hubiera obtenido para sí una púrpura.

Aunque la vida de este exemplar religioso no hubiera sido tan fecunda, como en parte hemos ya observado, y aun nos resta ob-

servar, de repetidos actos virtuosos y de habitual edificacion el que se acaba de referir, bastaria para prueba demostrativa del superior espíritu cristiano que lo animaba y de su fiel cooperacion y correspondencia á la divina gracia, aun en los encuentros mas repugnantes y formidables á la naturaleza. No se gobernaba este verdadero sabio de la Religion por los estériles y pomposos dictados de una presuntuosa y adúltera filosofia, que para obscurecer con su negro aliento la luz brillante del Evangelio, pretende neciamente substituir á la realidad y al nombre de *amor del próximo*, *amor de los enemigos y perseguí-*

dores, el que apellida *amor á sus semejantes*; como si un amor incierto y voluble, qual es el que se funda en sola natural *semejanza*, ó fuera el único ó el mas legítimo y recomendable. La experiencia por sí misma lo desmiente á cada paso, y rasgando el velo superficial con que se cubre, lo manifiesta y convence de *amor* meramente verbal ó hipócrita, que al menor disgusto, ó la mas leve ofensa ó injuria, pierde su apariencia filosófica y se convierte en odio, en venganza y furor.

Bien léjos de estas vergonzosas afectaciones é inconsequiencias, la sólida caridad del señor Isla, fundada en el precepto y máxi-

mas sobrenaturales del divino Legislador, que nos la impuso como compendio, perfeccion y complemento de su ley; no solo se sublimó al grado que hemos visto, sino tambien fué acompañada de otra circunstancia, aun mas notable que las referidas. Si hubiera sido culpable en lo que le acrimino su enemigo, pudieran acaso no parecer tan admirables el amor y beneficencia con que le correspondió, aunque siempre serian de un mérito extraordinario; pero la acusacion, la causa y proceso fueron tales, que en el año 1776 el mencionado obispo administrador monseñor Gioanetti, despues cardenal arzobis-

po, con autoridad pontificia y por judicial declaracion, á título y probanza de inocencia le reintegró en su plena libertad, y mandó cancelar su proceso. *Así mortifica Dios y así vivifica, no permitiendo que triunfe siempre la malignidad de la inocencia*, añade él mismo sin nombrarse, aludiendo á este pasage, en carta de 18 de Abril de aquel año á su hermana.

A vista de su generosa piedad con quien tan iniquamente le persiguió, ya no causará maravilla, pero sí nueva edificacion, su caritativo afecto, ternura y activa sensibilidad con quantos la buscaban y á quantos podia ser útil de

algun modo. Es original en este punto, como en todas sus cosas, el trabajo que se tomó en el tiempo de que vamos hablando para socorrer á un infeliz que no tenia otro derecho á su compasion. Un caballero español reducido á las angustias de la pobreza y sabidor del antiguo carácter magnánimo del P. Isla, recurrió á él, exponiéndole su indigencia y el peligro de su abatimiento por falta de medios para mantener el decoro y reputacion de su calidad. No le pedia ni podia prometerse de él, en el estado en que se hallaba, socorro alguno de dinero efectivo; pero le pidió un socorro equivalente, que era

alguna obra de las que pudiesen tener estimacion, y despacho en España para utilizarse de ella y remediar su deplorable situacion. No era necesario tanto para mover aquella alma amorosa, que no contentándose con su voluntad benéfica, tenia tambien entendimiento bienhechor. Este, á fin de ser al mismo tiempo honorífico á la nacion y provechoso, y tambien condescendiente con el necesitado, se sujetó á darle gusto, traduciendo la famosa historia, romance ó novela del Gil Blas, que le remitió desde España á efecto que se lo tuvo muy favorable al interesado. Esta obra de alcurnia española, como todos saben, pro-

hijada en Francia, repulida, enmascarada y vestida á la francesa, corria por toda Europa, como parte de aquella nacion, con general aplauso de las demas; pero faltaba á la nuestra una traduccion, que renovando la memoria y aventuras buenas y malas de aquel caprichoso héroe de los tunantes, excitáse otra vez la curiosidad de sus nacionales, como gozaba la estimacion de los extrangeros. Añadió precio al original el renombre y pericia del traductor, por mas que constantemente se empeñó en ocultarse, y no ménos hizo recomendable su traduccion, restituyéndonos lo que era nuestro con las adiciones de su defen-

del estudio á la cama y de ésta al sepulcro.

Acabó sus escritos como los habia empezado desde los diez y ocho años de su edad, por la ciencia mas importante, ó por mejor decir, por la que únicamente importa, que es la de la virtud ó de los santos. El mérito de la obra quedaría decidido solo por haberla él escogido para traducirla y enviarla, como lo executó, en prendas de su amor á aquella tan querida hermana, con quien largamente habla en los quatro primeros tomos de sus Cartas, y con particular efusion de afecto y ternura en todo el tomo quarto, subiendo siempre de punto la ener-

gía de su corazon y de su pluma al paso que se acercaba al fin de sus dias. Por lo mismo, ninguno como él podrá explicar los motivos de su determinacion y la dignidad del original. »Hija, herma»na y señora mia (la dice dedi»cándola su traduccion): hija, »porque te saqué de pila: herma»na, porque tuvimos un mismo »padre, aunque con grande dis»tancia de años; y señora mia, »por el respeto que se debe á tu »sexô, sin ofensa del fraternal »amor, ni de la mas avanzada an»cianidad. Por gran fortuna mia, »y por un accidente feliz, llegó »á mis manos la preciosa obrilla »que escribió el P. Francisco Be-

»liati de la Compañía de Jesus. In»titulábase la tal obra: *Arte de* »*encomendarse á Dios, ó bien sea* «*la virtud de la oracion*, escrita en »italiano y estampada en Padua »el año de 1732.

»Habia ya algunos años que »residia yo en Italia, quando ca»sualmente me hizo con él la ge»nerosa caridad de una nobilísi»ma dama, tan conocida por su »alto nacimiento como venerada »por su conducta exemplar, pues »sabe componer, no ya con fas»tidióso y sombrío encogimiento, »sino con modesto, pero gentil »desembarazo, los primores mas »delicados de la religion con to»das aquellas atenciones que jus-

»tamente la puede el mundo pedir.
»Luego que devoré, aún mas
»que leí, aquel libro incomparable, (tanto me hechizó) resolví
»traducirle á nuestro idioma motivo, sin otro fin que hacerte un
»regalo, el mas estimable á tu
»natural piedad. Ya que mis desdichas i circunstancias no me
»permitian hacerte otras expresiones de mi fraternal cariño y
»sumo reconocimiento á las muchas que tú me has hecho en
»alivio de mis trabajos con que
»la divina misericordia se ha dignado castigar en esta vida el final
»empleo de tantos malogrados
»años mios, quise á lo ménos dar
»te este tal qual testimonio de

»que tengo muy presentes tus be-
»neficios, y de que deseo corres-
»ponderlos en todo lo que puedo y
»se conforma con su religioso
»gusto.

»Si formas de este escrito el
»alto concepto que han formado
»de él los mayores hombres de
»Italia, no dudarás lo posible
»para que se comunique á toda
»nuestra nacion el importantísi-
»mo fruto que puede hacer en to-
»da ella. Quizá no se habrá pu-
»blicado hasta ahora cosa mas
»oportuna, mas enérgica ni mas
»sólida para alentar á los mas
»grandes pecadores, no solo á no
»desconfiar de su eterna salvacion
»sino á vivir seguros de ella, co-

»no practiquen lo que fácilmen-
»te pueden practicar, mediante
»aquellos auxilios (que Dios nunca
»les negará) para sabernos pedir
»como este *Arte* les enseña.

»La carta que el P. Bellati es-
»cribió al P. Mazarrosa, y la *Intro-*
»*duccion* del mismo Autor, que se
»sigue á ella, yo te incluyo en ésta,
»suplirán lo mas que pudiera de-
»cir en recomendacion y mérito
»de la obra. La traduccion solo
»tiene el de una mera fatiga mec-
»ánica y material; pero de un
»viejo cansado ya en los setenta
»y nueve años ¿qué otra cosa se
»puede esperar?"

No es tiempo aún de detener-
nos en los virtuosos sentimientos

que respira esta carta, como otras muchas de tal hermano á tal hermana. El la dedica esta obra, como la mas importante, dexando sepultadas en el silencio otras que anteriormente habia trabajado; y su hermana correspondió como siempre al *fraternal cariño y sumo reconocimiento* que la protesta el dedicante, igualmente que á la pública utilidad, habiendo hecho estampar la traduccion en Madrid año de 1788, y despues sus sermones en 1793. De los MSS. inéditos que dexó completos y comprehenden varias memorias pertenecientes á la historia del siglo, uno es el *Espíritu de los Magistrados exterminadores (los que fue-*

ron Parlamentarios franceses) analizado en la demanda del señor Legoullon, presentada al Parlamento de Metz, en 4º: otro *Anatomía de la Carta Pastoral de un Prelado*, quatro tomos en 4º marquilla: otro *Notas al próyecto ó Historia de Bourg-Fontaines*, de los quales nos es imposible dar mas noticia por no haberlos leido.

Mucho ménos podemos darla de otra mayor copia de obras suyas, que al tiempo de su salida del reyno fuéron recogidas y despues transportadas á la Biblioteca reservada de los Reales Estudios de san Isidro, las que él mismo juzgó dignas, no solo de su solicitud por recuperarlas, sino

tambien de su amor y aficion. En carta escrita á la misma hermana á 8 de junio de 1780 (tom. 4º cxc.) responde, preguntado sobre dichos MSS: "Al señor conde de »Aranda escribí solamente desde »Calvi sobre los manuscritos que »me habian embargado en Espa»ña, suplicándole, que si despues »de exâminados no se hallase en »ellos cosa que ofendiese á la re»ligion ni al estado, se sirviese »su Excelencia disponer que aque»llos inocentes hijos viniesen á »hacer compañía á su pobre y »desterrado padre. Respondióme »aquel Señor, que eso ya no es»taba en su mano; pero que es»tuviese sin cuidado, porque aque-

»los hijos estaban á cargo de »quien haria que fuesen tratados »como los trataria su mismo pa»dre. Esto fué en suma la res»puesta.

El lugar tan respetable donde se hallan depositados estos primeros MSS. no permite creer que hayan salido de él (á lo ménos sin aviso público, ni auténtica noticia de su extraccion) algunos pocos, tampoco existentes entre los últimos que quedáron en Bolonia quando murió el Autor, y que como partos suyos legítimos se han publicado despues. Tales son el *Rebusco*, el *Mercurio* y las *Cartas del Parnaso*, cuya aceptacion y aplauso mas ha sido efecto del

crédito y general estimacion debida á quien se atribuyen, que al mérito intrínseco de las mismas composiciones. Ellas remedan, pero no reproducen la cultura, la viveza, la gracia, el estilo y energía de Isla; y si baxo su sombra son apreciadas y leidas con entusiasmo por la muchedumbre, se contentarán los interesados con el engaño popular, y mas con su propia ganancia, no con la imposible magia de engañar tambien á los hombres *emunctæ naris*, y de fino discernimiento.

Extendíase cada vez mas por la Italia y fuera de ella la fama de este insigne español, y con ella el honor literario de la nacion, al

que han concurrido sucesivamente hasta hoy muchos compañeros suyos. Uno de ellos, el ya mencionado señor abate don Xavier Lampillas, tratando de nuestros célebres romances en su Apología dice: "Sobre el mismo modelo del »Quixote se trabajó modernamente el romance español del »famoso Gerundio, obra del erudito señor abate don Josef Francisco de Isla, otro de los mas »bellos ingenios que ha producido la España en este siglo. La »Italia, donde al presente vive, »hace de él la debida estimacion, »y lo toma por argumento de que »la España no se ha vuelto estéril »de aquellos singulares ingenios

„que fuéron la admiracion de los „siglos pasados." Bolonia, donde hemos ya visto que se estableció, era tenida sin contradiccion por la mas docta y culta ciudad de Italia y fácilmente lo será todavía. Sus conexiones y correspondencias dentro y fuera de aquella península contribuyéron no poco á esparcir el nombre del P. Isla, cuya persona poseía dentro de su recinto, gloriándose de su posesion. Una de las primeras demostraciones que le hizo del concepto público, fué buscar con exquisita curiosidad la segunda parte del *Gerundio*, y habiéndola finalmente hallado, la colocó con la primera en la magnífica copiosísi-

na biblioteca del *Instituto de las Ciencias.*

Deseó tambien por aquel tiempo ver dicha obra S. A. R. la señora infanta de España doña María Luisa, digna hermana de nuestro soberano, entónces gran duquesa de Toscana, y despues emperatriz, reyna apostólica, de cuya elevada capacidad y exemplarísima virtud subsisten hasta hoy tantas y tan vivas memorias, que la Europa toda miraría con el mayor interes publicada su vida, y la serviría de consuelo en la temprana pérdida que padeció de su augusta persona. No podemos asegurar, pero tenemos fundamentos de suponer, que aquella princesa

logró efectivamente la complacencia de leer la obra. La segunda parte de ella era el objeto del ansia comun y de las diligencias que practicaban por conseguirla quantos habian gustado la primera. Dos Exjesuitas americanos, de buenas asistencias hiciéron un viage desde Italia á Praga con el fin de visitar el cuerpo y prodigiosa lengua incorrupta del protomártir del sigilo sacramental san Juan Nepomuceno. Quisiéron verles la emperatriz María Teresa y las archiduquesas sus hijas Mariana y María Isabel, quando supiéron que estaban en Viena. Recibiéronlos con la mayor benignidad: preguntáronles si vivia el autor de la

historia de fray Gerundio, y se dignáron significarles, que tendrian gusto en leer la segunda parte: informáronse despues menudamente de algunas particularidades de América y de su viage á Europa, y al cabo de media hora los despidiéron con señas de singular agrado, dando órden la emperatriz de que se les costease el viage hasta Praga, y recomendándoles al arzobispo de aquella por medio de una benignísima carta suya.

Si el autor del Gerundio era nombrado en el Palacio imperial, y mereció la pregunta de su existencia, no ménos interesó al acreditado Diarista de Viena en su

diario de la literatura europea. El habia insertado en sus memorias las que le daba su corresponsal en España don Antonio Capdevila en carta de 20 de mayo de 1778, escrita en Chinchilla, sobre las obras del P. Isla, con noticias de su persona y escritos, mas que medianamente equivocadas. Consultó el acriminado lo que debia hacer, y tratándose de su propia defensa y conducta injustamente vulnerada, se le aconsejó que escribiese al Diarista aleman lo que se podia y debia responder al poco instruido señor Capdevila. Así lo hizo en carta de Bolonia, que es la CXXXVIII. del tomo 4.°; y por hablarse en ella de las obras en

qüestion, y de las nuevas censuras con que ilegitimamente, y sin autoridad alguna quiso denigrarla Capdevila, como tambien por dar mayor luz á la noticia de otras obras del autor, que quedan mencionadas, hemos juzgado copiarla aquí á la letra, segun se imprimió en Madrid con las otras, de que trataremos luego. »Muy »señor mio: pocos dias há que »llegó á mis manos el tomo del »dignamente celebrado diario de »vmd. en que presenta al público »una fiel, y curiosa coleccion, ya »de cartas enteras, ya de trozos »de otras, y ya tambien de me»morias algun tanto prolixas so»bre los recientes sucesos de Por-

»primiendo para que la dedicase á »quien mejor me pareciese, pre»vine que no se estampase *traduci*»*da*, sino *sacada*, pareciéndo»me que de esta manera no fal»taba á la fidelidad, y por otra »parte no pasarian mis desacier»tos por descuidos del discretísi»mo obispo Flechier.

»Dice lo segundo el señor Cap»devila, que el año de 46 escribí »en Pamplona un papel con este »título: *Dia grande de Navarra,* »*ó Proclamacion del señor don Fer»nando VI, rey de España, en el* »*qual hago ridículos á todos los in»dividuos de la metrópoli de aquel* »*reyno.* Es así que escribí dicho »papel; pero es totalmente age-

»no de verdad, que en él hago ri-
»diculos, no solo á todos, pero
»ni aun al menor individuo de la
»metrópoli de aquel reyno. La
»prueba es perentoria. Escribí di-
»cho papel dentro de la misma
»metrópoli. Conforme iba escri-
»biendo los pliegos, los iba en-
»viando á la Diputacion que re-
»presentaba el reyno: ésta los leía,
»y me los devolvía con elogio y
»con encargo de que los hiciese
»estampar, sin mudar palabra al-
»guna; ántes bien al quarto ó
»quinto pliego que le envié, me
»hizo decir por su secretario que
»no me tomase aquel trabajo, que
»la Diputacion se confiaba entera-
»mente de mi amor á la nacion,

»y de mi talento: que si me ocur-
»ria alguna duda, bastaba que la
»comunicase con don Josef Col-
»menares, miembro de aquel con-
»sejo, hijo de Pamplona, y suge-
»to de todo género de literatura.
»Así lo executé: estampóse el pa-
»pel: publicóse: es increible el
»aplauso que logró por espacio de
»quince ó veinte dias. No podia
»yo andar por las calles, porque
»me sofocaban á abrazos y enho-
»rabuenas. De todas las ciudades
»del reyno me llovian cartas, dán-
»dome mil gracias y mil parabie-
»nes. Llenáronme de honores los
»personages mas visibles de Na-
»varra. El ilustrísimo señor Mi-
»randa, obispo de Pamplona, el

»excelentísimo señor duque de »Granada, y el grande arzobispo »de Zaragoza señor don Francis»co de Añoa me colmáron de gra»cias y de dignaciones.

»No pudiéron sufrir esta uni»versal aclamacion cierto canonita »y otro cierto secular, uno y otro »por sus razones particulares. Am»bos tenian séquito, y dando la »mas maligna y la mas violenta »inteligencia á la décima que se »aplicaba á cada uno de los que »componian la diputacion que re»presentaba el reyno, conmovié»ron furiosamente la muchedum»bre del vulgo contra el autor del »papel, pintándole como á un »hombre que hacia burla de toda

»la nacion navarra. Considérese, »si habiendo pasado el manuscri»to por los ojos de los señores di»putados, y despues por los de »aquel consejero tan amante de »su patria como literato; consi»dérese, vuelvo á decir, si estos »no descubririan la pretendida ma»lignidad de unas décimas que los »hacian ridículos, y si descubierta, »la dexarian correr. Ofendida dicha »diputacion, aun mucho mas que »yo, de las destempladas voces »que podian oirse entre el mas infimo »vulgo, escribió á mi provincial »el P. Diego de Tobar con gran»des elogios del papel, y manifes»tando la mayor estimacion de mi »persona con expresiones muy ti-

»periores á mi mérito, y protes-
»tando el vivísimo dolor que la
»causaba ver al ignorante y ciego
»vulgo tan neciamente conmovi-
»do á influxo de la malignidad y
»de la envidia contra un escrito
»formado á peticion suya, leido
»y aprobado por los que repreſen-
»taban el reyno, estampado de
»órden suya á costa del mismo
»reyno, y celebrado sumamente
»por todos los que en él tenian
»algun voto: agravio mucho mas
»ofensivo á la misma diputacion,
»que á la persona del acreditado
»autor, cuya vida ninguno podia
»asegurar entre tantos desalma-
»dos y furiosos como abrigaba en
»su seno la muchedumbre. Esta

»carta, y esta última reflexion »movió á mi provincial á propo»nerme que tenia por conve»niente, y aun necesario para mi »seguridad, que saliese de Navar»ra, dexando á mi eleccion el co»legio que mejor me pareciese fue»ra de aquel reyno.

»Dice lo tercero el referido »Capdevila, que *esto no obstante »con el despotismo que tenian los »jesuitas la hicieron reimprimir en »Valencia; pero que el arzobispo »de aquella ciudad, su amigo, don »Andres Mayoral la mandó pro»hibir.* No he tenido noticia de »semejante reimpresion hasta que »la leí en dicha carta; pero du»do mucho de su verdad por lo

»mismo que añade el autor de ella. »Afirma que el señor arzobispo de »aquella ciudad don Andres Ma»yoral, *su amigo* (no hacia falta »esta expresion que suena un po»co á jactanciosa) *la mandó pro»hibir*. ¿Pero á quien se lo mandó »aquel prelado? Seria á sí mismo, »porque en España nada se podia »imprimir sin licencia del ordina»rio, á cuya diócesis pertenecia la »estampa donde se imprimia la »obra. Si se estampó con su licencia »¿*como se prohibió despues*? Esto »seria hacerse á sí mismo poco ho»nor; y si se estampó sin ella, es»to bastaba para que aquel pre»lado la declarase prohibida en su »diócesis, sin meterse en mas ni

»en malo con la misma obra, á »la qual no perjudicaba poco ni »mucho semejante prohibicion.

»Dice lo quarto, que el tal pa»pel *se prohibió tambien por el con»sejo de Castilla.* Yo tambien ig»noré absolutamente dicha prohi»bicion hasta que la leí en la men»cionada carta. Si fué efectiva (lo »que dudo mucho) sería la de al»guna impresion hecha fuera de »Navarra sin licencia del supre»mo consejo de Castilla. Dixe *fue»ra de Navarra*, porque las que »se hacen dentro de aquel reyno, »segun sus particulares leyes y »privilegios, no están sujetas á »otra autoridad civil que á la del »consejo peculiar del mismo rey-

»no (el único de los doce ó trece
»que se comprehenden dentro de
»la península de España, que tie-
»ne dentro de sí un tribunal con
»título de consejo). Digo pues, que
»aun quando sea cierta la prohi-
»bicion del consejo de Castilla (de
»la que dudo mucho) no sería del
»estampado en Pamplona, sino el
»de alguna otra impresion sujeta
»á su autoridad suprema, sin cu-
»ya licencia saliese á luz: motivo
»muy suficiente para ser prohibi-
»do; pero que en nada perjudica
»á la substancia del papel.

»Dice lo quinto, que dió á luz
»el señor Isla el primer volúmen
»de *fray Gerundio de Campazas*,
»*el qual se prohibió por el supre-*

»mo *consejo de la Fe.* Así es, pero »sabe, ó fácilmente puede saber, »que se empatáron los votos, y »los desempató el que mas aplau»dió la obra dentro y fuera de »Madrid, diciendo que el autor »era por ella benemérito de la »Iglesia, y digno de que le levan»tase estátua la nacion. La cen»sura que da el edicto á la obra, »es por contener muchas propo»siciones *mal sonantes, erróneas,* »*heréticas ó sapientes hæresim.* Es »muy justa la censura, porque »verdaderamente se *contienen en el* »*libro*; pero no de su autor, ni »la censura dice que lo sean: con »que solo fueron de los que pre»dicaron los sermones, cuyas clau-

»sulas se extractan con la mayor »fidelidad y pureza, aunque sin »nombrar los autores. No hay li»bro donde se contengan mas he»regías que la grande obra *de Hæ»resibus* que escribió san Epifanio; »pero estas no son del santo que »las impugna, sino de los hereges »que las adoptáron.

»Dice lo sexto, que *fué bien he»cho que se prohibiese por aquel »santo tribunal, porque verdade»ramente hace ridícula la predica»cion evangélica de un modo no cor»respondiente á un cristiano espa»ñol.* El libro no hace ridícula la »predicacion evangélica, sino á »los predicadores, que no solo la »hacen ridícula, sino profana, sa-

»crílega, escandalosa y chocarre»ra, de modo que en lugar de ser »*predicacion evangélica* es una »charlatanería pantomímica, teatral, fantástica y muchas veces »bufonesca.

»Dice lo séptimo, que *don* Mi»guel Cervántes hizo ridículos los »libros de caballería de una ma»nera que no es fácil imitarle, y »logró el fruto que deseaba en su »sátira; pero el señor Isla, *cuyo* »*ingenio es muy inferior al de Cer»vántes* (esta es la única verdad »que dice) *con mal modo quiso cor»regir y reprehender á los malos* »*oradores, se malquistó con los bue»nos, y no logró la enmienda de los* »*malos*. El señor Isla, si es que

»fué autor de una obra que salió »á luz á nombre de un eclesiásti»co, párroco, graduado y oposi»tor á cátedras en la universidad »de Valladolid, muy conocido en »gran parte de Castilla la vieja: »el señor Isla, vuelvo á decir, si »fué autor de fray Gerundio, no »quiso *reprehender* á los malos pre»dicadores, para lo qual ninguna »autoridad tenia, sino corregir»los, haciendo burla de ellos, para »lo qual tiene autoridad todo fiel »cristiano que tenga una onza de »caridad, un escrúpulo de zelo, »y un adarme de juicio y de su»ficiencia.

»Añade el señor Capdevila, »que por haberlo hecho con *mal*

»*modo, se malquistó con los buenos,* »*y no logró la enmienda de los ma-* »*los.* Por lo que toca al *mal modo,* »remítome á la aprobacion del »ilustrísimo señor don fray Alon- »so Cano, *calificador de la supre-* »*ma y general Inquisicion, acadé-* »*mico de la real academia de la* »*Historia, censor diputado por* »*S. M. para la revision de libros* »*en estos reynos, redentor general* »*de la órden de la Santísima Tri-* »*nidad, redencion de cautivos, y* »*finalmente obispo de Segorve.* Re- »mítome á la carta de don Agus- »tin de Montiano y Luyando, *del* »*consejo de S. M. y su secretario* »*de la Cámara de gracia y justi-* »*cia y estado de Castilla, direc-*

»tor perpetuo de la real academia »de la Historia, del número de la »Española y de las buenas Letras »de Sevilla, Consiliario en la de »las bellas Artes de esta corte, ho»norario de la de Barcelona, y en»tre los Arcades de Roma Legin»tho Dulichio. Remítome á la del »ilustrísimo señor don Josef de »Rada y Aguirre, capellan de ho»nor de S.M. su predicador del nú»mero, cura de su real Palacio y »académico del número de la real »Academia española, que murió »obispo electo de Balbastro. Remi»tome á la del señor don Juan Ma»nuel de Santander y Zorrilla, co»legial mayor en el de san Ildefon»so, universidad de Alcalá, ca-

»nónigo doctoral que fué de la san-
»ta iglesia de Segovia, *bibliote-*
»*cario mayor de S. M. académico de*
»*la real Academia española y ho-*
»*norario de la de las tres nobles*
»*Artes.* Remítome, vuelvo á de-
»cir, á dicha aprobacion y á las
»tres eruditísimas cartas de aque-
»llos quatro ilustres sabios cori-
»feos, todos de la moderna lite-
»ratura española, las quales se
»leen estampadas al principio del
»tomo primero de la historia de
»fray Gerundio. Remítome tam-
»bien al *prólogo con morrion* de la
»misma historia y en todas ellas
»verá vmd. aplaudido y vindica-
»do el que llama *mi modo* el se-
»ñor Capdevila.

»A lo que dice que con este »*mal modo se malquistó el señor* »*Isla con los buenos predicadores,* »*y no logró la enmienda de los* »*malos*, solo puedo asegurar á »vmd. que si se imprimieran las »cartas gratulatorias que recibió »el autor, así de la mayor parte »de los señores obispos de Espa»ña, como de los sugetos mas dis»tinguidos de varias religiones, »dándole mil parabienes y mil gra»cias por el gran bien que habia »hecho á la religion y á la nacion, »se podia formar un volúmen jus»to de ellas.

»Dice tambien que el segun»do tomo tiene por título: el *Con»fesonario de monjas*. Furioso des-

»propósito! señal cierta de que ni »siquiera lo ha visto. El segundo »tomo tiene el mismo título que »el primero: *Hístoria del famoso »predicador fray Gerundio de Cam»pazas, aliàs Zotes, tomo segundo.* »Estampóse no sé dónde; pero »presumo que fuera de España »por alguna copia sacada por quien »nada entendia de la lengua cas»tellana ni latina, supuesto estar »tan lleno de tan enormes erro»res en una y otra lengua, que »ni aun yo mismo entendería lo »que quería decir sino tuviera el »manuscrito original del mismo »Lobon, en cuyo nombre se pu»blicó el tomo primero, cuya »perversa letra leo fácilmente en

»virtud de la costumbre.

»Dice finalmente que este se»gundo tomo con el disparatado »título *del confesonario de monjas,* »*le dí yo al señor don Tomas de* »*Vime, secretario de embaxada del* »*rey de Inglaterra, en Madrid,* »*amigo del señor Capdevila, y tam*»*bien mio, para que le imprimiese* »*en Lóndres.* Protesto delante del »cielo y de la tierra que no co»nozco al tal señor don Tomas »de Vime, ni me acuerdo de que »jamas haya oido nombrar al tal »hombre; y hoy es el dia en que »no sé quien era el último emba»xador de Inglaterra en Madrid, »quando le habia en aquella cor»te. Así que en esto hay tantas

»mentiras como palabras, y en »los demas puntos casi tantas equi»vocaciones ó faltas de verdad »como especies se tocan, de don»de podrá inferir Mr. de Murr lo »poco ó nada que se debe fiar de »las noticias literarias que le co»munica el buen don Antonio Cap»devila su corresponsal en la villa »de Chinchilla, &c."

Sorprehendido el mencionado Diarista aleman, Mr. de Murr, de los siniestros informes que le habian dado en órden al mérito de las obras, y aun de la conducta moral del señor Isla, y plenamente desengañado con los testimonios públicos á que se remite la carta de éste, respondióle cor-

tesísimamente, agradeciéndole el desengaño y ofreciéndole insertar su defensa, y con ella la palinodia ó retractacion de quanto injustamente se le habia imputado, como quedaba executándolo en la edicion del tomo X de su diario. No contento con eso le mostraba el mayor aprecio de su persona: deseaba su comunicacion epistolar, y le pedia con empeño todas las noticias de los demas escritos suyos. Al mismo tiempo escribió otras cartas á varios de sus asociados, elogiando igualmente su literatura que su virtud y moderacion; pero la que dirigió al interesado no le halló en vida, y fué ocasion, como se verá, para que

le tributase y publicase de él mayores elogios despues de muerto.

Entre los muchos que ademas del señor de Murr deseaban entónces su correspondencia dentro y fuera de Italia, algunos desde diferentes distancias concurriéron á Bolonia para conocerle personalmente. Lo deseaba tambien y se lo participó un caballero de alta esfera, á quien respondió así: »Gran gusto tendré en conocer »personalmente á N. aunque en las »facciones del alma ya le conoz»co; pero tendré muy poco en »que él me conozca á mí, porque »voy á perder mucho. Yo, señor »excelentísimo, soy como aque»llas perspectivas que á cierta dis-

»tancia no parecen mal, pero acer-
»cándose á ellas no se ve mas que
»borrones del lienzo y chafarri-
»nadas del pincel. Esto fuí siem-
»pre y no mas. ¿Que será ahora,
»que á una estatura indecente y
»á una figura ridícula se añaden
»las ruinas de la vejez en poten-
»cias y en sentidos?" La inciden-
cia de esta carta nos llama ya á formar una idea de las muchas que escribió, previniendo que el retrato delineado en ésta de su persona nada tiene de justo sino la modestia, y aun desprecio con que hablaba de sí mismo: qualidades recomendables á las que se permite nò ser verídicas en su propio abatimiento.

§. IX.

De sus cartas.

Todas las naciones cultas han fomentado y apreciado siempre la eloqüencia epistolar con mas universal empeño que la oratoria, la didascálica, dialogística y otras, aunque por no producirse como éstas en públicas concurrencias y teatros, mayor estudio se ha puesto en practicarla que en reducirla á principios fundamentales ó preceptos de arte como las demas especies. Pero á falta de reglas ó de una retórica especulativa en este punto, sirven abundantemente de norma y direccion las otras epistolares que desde su orígen

hasta ahora han merecido la general estimacion y aplauso de los sabios. No es de nuestro asunto exâminar y ménos decidir, si este ramo del bien hablar y escribir tuvo sus raices entre los hebreos, griegos ó latinos. Lo cierto es que estos últimos, y despues los escritores de la Grecia cristiana, son los modelos clásicos que tenemos de perfecto estilo epistolar. Las nunca bien alabadas ni bastantemente leidas cartas de Ciceron, las de muchos contemporáneos y amigos suyos, y las de los padres griegos Basilio, Gregorio Nacianceno, Crisóstomo, Isidoro Pelusiota y otros varios, mantendrán inalterable el principado del

buen gusto y eloqüencia en esta y otras clases. Sucediéronles en una herencia é imitacion tan útil como gustosa, no pocos autores de todas las naciones y edades, aun despues que por la irrupcion de los bárbaros en el imperio romano quedó su hermosa lengua desfigurada, y se empezó á escribir en idiomas provinciales. Tardóse por consiguiente algunos siglos en refinar y acomodar el nuevo trage al cuerpo animado de la eloqüencia: habilidad en que se distinguiéron los españoles ántes que los demas europeos, ó por lo ménos fuéron los primeros en publicar una serie de cartas familiares castellanas, escritas con gra-

cejo y elegancia, quales son las contenidas en el *Centon* de Fernando Gomez, autor del siglo XV, las de Juan de Mena y las de don Cárlos, príncipe de Viana. Siguiéronse con igual estimacion, aun de los extrangeros, las de los dos Antonios de Guevara y Perez, y últimamente las que recogió don Gregorio Mayans de otros acreditados nacionales. Italia, Francia é Inglaterra se han esmerado en el mismo gusto, y cada una pretende ya la primacía en el mérito y número de sus escritores epistolares. Alega la primera, entre muchas de sus cartas, las del Redi, del Magalotti, de los Boloñeses, del Algarotti; pero las mas de-

generan en escrupulosas de estilo y ordinarias de fondo: las segundas en estilo ménos culto, aunque de mayor facilidad y desembarazo: las terceras en una imitacion demasiado expresa de los puros latinos é italianos del siglo XVI: las últimas en el artificio de adornar la naturalidad y sencillez con erudiciones agenas de aquel carácter. La Francia blasona de las de Voiture, Balzac, Boileau, Racine, Flechier y sobre otras muchas, de las de la marquesa de Sevigni, de la Montpensier, de la Maintenon, la Villars, la Graffigny, la Pompadour y otras mugeres francesas que han sobresalido en este género. Reconociendo la

indisputable grandeza de su mérito, disgusta no obstante á muchos respectivamente ya una cierta exâctitud metódica y pausada, superior á la natural rapidez del estilo familiar, ya un círculo de ideas y de frases, que aunque todas bellísimas van girando y volviendo como por turno: ya una monotonía de afectos solo diversificada en las voces. La Inglaterra muestra á favor suyo las cartas de Wicherley, de Addisson, de Arbuthnot, de Gay, de Bolingbroke, de Swift, y de la Montaigne, nada inferior á las escritoras francesas. A esta última no sabemos que la opongan los críticos excepcion alguna; pero sí al primero de

pensamientos mas estudiados é ingeniosos que sólidos, como al Bolingbroke de alguna dureza é insipidez, y al grande Swift de un poco de aridez y opresion de espíritu en que se halló varias veces.

Nadie negará á estas tres naciones su finísima cultura en el estilo epistolar, y que pueden recíprocamente disputarse el laurel en esta palestra literaria. Respecto á nosotros tampoco les negarémos que en este siglo nos hacen muchas ventajas en el número de escritores y obras epistolares; pero dentro del estilo familiar ni ceden á sus cartas las de nuestro Isla en las perfecciones que contienen, ni se observan en ellas los

defectos, bien que leves, de las extrangeras. Digo, *dentro del estilo familiar*, no por excluir de la misma recomendacion las otras cartas suyas científicas, didascálicas y apologéticas, sino porque la mayor ó menor perfeccion de éstas consiste quasi siempre en la calidad de las materias que tratan. Este mismo juicio parece que ha sido el del público, á quien la hermana del autor dedicó sus cartas con la modesta prevencion de que si en ellas *hallaren los críticos algunos defectos, espera se suplirán benignamente por no haber sido escritas para darse á la prensa y hablar el corazon y la confianza.* Quan cierta sea esta advertencia

lo convence tambien el autor por sí mismo en respuesta que dió á sus amigos desde Salamanca á 11 de octubre de 1752, y es la siguiente (tom. 5.º pág. 118.) »He »visto el discurso sobre ::::: pero »cuidado que no reputo por ga»nancias mias la excesiva, ciega »y visible pasion con que vmds. »leen mis cartas, el disparatado con»cepto que esta misma pasion les »hace formar de ellas, y el pen»samiento aun mucho mas dispa»ratado de *recogerlas por si el* »*tiempo puede hacerles la justicia* »*de imprimirlas.* Conozco bien que »éste no fué mas que un hervor »de la conversacion en que la vo»luntad se levantó con toda ella,

»sin dexar hacer baza al entendi-
»miento y al buen juicio de vmds.
»Si creyera otra cosa, ya tendría
»á cuestas un sobresalto de por
»vida, y desde el poyo me despedia
»de la correspondencia de vmds.;
»porque en realidad el que fuese mi
»mayor enemigo no me podia ha-
»cer mayor mal. ¡Imprimir unas
»cartas escritas sin cuidado, de
»galope, ninguna de erudicion,
»las mas familiares, casi todas de
»confianza, y todas sin casi lige-
»rísimas! ¡Imprimir unas cartas de
»estilo alegre, de alusiones festi-
»vas, de gracias frescas, de dic-
»támenes francos y de un jesuita!
»¡Que poco saben vmds. el veren-
»genal en que me meterian! Hora

»bien, amigo mio, aunque mis »cartas fuesen mas eloqüentes que »las de Ciceron, mas sentenciosas »que las de Séneca, mas eruditas »que las de Justo Lipsio, mas sa- »zonadas que las de Voiture, mas »discretas que las de Balzac, mas »juiciosas que las del cardenal Pa- »lavicino, mas graciosas y mas »embusteras que las del ilustrísi- »mo Guevara, mas almidonadas »que las de don Antonio de Solís, »mas lánguidas y mas afectadas »que las de Mayans, mas elegan- »tes que las de san Gerónimo, »mas graves que las de san Gre- »gorio el grande, mas dulces que »las de san Bernardo, mas tier- »nas que las de san Francisco de

»Sales, mas místicas y mas case-
»ras que las de santa Teresa, mas
»duras que las del P. Nieremberg,
»y mas espirituales que las del P.
»La Colombiere: digo, que aun-
»que fueran todo esto y mucho
»mas, tendría que sentir si las
»viera de molde. Dexemos este
»punto, y no hay que pensar en
»él: solo imaginarlo me estre-
»mece."

Quien tan de veras y con tanto calor se negó con sus amigos á la publicacion de las cartas que les escribía, mucho mas léjos estaba de adivinar que pudieran publicarse con ellas las otras mas domésticas y confidenciales, escritas á su hermana doña María Fran-

cisca de Isla y Losada y á su cuñado don Nicolas de Ayala. Corriendo ya éstas impresas desde el año de 1786 y aquellas desde el 1789, podrán los lectores formár por sí mismos un dictámen mas justo y cabal del que aquí no es debido anticiparles. Nuestra única obligacion en este artículo, despues de haber indicado al principio las qualidades recomendables de la obra, es confrontarlas con las que generalmente se requieren y se estiman en el uso y buen gusto de cartas familiares; pero por no copiar en el confronto cartas enteras (de las que ninguna debe desecharse) bastaría remitirnos á todas ellas en cuerpo, y á algu-

nás en particular, dexando libre la eleccion de las que cada uno quisiere leer en los seis tomos para verificar el mérito que las acompaña.

Se pide á los autores de cartas familiares un estilo puro y castizo, una elegante naturalidad, cierto ayre de culta negligencia, facilidad en las transiciones, novedades de ideas en tratar las mas triviales, finura de pensamientos sin afectacion, uso rápido y espontáneo de alguna erudicion y alusiones al asunto, omision de quanto es ageno de él, dulzura, gracejo, fluidez, sana y juiciosa crítica. Todo este complexo de propiedades y otras muchas que en

ellas se incluyen es el que se entiende entre los sabios baxo la frase de *gracia ática* ó ateniense, por haber sido aquellos griegos los inventores ó primeros cultivadores del buen gusto dialogístico, el mas conforme al epistolar.

Sobre el estilo del P. Isla es inútil decir que el concepto general de la nacion, á quien de justicia pertenece este conocimiento, lo ha estimado y estima por castellano el mas genuino, legítimo y acendrado de los que este siglo ha producido, y una luminosa demostracion de la abundancia, riqueza, magestad, hermosura, familiaridad, donayre, sonido y armonía de nuestra lengua. Él la miró

siempre, no solo con el aprecio digno de un buen español sino tambien con una especie de amor zeloso que se encendia y se alarmaba quando veía su natural belleza desfigurada con adornos forasteros. Por esta herida respira casi en todos sus escritos, y entre varios lugares de sus cartas dice en una (tom. v. pág. 17.) hablando de cierto predicador. "Hasta quatro dias ha no habia visto su sermon al apóstol Santiago. Sería »sin duda de lo grande que he leido en la línea sino hubiera afectado enfrancesarle hasta el alma. »Esto me abochornó infinito. Tomemos de los franceses lo tomable: ¿pero que hemos menester

»sus idiotismos? No se puede to-
»lerar una traduccion que huela
»mucho á frances: ¿y ha de ser
»gracia de una obra castellana ori-
»ginal (*pieza* diría un culto mo-
»derno con crepúsculos de mon-
»sieur) que parezca haber nacido
»en París? Si fuera hombre pode-
»roso declararía por eunucos de
»la nacion á quantos pretenden in-
»troducirnos estas boberías. Nues-
»tra lengua es capaz de quanta
»energía se halla en las forasteras,
»de las quales solo se debe tomar
»tal qual cosa que tiene particu-
»lar chiste: mas para esta eleccion
»es menester múmen ó gustillo.
»Francesear adredemente en cas-
»tellano es una cosa intolerable

»es llenarlos á ellos de vanidad y »á nosotros de confusion. No se »puede negar que nos han ense»ñado muchas cosas buenas; pero »no se debe permitir que nos en»señen á echar á perder nuestra »lengua.»

Pero ¿como proseguir en la enumeracion de las naturales y artificiales perfecciones de sus cartas, si á vista de ellas debe comparecer lánguida é inanimada su descripcion? Por lo mismo, y por habernos desobligado de este empeño, que aun despues de mal cumplido incurriría tambien en el vicio de la prolixidad, satisfarémos en parte á los que todavía no han exâminado aquellos quadros de

eloqüencia, apuntándoles las pinceladas maestras que los distinguen. En medio de su multitud, cada uno de ellos es original: ninguno copia, ni aun semejanza del otro, bien que se manifieste produccion de la misma mano: la naturaleza y el arte campean á porfia, ó por decir van siempre tan unidas é inseparables, que una y otra se previenen é impiden recíprocamente el menor exceso, el mas corto paso fuera de sus límites: figuras, perspectivas, paises, ornatos, coloridos, contrapuestos, expresion, agilidad, desembarazo, todo resalta con una fuerza, con un órden, con una penetrante insinuacion que enamora. Para dar

todo el precio á estas qualidades téngase presente la reducida esfera en que pueden explayarse. La de sus quatro primeros tomos es el doméstico y privado carteo con sola su hermana y cuñado. Amor y cariño recíproco, asuntos de familia, noticias personales de salud, algunos cortos viages y particularidades de tiempos, lugares y personas conocidas forman toda la materia de sus cartas. No obstante, qualquiera de ellas divierte con la variedad, recrea con el estilo é interesa al mas indiferente sin saber cómo.

Habla con su jóven querida hermana la última en segundas nupcias de su padre, habitual-

mente mortificada desde entónces hasta hoy de insultos nerviosos y de fiebres efímeras ó errantes. Habla con el cuñado, muchas veces afligido por esta causa, á quien amaba, y de quien era amado con realidad de hermano. Ceden los males de aquella, cuenta la mejoría, varios intervalos, muéstrase tal vez duradera. A esta diferencia de situaciones y freqüentes alternativas corresponde siempre con diferente oportunidad y con una continuada metamórfosis de afectos que le inspira su ánimo sensible y hermosea su facundia. Habla de sí mismo, de sus ocupaciones, estudios, escritos, amistades: el fondo de estos discursos es in-

variable, liso y cándido, qual se lo dictan su modestia y el poco ventajoso concepto que formaba de su persona; pero sobre el candor y lisura se descubren involuntariamente los relieves de su fecunda imaginacion, de su ingenio y extension de conocimientos. Los mas pequeños incidentes hallan en su pluma algun considerable mérito que no se percibia: presenta la narracion de las cosas mas obvias en un aspecto que las hace extraordinarias, notables y graciosas: una reflexion, una semejanza, una sentencia, un refran, un epiteto, ó solos ó entreverados á tiempo le sirven para condimentar quanto dice sobre lo que otros

no hallarían que decir. Al contrario, quando la ocasion executa por la brevedad, sabe reunir en pocos períodos tan concisos como claros numerosa diversidad de puntos con que pudiera llenar sin redundancia otras tantas cartas. De esta especie son las que escribió desde Zaragoza al tiempo que predicaba diariamente la quaresma en la iglesia del hospital de nuestra señora de Gracia, año de 1757. La siguiente, dirigida á un amigo en 22 de febrero, cabe, como por paréntesis, en medio de la noticia que vamos dando de las otras: »Amigo y señor: el dia 5 entré »en Zaragoza: el 19 en el hospi»tal: mañana en el púlpito, de

»donde no saldré en toda la qua»resma, porque habiendo de pre»dicar todos los dias, mejor será »que me pongan en él la mesa y »la cama. Viage trabajoso, visi»tas sin número, buena salud y »grande miedo es lo que puedo »ofrecer á la disposicion de V. S. »cuya vida guarde nuestro señor »quanto puede."

Su correspondencia con otros varios sugetos, contenida en los dos últimos tomos, lleva siempre las mismas preciosidades de estilo, de vivos y curiosos ofrecimientos, de sales y chistes; pero ademas de eso le abre repetidas veces espaciosos campos de literatura y de crítica, donde se introduce y va

girando, como en propio terreno, é igualmente divierte, deleyta é instruye. Dos meses despues del terremoto que arruinó á Lisboa en el 1755, cuya memoria todavía horroriza, le escribió uno de los primeros personages de aquella corte, con quien había contraido estrecha amistad en España, pidiéndole su parecer sobre la reedificacion de la capital y providencias que juzgase debian tomarse á este fin, le prevenia todas sus excusas y absolutamente lo empeñaba á la contestacion. Respondióle (tom. v. pag. 194.) sintiendo no poder eximirse de este orden, mas que ruego, como poco análogo á sus estudios y pro-

sion; y despues de haber formado al principio de la respuesta la mas exâcta topografía de la antigua Lisboa, estableció, que no debia reedificarse en el mismo sitio, así por máxîma fundamental de que á ninguna gran corte conviene la situacion sobre las costas del mar, ni de rios caudalosos, como porque aquella particularmente no podia asegurarse de la solidez de sus cimientos en terreno tan conmovido y expuesto á conmociones, segun mostró la experiencia sucesiva. Para probarlo hizo el calculo proporcional, que admira de verse, de que la accion é impulso de los fuegos subterráneos tenian su orígen á mas de quatro

ta leguas de profundidad hácia el centro. Propuso por consiguiente la eleccion de mejor sitio y de mucho menor dispendio, qual sería la ciudad de Braga en la fertilísima y sanísima provincia de entre Duero y Miño, apoyando la exclusion de aquella, y eleccion de ésta sobre fuertes razones y congruencias físicas, históricás y políticas.

Por obedecer tambien á un ilustrísimo prelado de los mas doctos y beneméritos que le pidió confidencialmente su voto sobre una utilísima pastoral suya, ántes de publicarla, le expuso su dictámen, elogiándola, como lo merecía, y prefiriéndola á quantas habia vis-

tò hasta entónces de los prelados nacionales (tom. 6.º pág. 112) le significó con la mayor modestia, y aun encogimiento, dos solos reparos que se le ofreciéron y eran justos, y con esta ocasion exâminó y reduxo la clase de sagrada eloqüencia pastoral y epistolar á la *concionatoria* é instructiva, sin el uso de la *declamacion*, que no es parte esencial, aunque á las veces le convenga oportunamente. El mismo asunto volvió á tratar con nuevas observaciones sobre otra digna pastoral que se le envió á Italia (ibid. pág. 259) calificándola por una de las que *hacen honor á la sagrada eloqüencia española.*

Sería prolixa aun la noticia superficial y pasagera de otros muchos puntos científicos, eruditos y amenos que tocó en sus cartas, y que en ellas tienen y comunican mayor gusto, no solo por la maestría del que los maneja, sino tambien por las mismas casualidades que los hiciéron destilar de su pluma. Nos resta solamente hacer mencion de otras cartas suyas, parte impresas, parte inéditas, que por no ser de las familiares, no se han reunido en su coleccion. Entre las publicadas se suprime por justísimos respetos, aun el solo título de algunas, como queda prevenido en el §. 4. de esta vida: las otras son las que se intitulan

cartas de Juan de la Encina, cuya primera edicion fué seguida de la segunda hecha en Madrid por Pantaleon Aznar. A esta graciosa obra dió lugar el motivo que se expresa en la primera *carta de un amigo á otro*, y mas en la tercera pág. 135 y 136; pero con pretexto de hacer ridículo á un escrito mas digno de desprecio que de atencion, sigue su análisis las mas festivas excursiones sobre el gusto estragado de escribir, y sobre algunas materias de medicina, química y física, desfiguradas y mal entendidas en el libro de que habla. En la segunda carta merece particular observacion la brevísima claridad con que explica la esencia,

division, qualidades y experiencias del nitro, así aëreo ó primitivo, como del que se llama *sal nitro*, no ménos en sentencia de los que le niegan los principios sulfúreos de su materia, atribuyéndolos al carbon, sobre el qual se enciende, que en la opinion mas comun de los que le apropian los azufres, como innatos á su composicion del *sal universal* ó central de la tierra junto á una materia pingüe alkalina, y penetrada del nitro aëreo.

No se ha anunciado separadamente y mucho ménos puede formarse artículo de sus obras poéticas, que acaso sería de los mas gustosos y dilatados. Se sabe que eran de esta especie muchos de los ma-

nuscritos que dexó en España, cuyo paradero se ignora: pues aunque la respuesta del señor conde de Aranda, referida en el §. 8. acredite que quedaban recogidos y bien cuidados los papeles del autor, y aunque despues acá se hubiese asegurado, como diximos, que exîstian en la biblioteca de san Isidro el real, tenemos mas reciente noticia de uno de aquellos señores bibliotecarios, que no se hallan allí obras algunas inéditas del P. Isla. Por consiguiente esta pérdida es tan cierta como sensible por el número, variedad, fina delicadeza y hermosura de sus poesías; juicio que no es conjetural ó fundado en la sola ge-

neralidad de sus talentos, sino en la certeza ocular de muchos sugetos que en diferentes tiempos viéron y leyéron aquellas composiciones, escritas casi todas en el primer tercio de su vida. Los fragmentos públicos á que podemos remitirnos, exîsten todavía en la citada obra de la *Juventud triunfante*, cuya segunda parte, ademas de otros trozos de la primera, es casi toda suya, por encargo que le hizo su colegio de Salamanca y el ilustre literato P. Luis de Losada su pariente.

§. X.

De sus virtudes.

La vida y observancia religiosa incluye en sí misma una serie continuada y habitual de acciones virtuosas, no solo por el cumplimiento de los tres votos solemnes que constituyen esencialmente el estado de perfeccion ó regular, sino tambien por la práctica de las diferentes reglas y constituciones concernientes al fin particular de cada instituto. El que por tantos años profesó y observó fielmente el P. Isla con notoria satisfaccion de sus superiores y edificacion de sus hermanos, exigia de él, como de todos, aquel caudal de virtud

indispensable para el debido exercicio de sus varios y continuos ministerios. Al desempeño de éstos, y á su propia satisfaccion debia preceder el cimiento de la humildad, sobre el qual, quanto mas profundo, tanto mas alta y sólida se eleva la fábrica de la perfeccion cristiana; y aunque hasta ahora se han dado en el discurso de la narracion claros indicios del grado en que poseyó esta virtud, son dignas de notarse algunas particularidades que mas la demuestran.

Era ya maestro de Teología en Pamplona y predicador el mas acreditado, quando llamándole una ciudad cercana á hacer mi-

sion en ella y dar públicamente los exercicios de san Ignacio, voló inmediatamente á cumplir ámbas comisiones para el bien de las almas (de cuyo zelo hablarémos despues) sacrificando al mismo santo fin el tiempo de descanso que le daban las anuales vacaciones de la cátedra. Pero apénas llegado al término, quedó afligido con el pensamiento de su indignidad y aun de su incapacidad para ser instrumento de la divina misericordia y de la cristiana reforma de sus próximos. Así se explicó con sus directores, con sus amigos y con varias personas del pais, repitiendo á éstas, que el primero á quien comprehenderian sus dis-

cursos, era al tibio y relaxado predicador que los hacia. El mismo temor le asaltó en Villagarcía de Campos, ántes de salir á otra mision, escribiendo en confianza á su cuñado, que vencia en obsequio de la obediencia su *grande repugnancia á este santo exercicio, no porque no le tuviese amor, sino por conocer que le faltaba todo lo que es necesario para exercitarle con fruto.* No era ménos expresiva su humildad en todas las demas cosas, ni ménos equívoca en las ocasiones que se le ofreciéron de exercitarla. Ella parece que le tomaba la lengua y la mano quando hablaba ó escribía de sí mismo, como en gran parte observarán los

que leyeren sus cartas, y con mas freqüencia las que escribió desde Bolonia. Ademas de su natural ingenuidad y veracidad, que nunca le permitiéron decir lo que no sentia, su conducta en los lances de mayor humillacion anduvo siempre conforme con esta íntima persuasion de su humilde ánimo.

Entre los papeles que se le embargáron en Pontevedra al tiempo de la expulsion, estaban muy á la vista algunas cartas de su general y provinciales en que le reprehendian sus faltas y modo de proceder sobre haber fiado el manuscrito de fray Gerundio á dos ó tres sugetos seglares, de donde se siguió la impresion de aquella

obra sin las indispensables precedentes licencias de los superiores, como estaba ordenado por la religion á todo escritor de ella. Constaba por las mismas cartas, no solo la reprehension, sino tambien el castigo que se le habia dado; y ademas de haber querido conservarlas, pudiendo quemarlas luego que las recibió, él fué el primero á publicar su contenido. Sintiéron aquella pérdida algunos de sus compañeros; pero él les dixo y repitió en varias ocasiones ya á unos, ya á otros: *yo me alegro que todos vean aquellas cartas, para que entiendan, que si he sido un mal religioso, la compañía ha estado muy lejos, no sola de aprobar mis fal-*

tas y descuidos, sino tambien de disimulármelos. Esta calificacion que se apropió de *mal religioso*, sobre ser puntualmente una prueba contraria, y acreditar su profunda humildad, tiene aún mayor mérito por la especie de las mismas *faltas* que acusa. Ellas solo eran tales, porque vivia en una religion, donde ni el nacimiento ilustre, ni los talentos, ni los púlpitos, ni las cátedras, ni las prelacías, ni otro algun título ó empleo daban la mas mínima exêncion, é impunidad, ni enflaquecían en un átomo el vigor y autoridad de los que mandaban.

Su desinteres y despego de los que se llaman bienes temporales,

fué tan puro y exâcto que nunca quiso utilizarse de las mas favorables proporciones para proveerse de ciertos alivios y moderadas conveniencias religiosas, cuya licencia y uso no le hubieran negado los superiores, especialmente en su edad madura. Quando tomó á su cuenta la impresion de algunas obras suyas, buscó dinero prestado para costearlas, abandonando en beneficio de otros el producto y ganancias despues de satisfecha la deuda. Apurada la primera edicion del compendio de la historia de España, pudiendo haber hecho la segunda con plena certeza del gran despacho que tenia, dexó que la hiciesen los libre-

ros, y regaló los pocos exemplares que le enviáron. Con solos quatro mil reales que le prestó un comerciante, nada rico, empezó en Salamanca la impresion del voluminoso Año cristiano con la piadosa intencion que veremos luego. Propuso el plan de la obra y su importancia al Ministro que era entónces de S. M. el rey don Fernando VI, en cuyo nombre se dignó admitir la dedicatoria, y suministró competentes socorros para la estampa á disposicion del traductor. Éste, igualmente penetrado de gratitud á la real beneficencia, que desasido de todo interes personal, pagó al comerciante la cantidad adelantada, y por me-

dio del mismo señor Ministro renunció todo el sobrante, que no se le pedia, á la voluntad del soberano.

Miéntras era todavía jesuita y vivia en comunidad desde su establecimiento en Italia, léjos de sentir la mas leve displicencia por la escasez de comida y vestido que prescribian las estrechas circunstancias y cortedad de medios, se acomodó á aquel estado de indigencia con el mas visible gusto y alegría. Ningunas expresiones pueden declararlo como las suyas, precedidas de otros afectos virtuosos y escritas con su acostumbrada gracia en carta de Bolonia á su hermana, que dice (tom. 4.º

pág. 26.) "Hoy dia de san Anton re-
»cibí la tuya de 4 del pasado. ¿Has
»leido la vida de este gran santo?
»¿sabes que por antiquísima tra-
»dicion de la iglesia es singular
»protector de las bestias de carga
»y andadura? Pues tengo para mí
»que por este título es protector
»mio muy particular. Por eso qui-
»zá alcanzaría de Dios que en su
»dia recibiese este consuelo, el
»mayor y á mi parecer el único
»que deseo en esta vida. Como se-
»pamos unos de otros ¿que impor-
»ta que jamas nos veamos en ella?
»otra hay, donde espero en la mi-
»sericordia de Dios nos juntaré-
»mos, sin separarnos por toda la
»eternidad. Respecto de ésta ¿que

»son cien años, aunque tardara »otro tanto la deseada reunion? »ménos que un momento. Todos »los hijos de Eva estamos deste-»rados en este valle de lágrimas: »verdad es que yo en mi destier-»ro no encuentro otras que las »que tal vez me hace el Señor mer-»ced que derrame por mis peca-»dos; pero éstas no son lágrimas »amargas: son dulcísimas, llenan »el corazon de alegría y al alma »de esperanzas. Desde el dia 3 de »noviembre en que te escribí la »última carta no he tenido un »leve dolor de cabeza, y (lo que »mas es) ni el mas mínimo que-»brádero de ella. ¿Podría decir es-»to con verdad si estuviera en Es-

»paña; no digo ya por espacio de »dos meses largos, pero ni aun »por el dia mas breve de diciem»bre? Las berzas de Bolonia (que »es el plato principal de nuestra »comida) me saben mejor que los »capones de Pontevedra. Las ca»misas de cáñamo, sábanas de lo »mismo, bragas celosías, medias »redes, zapatos la mitad sandalias »y la otra mitad chinelas, vesti»do lampiño sin pelo de barba: »con todo este equipage me bur»lo de los terribles frios de Lom»bardía y de las copiosas nieves »del Apenino (cuyo pie estamos »besando) como se burlaba el Czar »Pedro de los de la Siberia empa»nado entre martas cibelinas. ¿Pues

»de que me puedo quejar, sino de »haber tardado casi setenta años »en aprender lo poco que necesi»ta el hombre para vivir? San Ig»nacio nos manda á todos sus hi»jos que *amemos la pobreza como* »*madre.* Nunca pensé que lo fue»se tanto como ahora que lo pal»po. Ella nos cria á todos buenos, »gordos y rollizos. Que sea con »*broa* (1), que sea con pan de tri»go ¿que importará para el caso? »Pido humildemente perdon á es»ta riquísima virtud del tiempo en »que no la tuve por *madre*, sino »por madrastra. Conocíala poco,

(1) Con esta voz se llama en Galicia el pan de maiz.

»y no tengo otra disculpa."

Despues que se hallaron las oportunas correspondencias y se facilitaron las remesas de socorros particulares, fué el primero ó de los primeros en recibir los que su hermana empezó y prosiguió á enviarle, con tanto agradecimiento suyo como lo manifiestan sus cartas respuestas. Pero su piadosa liberalidad con varios necesitados, la precisa decencia con que debió vestirse en casa de sus amantes bienhechores los condes Tedeschi, y sucesivamente los considerables gastos que le ocasionaron sus males, y que nunca permitió se recargasen á aquellos señores, como los mismos querian casi con vio-

lencia, mas de una vez desde una remesa á otra, aunque todas abundantes, lo reduxéron á los brazos de su antigua *madre* la pobreza, hasta que los de la hermana volvian á abrazarlo.

Las pruebas de su paciencia fuéron tan fuertes, tan decisivas y sostenidas tan exemplarmente como ya queda referido. Solo falta observar los mas perfectos quilates de ella en el crisol de las enfermedades, que siempre son á nuestra flaca humanidad mucho mas sensibles y dolorosas que todos los demas trabajos y penalidades, cuya vehemencia no nos penetra de la superficie adentro. Exercitado este verdadero paciente en el reli-

gioso sufrimiento de tantas desgracias, llevó las muchas corporales que lo asaltáron en los últimos años de su vida con la misma resignacion, constancia y aun jovialidad. Repitjóle con mayor furia el accidente que lo sorprehendió en España ántes de su salida, y complicado con malignas qualidades de apoplexía y lesion de nervios, arruinó casi del todo sus externos sentidos; pero aun en este estado lastimoso conservó su espíritu el uso libre de sus potencias hasta el último suspiro de la vida, á excepcion de algunas temporadas en que se le debilitaba la memoria. Freqüentes vahídos de cabeza, turbacion de vista, len-

gua entorpecida, paralisis del costado izquierdo, flaqueza de piernas, temblores convulsivos, desfallecimiento, hernia y total desconcierto de su máquina, no pudiéron arrancar de su boca ni de su pluma el menor lamento, la menor señal de inquietud y mucho ménos de impaciencia.

Por lo contrario aun en esta situacion, uniendo á su invicta tolerancia otro tanto gracejo, él mismo era quien divertia y consolaba á los que le visitaban con los dichos mas agudos y oportunos. En ocasion que se hallaba extraordinariamente postrado y oprimido de sus insultos, preguntándosele cómo estaba, respondió que como

los ídolos de que se habla en el salmo 113, que tienen ojos y no ven, oidos y no oyen, narices y no huelen, manos y no palpan, pies y no andan. Si á la misma pregunta respondía con seriedad, era por el estilo que sobre este punto muestran sus cartas, dando gracias á Dios por el beneficio que le hacia en concederle aquella ocasion de merecer y satisfacer en este mundo alguna parte de las penas que le esperaban en el otro por sus pecados. A este fin pedia otras veces al Señor le aumentase sus males y trabajos, con tal que tambien le aumentase la resignacion y la paciencia.

El acto singularísimo de su

ya hemos hablado. Sabida su resolucion y empeño por algunos ilustrísimos prelados y otros sugetos de primer órden con quienes se correspondía, aunque hacian justicia á sus religiosas miras é intencion, se empeñaron de recio en removerle de ellas, alegando una razon entre otras que parecia sin réplica. No faltan en España, le decian, quienes puedan traducir bien del frances al castellano, mas no abundan los que puedan enriquecer la república eclesiástica y literaria con obras originales *como un P. Isla.* Se le añadia que habiendo sido españoles los originales de las ciencias, particularmente de las sagradas por confesion de los

mismos extrangeros, y singularmente de los franceses, habian degenerado tanto, que se hacian copistas de éstos, aun en aquellas facultades que ellos mismos aprendiéron de nosotros, queriendo imitar hasta su moralidad, y el modo de discurrir, y aun de meditar. A estos y otros motivos que se le expusiéron para disuadirle aquella traduccion y empeñarlo á fundir obras propias, satisfizo de varios modos, manteniéndose constante en su piadosa empresa, y procurando encubrir el primer móvil de ella ya expresado, que era su zelo por el bien de las almas. Escribióle sobre el mismo asunto y con mayor eficacia pri-

vadamente como amigo el ilustrísimo señor inquisidor general Don Francisco Perez de Prado y Cuesta, que le habia tratado y estimaba mucho. A la dignacion, al carácter, á los méritos y luces de aquel prelado, que eran grandes, correspondió como debia, manifestándole enteramente su corazon, y las reflexiones que no le permitian mudar de parecer, las quales, habiendo merecido la aprobacion de aquel superior, como consta de su carta y de la de gracias que le dió el P. Isla en 25 de octubre de 1752 (tom. V, pág. 122) son tambien dignas de acreditar quánto anteponia el provecho espiritual de los próximos á

su propia glória y reputacion.

Las seis respuestas que dió en una, son en compendio: primera la confusion y rubor que le causaba tan honorífico concepto de su persona, y el error que en esto padecian muchísimos sugetos de carácter, sobre todo, el énfasis con que aquel prelado le preguntaba *¿por que un P. Isla incurre él mismo en lo que abomina en los otros, y se mete á traductor de obras agenas, quando pudiera fundirlas propias, y mas teniendo dentro de casa tan ricos, tan fecundos minerales?* Confesó sin hazañería, que para escribir como muchos le parecia tener suficientes talentos; pero no para escribir como se de-

be. Segunda respuesta, que ninguna otra obra era mas proporcionada á su limitadisima esfera, ninguna de mayor gloria de Dios, ninguna de mas utilidad para la salvacion de las almas agenas y ninguna de ménos riesgo para la salvacion de la propia. Tercera, que habiendo resistido tres años á estos interiores impulsos, comunicados finalmente al que gobernaba su conciencia y con su dictámen al general de la religion, éste los aprobó, y aun le exhortó á aquella tarea. Quarta, que tambien le sirvió de grande incentivo para ella el pensamiento que tuviéron de emplear en la misma sus delicadísimas plumas los PP. Ga-

buel Bermudez y Luis de Losada; aunque se lo impidieron sus muchas y honorarias ocupaciones. Quinta, porque esta obra no fuese desfigurada, como casi todas hasta entónces, por algun traductor ménos capaz que él, y porque siendo digna de su profesion lo fuese tambien de nuestra lengua, sin truncarla, violentarla, desmayarla, ni afrancesarla. Sexta, por honrada correspondencia á los jesuitas y no jesuitas franceses que han traducido en su idioma nuestros insignes ascéticos santa Teresa de Jesus, Luis de la Puente, Alonso Rodriguez, Eusebio Nierembergo, no temiendo nosotros (á excepcion de algunos pequeños libros) obras

suyas traducidas, grandes, metódicas y puramente espirituales mas que las de san Francisco de Sales, aunque no frances.

A todo este trabajo, á esta gloriosa lucha y á la fama de literato que ya gozaba en España, se hizo superior su virtud, su deseo de contribuir á la reforma de las costumbres y á la verdadera felicidad de sus próximos. No fuéron inferiores á su espiritual caridad los actos y propiedades de la temporal. Su viva compasion con los pobres, cuya sola vista, y aun sola la noticia lo enternecia, jámas estaba ociosa miéntras podia socorrerlos, ó con lo suyo, ó con industrias y arbitrios conducentes

al mismo fin. Como su pluma vertió un mineral para remediar la indigencia que diximos, del que le pidió la traduccion del Gil Blas, así tambien le sirvió repetidas veces para empeñar toda su eficacia y eloqüencia con amigos poderosos á favor de otros, mostrando ántes la justicia de sus causas y pretensiones. En todas las ciudades y villas del reyno, donde habitó, en Córcega y en Italia, dexó memorias y exemplos de esta benéfica virtud que por semejantes y freqüentes no piden especial mencion. Del mismo principio nacia su pronta disposicion á defender del modo que le era posible qualquiera individuo ó individuos

injustamente calumniados por la malevolencia de alguno ó algunos particulares que no tenian superioridad ni autoridad legítima para justificar su oficio de agresores. No solo fuéron sus compañeros el objeto de sus defensas contra el odio mas que vatiniano de ciertos privados escritores; con el mismo vigor y valentía hizo frente á un abogado romano en una docta respuesta apologética á favor de las religiones de los siervos de María ó PP. Servitas y de los hospitalarios de san Juan de Dios, acriminados en el escrito contrario tan históricamente apócrifo como neciamente crítico.

Si fué tan eloqüente por la ca-

ridad, por ella supo tambien enmudecer. Nunca se le oyó una palabra contra los que le ocasionáron algun sentimiento ó pesadumbre, ni aun contra los que abiertamente le persiguiéron; ántes bien quando en su presencia se introducia el discurso de tales personas ó por casualidad ó por artificio de los que querian observar sus palabras, era mas artificioso su ingenio, no solo en hallar excusas á la intencion de sus contrarios, sino en reducir la conversacion á las buenas qualidades que tenian. Esta larga observacion y experiencia hizo formar á los que le tratáron el general concepto de que su lengua era de las mas limpias,

y su ánimo de los mas nobles y cristianos. Con efecto, su lengua y su ánimo iban tan conformes, que en materia de injurias recibidas parecia desmemoriado, y aun siendo recientes el mas franco, el mas fácil y sincero en perdonarlas.

Entre los que no le conocieron de cerca, no son pocos los que creen descubrir en algunos de sus escritos un natural satírico, maligno, acre y sangriento; pero si se dignaren oponer á esta apariencia dos ó tres reflexiones que salen espontáneamente de los mismos hechos, es verisímil que depongan las primeras impresiones de aquella idea. Los escritos en que el P. le

la se muestra cínico se dirigen á la defensa de causas justas, ó que por lo ménos le parecian tales, como puede verse en todo su contexto: por consiguiente el fin moral que se propuso, nada tiene de reprehensible, y adquiere de recomendable todo quanto tuviere de justo. Si para conseguir el fin erró en la eleccion de los medios si éstos debiéron ser mas blandos que acres, mas lenitivos que cáusticos, mas insípidos que salados y jocosos, es una decision agena de nuestro asunto, y que aunque fuese contraria y bien fundada, solo probaría un error intelectual, no de voluntad é intencion. Añádese que casi todas sus defensas

recaen sobre materias literarias contra los abusos del mismo género, á cuya correccion, dicen los sabios, ser á las veces mas conducente el estilo confeccionado de jocosidad y acrimonia, que el de una ceñuda y árida seriedad. Para estos combates de entendimiento eran su brio y sus armas tan poderosas como es notoria; y si al parar algunos golpes zahería á sus adversarios, este exceso de destreza, de fantasía redundante y de calor contencioso fué manifiestamente produccion de solo su ingenio, no de su corazon humanísimo.

El tenor de sus costumbres irreprehensibles, y los diarios exer-

cicios de su devocion, fuéron siempre en aumento, al paso que se avanzaba en la edad. Leccion de libros espirituales, tiempo de meditacion ú oracion mental por la mañana ó por la tarde, frequentes reconciliaciones y la celebracion del santo sacrificio le dividian el dia con el empleo de escribir mientras la vista y la mano le dexáron manejar la pluma, como se ha dicho. Pero aun quando los insultos y quebranto de su salud le priváron de esta diversion, no consiguiéron privarle igualmente de sus devotas ocupaciones y del mayor consuelo de su espíritu. Casi arrastrando los pies, y ápenas manteniendo el equilibrio necesa-

rio, salia de su quarto al oratorio doméstico y decia misa con señales tan visibles de fervor como del trabajo y fatiga material que le costaba aquel augusto ministerio. La oia otras veces quando mas le repetian sus vahidos y convulsiones, y no contenta su devocion, iba á oir otra en la iglesia vecina del real colegio español de san Clemente, apoyándose con una mano á su baston y con otra al brazo de un criado del señor conde Tedeschi, que se lo habia destinado á este fin. Tenia despues particular complacencia en visitar aquella noble y escogida juventud, gozándose de vér su prudente conducta, sus talentos y

aplicacion á los estudios, y fomentando tan bellas disposiciones con discursos análogos á sus circunstancias. Eran recibidas y correspondidas sus visitas por aquellos señores colegiales con un aprecio y estimacion igual al gusto que él mismo tenia en hacerlas. Varios de ellos nombra en sus cartas con el elogio que merecen, y que aquí no se copia por no mortificar dos veces la modestia de los elogiados.

No subsiste este peligro en quanto al que mas trató y de quien hizo mas frequente mencion escribiendo á su hermana. Fué éste don Jacinto de Miranda, asturiano, de quien avisó en 27 de febrero de 1779 (tom. 4.º pág. 181).

"Tenemos ya por chantre, digni»dad de la santa iglesia de Ovie»do á nuestro don Jacinto Miran»da. Gran prebendado ha adqui»rido aquella santa iglesia, gran»de amigo y gran consuelo me »faltará á mí en Bolonia. Pero la »razon celebra infinito lo que llo»ra el corazon." Mas hubiera llorado algunos años despues, si hubiera sobrevivido á la temprana sensibilísima pérdida de aquel exemplar eclesiástico, que falleció en Madrid á lo mejor de su edad. Antes de salir de la pueril, era ya por su vida arreglada y devota la admiracion y edificacion de sus domésticos, de sus maestros y condiscípulos. Conservó en su juven-

tud la misma inocencia, pureza de vida y edificante piedad, de que tambien dexó los mayores exemplos en dicho colegio de Bolonia, cuya fama y buen olor se esparció por la ciudad á pesar de su retiro y abstraccion de comunicaciones, de suerte que le mereció el título del *Colegial santo*. Transferido á España, dió nuevo lustre y decoro á su dignidad eclesiástica con el exercicio de las virtudes propias del estado, particularmente de la que mas lo distingue y acredita para con Dios y con los hombres, que es la caridad. La suya no tenia límites, no solo en sus limosnas, sino tambien en otras obras de corporal y es-

piritual misericordia á beneficio de quantos conocia ó le buscaban. En esta feliz disposicion le sobrevino una dolorosa enfermedad crónica que sufrió por mas de dos años con inalterable paciencia y resignacion en la divina voluntad, para purificarse asi mas y mas y aumentar los merecimientos del premio ya cercano. Reducido á las apariencias de cadaver mas que de cuerpo animado, supo que la querida hermana del ya difunto P. Isla se hallaba en una grande aflicion. El amor, fidelidad y correspondencia á tan digno amigo, que lo habia tenido por su *mayor confidente*, y los virtuosos estímulos de su compasion, trato personal

y amistad heredada con la hermana, le hicièron olvidar su extrema debilidad y lo conduxéron á casa de aquella señora, con asombro de la misma, para consolarla en quanto pudo, y despedirse de ella hasta la otra vida. Acabó ésta el dia 14 de febrero de 1797 á la una ménos quarto de la noche con una muerte que tuviéron por envidiable quantos la viéron, y fué sepultado en la parroquia de san Justo de dicha villa de Madrid.

El sucesor de este religiosísimo eclesiástico en su colegio de Bolonia, en su beca y en su mismo quarto fué el noble jóven don Lorenzo Fernandez Cueto, hoy dia exîstente, que tambien suce-

dió á su antecesor en la amistad recíproca y cordialísima estimacion del P. Isla. Si los elogios que éste le hace en sus cartas, tan verídicos y justos como grandes, pudieran repetirse aquí sin perjuicio de la ley que nos hemos impuesto de no dar materia de mortificacion á la modestia agena, se vería que el sucesor del señor Miranda lo fué y es igualmente de su conducta en el estado seglar. La narrativa y órden de los sucesos que ha hecho indispensable su mencion, se abstiene de hacerla de sus singulares prendas y qualidades, remitiéndose al testimonio de las citadas cartas (tomo 4º pág. 152, 257, 273, 284, 318.)

Fuera de estos útiles entretenimientos con personas estudiosas y de arreglada moralidad, no tuvo ni quiso nuestro buen anciano otro suplemento á su imposibilidad de proseguir escribiendo. Desde que se vió en estado de no ser ya mas útil con este exercicio ni con otros, solo el de su devocion llenaba la mayor parte del dia. Su viva fe, consuelo y ternura delante de Jesucristo sacramentado, le moviéron á hacerle otra visita diaria sobre las dos que ya diximos habia acostumbrado, las quales en estos últimos años eran cada dia, entre ir y venir de la iglesia, seis nuevos esfuerzos de su postrada humanidad. A la Ma-

dre purísima del Hijo divino profesó siempre particular veneracion, amor y confianza, no solo con el constante obsequio de su rosario y de otras varias oraciones, sino tambien con el culto práctico de interesarse en sus glorias y de promoverlas eficazmente en quantas ocasiones se le ofreciéron. Las pláticas domésticas que siendo jesuita hizo á la comunidad, segun costumbre de la religion, en las vísperas de las principales solemnidades de María santísima, excediéron en solidez, en fuerza y mocion de afectos hácia la gran Reyna, á todos sus sermones y discursos oratorios. El no hallarse estampadas con éstos da motivo á

creer, ó que se traspapeláron, ó lo que parece mas verosímil que las hubiese escrito en solos apuntamientos, dexando mas libertad y desahogo al corazon que á la pluma. Fué tambien efecto de su zelo y vigilancia en promover todas las prerogativas y excelencias de la Madre de Dios, la primera diligencia que practicó ántes de emprender la traduccion del Año cristiano. No dudaba que su autor el P. Croiset fuese tan sólido y piadoso, tratando de los misterios de nuestra Señora, como lo era en todos los demas asuntos de su obra; pero quiso de antemano certificarse, si por temor de los pseudo-críticos de su nacion omi-

tia la menor circunstancia, el menor artículo, la menor observacion sobre cada misterio. Léjos de esto, despues de haberlo menudamente exâminado, concluyó en una carta (tom. 5.° pág. 133) haciéndole la justicia de decir que "apénas »se podian fiar estas glorias á plu»ma mas delicada, mas sólida, »mas juiciosa, mas tierna, mas »abrasada en el amor de la Em»peratriz del cielo y tierra. En »todos sus misterios se derrite, »se exhala, se evaporiza, y sien»do muy breve en los demas, »en éstos no acierta á levantar la »pluma." Tampoco acierta á levantarla el traductor en el mismo lugar, hablando difusamente

de la devocion Mariana y de los que llama *empapados y como embriagados* en ella.

Aunque en toda su vida, y determinadamente en las mas dificiles alternativas de ella hemos observado quan presentes tenia para norma de sus acciones las verdades y máxîmas cristianas, y con quánta freqüencia las mezclaba aun en su carteo confidencial con parientes y amigos, esta su continua memoria y persuasion práctica se hace mas notable en el discurso de sus últimos años. Los empleaba, como ya hemos visto, en una mas inmediata preparacion para la muerte, repitiendo el pensamiento de su proxîmi-

dad en casi todas las cartas á su hermana, sin duda para disponerla á este funesto suceso, y con su cercana prevision templar, si fuese posible, la vehemencia de su dolor, que hasta hoy no la permite del todo enxugar sus lágrimas. La previno al mismo fin que ya tenia dispuesto su testamento, y procuró endulzarla este amargo aviso con su natural discrecion y gracejo, testimonios de su interior tranquilidad, en estos términos. (tom. 4.° pág. 168.) "Tengo »ya dispuesto mi testamento, y »en él te dexo un legado muy pa»recido al que Eudamides de Co»rinto dexó á Carixênes y Aresto, »dos finísimos amigos suyos. Ha-

»bia sido Eudamides muy rico; »pero murió tan pobre, que dexa»ba en la última miseria á su vie»ja madre y á una hija suya to»davía soltera. No se desconsoló »por esto; ántes bien midiendo el »corazon de sus amigos por el su»yo propio, les hizo esta manda »en su testamento: *Item, mando á mi amigo Aresto el cuidado de sustentar á mi madre y de asistirla en su vejez, y á mi amigo Carixênes le mando la obligacion de casar á mi hija y darla la mayor dote que sea posible, y en caso que alguno de los dos venga á morir, substituyo en su lugar al que le sobreviviere.* Yo no tengo ma»dre; pero tengo hijos, aunque

»tan pobres, que si tú no cuidas »de ellos, se pudrirán de hambre »en un rincon. Esta es la única »herencia que te puedo dexar, bien »seguro que no serás ménos ge- »nerosa que Carixênes, el qual »casó á la hija de Eudamides el »mismo dia que casó á la suya, y »la dió igual dote que á ella. El »célebre pintor Povisin consagró »esta accion á la posteridad con »su delicado pincel. No faltará otro »pincel que consagre tambien la »tuya á la misma. Tenia Euda- »mides bien conocidos los amigos »á quienes confiaba aquellas pren- »das, y yo no tengo ménos cono- »cida la hermana á quien confio »las mias."

Esta hermana que solamente permite ser nombrada sin otra adicion alguna en los puntos indispensables á la vida de su hermano, ha sido y es todavía su solícita y executiva Carixêna. Fiel á su comision testamentaria, no solo por amistad, como Carixênes por Eudamides, sino por amorosa hermandad, y consiguientemente por consaguinidad estrecha con los *hijos* del testador, los ha ido sacando del obscuro *rincon* en que los dexó su padre á la luz y vista pública. Los que ya la gozan no corren peligro de *pudrirse de hambre*, y están muy bien tratados. Es verdad que siendo esta familia mucho mas numerosa que

la de Eudamides, quedan todavía otros hermanos, no *arrinconados*, sino detenidos y sin destino, aunque con esperanzas de lograrlo. No dudamos que llegando el tiempo oportuno y supliendo alguna pluma feliz al pincel de *Povisin*, *consagrará* tambien *á la posteridad* la idea de este testamento y su completa execucion.

La justa confianza del P. Isla con su hermana nos declaró sin querer hasta dónde penetraba la perspicaz delicadeza de su conciencia, la vigilancia sobre sus afectos naturales, y la prontitud de su espíritu en sacrificar la salud de la persona que mas amaba á las adorables disposiciones de la di-

vina providencia. Oigámosle aún por un poco lo que dice á la misma hermana (tom. 4.º pág. 222.)

"Para que pudieses comprehender »hasta dónde llegaba mi cuidado, »mi dolor, mi inquietud y mi so»bresalto, viendo que se iban pa»sando tres meses sin el único con»suelo que me ha quedado en es»ta miserable vida, era menes»ter que te fuese posible hacer ca»bal concepto de la grandeza y »vehemencia de mi amor. Esta es»tal, que sin embargo de esfor»zarme quanto puedo á que sea »sin perjuicio del derecho que tie»ne Dios á ser el único dueño de »todo mi corazon, de toda mi al»ma y de todas mis entrañas, du-

»do muchas veces (y temo que »con sobrado fundamento) si tú »sin culpa tuya, y por pura mi»séria mia llegas á usurparle gran »parte de lo que es suyo. En este »caso me consuelo con que yo so»lo seré el culpado, y te pido que »con tus oraciones me ayudes á »suplicarle que modere mis exce»sos, y no permita que los limi»tes de la naturaleza lleguen ja»mas á confundirse con los de la »religion. Al fin llegó tu deseadí»sima carta..... Dícesme que á la »erisipela pasada sucedió un rehu»matismo general, que por un »mes te dexó sin movimiento. Mu»cho te quiere Dios, quando te »trata como trató siempre á sus

»mayores amigos. Estas son las »caricias con que regala á sus es»cogidos. No lo hace así su bon»dad con los que no saben apro»vecharse de ellas. Estoy tan se»guro de que tú no las malogra»rás, que no sé si es mayor la en»vidia que te tengo por lo que me »enseña el evangelio, que el dolor »de verte padecer tanto por lo »que me impele la naturaleza. Si »son bienaventurados los que llo»ran, tú serás eternamente feliz.

§. XI.

Su muerte exemplar y elogios que se hicièron á su memoria.

Segun iba declinando la salud del P. Isla, y avanzando á grandes pasos su quebranto desde el año 1776, no prometia su vida los otros cinco que todavía contó de duracion. En el de 79 se hizo mas visible su precipicio, y mas desenfrenada la repeticion de sus accidentes. El dia 11 de abril del mismo, rezando el rosario con su criado, cayó de repente desmayado entre sus brazos. Metido luego en la cama, se le excitó de allí á poco, con calentura, un vómito tan furioso, que por espacio de mas de

quarenta horas le fué repitiendo casi de tres en tres, y debilitándole extremamente. Pidió con instancias el santo Viático, y lo recibió, no solo con grandísimo consuelo suyo, sino tambien con notable alivio corporal, cesando poco despues la calentura y recobrando algunas fuerzas; pero como sobre todo pensaba en mantener y aumentar las del alma, sintiendo al cabo de tres ó quatro dias alguna novedad, pidió tambien y se le administró la Extremauncion. Despues de ésta volvió á experimentar nueva mejoría, aunque quedándole lisiada de la paralísis é impedida la mano, muslo y pie izquierdo, impedimento

que no tardó mucho en extenderse á todo el costado. Esta fué la situacion en que mas gloriosamente triunfó aquella su invicta paciencia, de que ya se ha dado noticia, y que conforme adquiria mayor materia de exercicio, se iba transformando en mayor gozo de su espíritu y en accion de gracias que freqüentemente daba á Dios por aquel beneficio.

A estos afectos sucedian otros en que prorumpia con la misma freqüencia, ya de firmísima esperanza en la divina misericordia por los méritos infinitos de Jesucristo, ya de temor filial de su justicia, ya de contricion, de amor y deseos de gozarle eternamente. No

solo se explicaban así su corazon y su lengua con las jaculatorias mas enérgicas: el mismo impulso siguió su mano, trasladando al papel el corazon y la lengua; y aun quando no pudo gobernar la pluma en la última carta, que once dias ántes de su muerte escribió á su hermana, la advirtió que hasta entónces, ni para la misma ni para sí propio, habia pedido á Dios la salud del cuerpo, sino mucha paciencia para merecer con los desórdenes de la máquina. Muy poco despues le descargó su insulto el golpe decisivo, pero sin turbarle un momento el uso de la razon y de sus sentidos, ni el de los actos fervorosos en que se

empleaba. Todos sus talentos, su sabiduría, su religion y piedad se reuniéron en esta ocasion mas estrechamente que nunca para santificar tan preciosos instantes. Recibió todos los santos sacramentos con tanta paz y tranquilidad, con tan suave y sensible devocion, que la infundió muy tierna á los circunstantes, y con la misma entregó el alma al Criador el dia 2 de noviembre de 1781, entre tres y quatro de la mañana, en edad de setenta y ocho años, seis meses y ocho dias.

Uno de los primeros cuidados de la señora condesa Tedeschi, en cuya casa murió, fué el de conservar la mas viva imágen del di-

funto, y con ella un continuo recuerdo de la benevolencia, estimacion y amistad que mútuamente se profesáron. Mandó á este fin, que se le sacase la cara en yeso, luego que lo permitió la frialdad del cadáver para formar despues su busto al natural; y dió las convenientes disposiciones para su entierro y honras que se le hiciéron con la debida decencia el dia 4 del mismo mes. Sus antiguos hermanos, todos quantos no se hallaban absolutamente impedidos, asistiéron á celebrar misas toda la mañana, y al fin de ella el oficio de difuntos en la parroquia de santa María de la Muratele, donde se le dió sepultura. Aunque en una

carta suya ya referida significó él mismo alguna parte de su figura, la deprimió tanto su modestia y desprecio de sí mismo, que llegó á alterarla y merece correccion. Fué de estatura pequeña, pero bien proporcionada, algo rehecho desde su edad media, ni grueso ni flaco, su gesto grave y mesurado, color encendido, ojos vivos y brillantes, de una soltura de lengua, ántes de su primer accidente, tan ágil y graciosa, como la fantasía que se explicaba con ella, y cuyas perfecciones se expresarán mas adelante. Por ahora no será molesta alguna corta detencion en oir la voz pública despues de su muerte.

Esparciéron esta noticia por todas partes las gacetas de Italia. Los elogios que hiciéron del difunto fuéron varios, segun la diversidad de estilos y la mayor ó menor extension que se les daba; pero todos conformes á la general opinion que años ántes se tenia de su persona. Entre otros solo se copia aquí por entero el siguiente, así por evitar repeticiones, como por ser en su especie el mas bien formado.

"En Bolonia á 2 de noviembre »falleció el señor abate don Josef »Francisco de Isla, exjesuita, uno »de los mas cultos y raros escri»tores que ha tenido la España. »La agudeza delicadísima de pen-

»samientos, la urbanidad y ele-
»gancia de estilo, los chistes y pu-
»reza de la lengua forman el elo-
»gio de sus muchos y diferentes
»escritos, éstos el de su ingenio y
»pluma, pero no todo el suyo.
»Quien no conoció el corazon de
»este hombre, tampoco conoció
»la mejor de sus prendas. Un co-
»razon verdaderamente grande é
»inalterable en qualquier encuen-
»tro, ménos al ver las necesida-
»des agenas y no poder socorrer-
»las. Un corazon tan propenso á
»amar á todos, que conservó el
»mismo amor que ántes á sus mas
»declarados enemigos; y el ma-
»yor empeño en hacerles bien,
»fué el solo efecto que produxé-

»ron en él las ofensas recibidas. »Ciertos pasages de sus obras han »parecido á algunos inclinar á la »sátira; pero si bien se considera, »la materia le obligó á censurar, »y la velocidad de la pluma lo »conduxo inocentemente á aque»lla apariencia, no siendo creible »que se abatiese á la vileza de »ofender quien fué tan grande en »perdonar. En suma, compitié»ron con igual singularidad su in»genio y su corazon: aquel lo hi»zo mas célebre, éste mas grande."

Tan bello y robusto elogio llegaría al mayor grado de perfeccion si la mano maestra que lo reduxo á las pocas líneas de un mero aviso público, hubiera toca-

do con la misma rapidez que las demas qualidades, la varia erudicion y doctrina contenidas en los escritos del elogiado; pero esta ligera inadvertencia queda ventajosamente compensada con la enérgica y concisa plenitud de la composicion. Las otras que corriéron en la misma forma de avisos ó elogios compendiosos, aunque no de igual mérito, eran iguales en la veracidad. Unas tomaban mas de mira el punto de la literatura, otras el de la virtud, unas ámbos puntos en general, otras en particular alguno de sus escritos y de sus acciones exemplares. El que mas se distinguió en satisfacer á la pública curiosidad fué

el ya citado diarista de Viena señor de Murr en su tomo X, §. 3. de la *literatura española*. Expone primero la ocasion de que se valió para grangearse la comunicacion del difunto Isla, el justo concepto y aprecio de sus méritos, la carta que le escribió y no le halló en vida: hace un resúmen de ella y de algunas de sus obras, no habiendo podido tener ni dar noticia de todas por falta de tiempo y ocasion para informarse mas individualmente. No obstante, son muy dignas de tenerse presentes algunas observaciones que allí se añaden y que por lo mismo se han reservado á este lugar.

Hablando del entendimiento y

fantasía de nuestro Isla dice con razon (pág. 263) que aquel era hecho para todas las ciencias, y ésta no inferior á las mas sobresalientes que se han visto en el mundo. Ella era tal que no la faltó cosa alguna de las que pueden perfeccionarla: viva, fogosa, amena, festiva, burlesca, brillante, expresiva, magnífica y sublime, prodigiosamente inventora, fecunda y creatriz; pero que aun habiéndose mostrado tal, no se logró ni por mitad. Su mas dilatada ocupacion en ilustrar obras agenas (efecto de su virtud, como hemos visto), y mucho mas la circunspeccion, gravedad y freno religioso, detuviéron casi siempre el

ímpetu de su fantasía, ó apénas remontada le cortáron los vuelos. De aquí se formó la conjetura moralmente cierta, que si hubiera seguido el estado seglar y dexado en libertad á su imaginacion y talentos, pudiera haber inundado la Europa de obras de gusto, amenidad y diversion, iguales ó superiores á las mas celebradas en este género.

Su lengua, sobre las qualidades que le son comunes con la fantasía y que de ésta se derivan y comunican á aquella, tenia una gracia, una sal, un chiste, un saynete, prontitud, oportunidad y agudeza en sus dichos y conversaciones que era inimitable. Estan-

do él presente, todo lo divertía, amenizaba y sazonaba con cuentecitos al caso, con escogida erudicion, con antitesis y alusiones; y esto siempre á todas horas constante, uniforme y parecido á sí mismo y delante de toda clase de personas, aun las mas graves y serias. Ni por eso se le traslucía la menor afectacion ó prurito de verbosidad que no diese lugar al diálogo: defecto en que tal vez incurren aun los hombres sabios. Si hubiera sido factible recoger todos sus dichos agudos y graciosos, pudieran componer algunos tomos é igualar ó exceder á los de otros célebres decidores, con la notabilísima diferencia de no ha-

llarse ni uno solo indecente ó capaz de ofender al pudor mas delicado: propiedad tan rara como deseable en los que han adquirido fama de ingenios graciosos y sutiles. Toda esta natural inclinacion de su genio á cosas amenas y festivas no le distraxo de las mas importantes tareas y aplicacion al magisterio de las ciencias mayores, al dilatado conocimiento que tuvo de la historia y cronología universal, de todo género de erudicion antigua y moderna y de las tres principales lenguas europeas, española, francesa é italiada. De la primera, aunque nativa, hizo un estudio fundamental como lo han hecho y hacen de

las suyas los mas sabios extrangeros, y llegó á poseerla, á dominarla y manejarla con la mayor destreza, así en prosa como en verso. Casi igual posesion tuvo de la francesa; por lo ménos parecia un vivo diccionario de ella en la extension de quantos significados se le preguntaban, y en la explicacion de sus locuciones particulares ó idiotismos. Entendia ya la toscana ántes de ir á Italia, y allí se perfeccionó en ella y la habló con exâctitud.

Para acabar este tal qual retrato suyo (dice el informe del diario que vamos compendiando) falta observar que su corazon no fué qual se lo han imaginado algunos,

sino todo al contrario. Él fué un corazon recto, sincero, leal, generoso, agradecido, bienhechor, tierno y aun vehemente en sus amistades y cariños. Otros que le conociéron superficialmente ó de paso, lo creyéron hombre reservado, de oculta trastienda, de una política sombría y abstrusa; pero se engañáron por haber confundido con estas equívocas qualidades aquella prudente detencion del juicio que no se manifiesta del todo á personas desconocidas desde la primera vez que se le ponen delante. Aun en semejantes ocasiones nunca se le oyó, ni por condescendencia, ni por mal entendidos respetos la menor palabra

contraria á lo que sentía ó la mas leve tergiversacion. Sencillo, veraz, abierto, franco y sin escondrijos por naturaleza y por virtud, fué declarado enemigo de toda ficcion, doblez y disimulo maligno, en tanto grado que su mismo candor, á pesar de su perspicacia, le produxo no pocos disgustos.

De estos y otros elogios públicos fácilmente se inferirá quántos y quáles fuéron los particulares que se le hacian en Bolonia y otras ciudades de Italia despues de su muerte, y mas habiéndoselos dispensado en vida con la profusion que hemos visto. Muchos de aquellos señores daban el pésame á los

exjesuitas españoles por la pérdida de tan grande hombre y deseaban, que como á otros, ó de igual, ó aun de menor mérito, se hiciesen mas solemnes demostraciones sagradas y literarias en honor suyo. No hubieran necesitado sus compañeros de este estímulo en otras circunstancias; pero las del estado en que se hallaban, reducido á la mas estrecha economía, incapaz de soportar los gastos indispensables y la apariencia de una cierta ostêntacion, que en ellos redundaría de los honores extraordinarios de su hermano, detuviéron la execucion de este pensamiento y priváron al público de esta complacencia. No obstante,

por satisfacer de algun modo sus propios deseos y los agenos, usáron de un arbitrio á que siempre tienen recurso los literatos pobres, sin peligro de empobrecer mas, y es el de suplir con la pluma las faltas del caudal. Un amigo del difunto, con la merecida aprobacion de los demas, le ilustró su sepulcro, formándole un epitafio ó elogio latino de estilo lapidario, que no se desdeñaría de contar entre los suyos el siglo de oro de la eloqüencia romana, y que como sirve para animar su lápida sepulcral, tambien podrá dexar animada esta narracion, al fin de la qual se copiará literalmente.

§. XII.

Deduccion de su carácter.

Despues de los elogios referidos, y de quanto anteriormente queda dicho, acaso parecerá inútil una mayor extension del carácter personal del P. Isla; pero dexará de parecerlo á vista de los motivos que la piden. El órden cronológico que se ha observado hasta aquí, ha ido siguiendo paso á paso sus acciones y escritos, sin reunir el complexô que de estos y de aquellas resulta, baxo determinadas clases ó especies. Para esta reunion ó epílogo los avisos públicos que se esparciéron son demasiadamente lacónicos, y suponen una pre-

cedente noticia de los méritos en que se fundan. Por lo mismo, habiéndolos explicado hasta ahora, pasemos á formar la deduccion que nos ofrecen.

Carácter moral, carácter religioso, carácter literario, indivisiblemente reunidos, formáron el que fué propio del P. Isla, haciéndole un hombre de los mas estimables y singulares. Su misma constitucion física contribuyó eficazmente á la cultura de su espíritu. Superior, como se ha visto, á los esfuerzos de la edad pueril, y aun de muchos ingenios que en ella empiezan á traslucirse, pareció un relámpago durante el tiempo de sus primeras letras y estu-

dios ya concluidos con aplauso, quando apénas llegaba á la comun época de darles principio. Pero este fruto de tan extraordinaria capacidad é instruccion lo fué al mismo tiempo de una inocencia toda engolfada en los libros, y por consiguiente la mas segura y agena de los peligros que rodean á la niñez y á sus costumbres, de donde provino aquel feliz enlace de perspicacia y de candor que le acompañó hasta la muerte. Libre desde entónces su ánimo, no solo de otras inclinaciones, sino tambien de ideas y noticias ó lisonjeras á los sentidos ó ménos rectas y conformes á la razon, no se mostró accesible á otra pasion do-

minante que á una integérrima veracidad. Aun quando ésta no exîgía en varias circunstancias descubrirse, contentándose con no ser jamas ofendida ni padecer lesion alguna, él no quedaba satisfecho. Ni política, ni respetos, tal vez prudentes, ni condescendencia, ni el natural deseo de agradar y conciliarse el amor y estimacion de otros, nada era capaz de intimidarle ó detenerle un momento en tomar el partido de la verdad ó de la que juzgaba serlo con fundamento. Sus mayores amigos no estaban exêntos en este punto de abiertas, aunque amorosas, reconvenciones. Pero ¿que maravilla, quando repetidas veces se de-

claraba contra sí mismo y desaprobaba sin el menor rebozo ni hazañería lo que habia hecho, dicho ú escrito luego que llegaba á conocer ser lo contrario mas verdadero ó razonable?

Este sólido principio de rectitud moral manifiesta quánto influxo tuvo en sus acciones, habiendo sido el móvil de todas ellas. Su edad juvenil, sus conveniencias y esperanzas domésticas, el entrañable amor de sus padres y la inclinacion recíproca á una dama de igual esfera, se la ofrecian por esposa: oye por algun tiempo las primeras voces de la naturaleza: sigue sus llamadas y ofertas; pero inseparablemente unido á la razon

que lo va conduciendo, con sus luces descubre al fin que no le conviene aquel estado en las circunstancias, y que tampoco las de aquella señora permitian larga dilacion é incertidumbre. Este solo descubrimiento detiene sus pasos, triunfa de sus primeros afectos y cambia su amor honesto en otro aun mas genial, mas vehemente, y si así puede decirse, mas ciego por la sabiduría.

Razon tan despejada y ánimo tan sensible y transportado por la verdad, no podian dexar de conocer y apreciar á quantos le eran mas semejantes, quando la ocasion se los presentaba. Talentos, realidad, honradez y virtud que

observarse en otros, bastaban para que luego se los hiciese amigos, siendo igualmente hábil en obligarlos que pronto y agudo en discernirlos; pero esta habilidad nada tenia de artificio violento, de afectacion ó de segundo fin: era toda sinceridad y una inclinacion indeliberada que lo arrebataba á obsequiar el mérito, donde quiera que lo hallase. Por lo mismo era su amistad indeleble, pura, desinteresada, activa y siempre vigilante en beneficio del amigo. Los mas inferiores de condicion no le eran por este título ménos apreciables si los miraba como afectos ó benévolos, y en quantas ocasiones se ofrecian les correspondia

y servia con igual empeño y eficacia que á los mas distinguidos personages. Se hizo tan visible esta su nobilísima prenda entre todas las demas, que varias veces se excitó entre sus conocidos la duda de ¿como podia atender juntamente á sus vastas tareas literarias y á los muchos oficios y diligencias que practicaba, no solo en favor de sus amigos, sino tambien de quantos á él recurrian?

Para agasajar á los que trataba, no tuvo su liberalidad otros límites que los de su estado y facultades. Los regalos que por precisa urbanidad recibia, pasaban de sus manos á las agenas, ó los invertia en socorro de los pobres. De este

exercicio de su caridad se han omitido en la relacion de su vida no pocos exemplos, parte por semejantes á algunos de los ya referidos, y parte por no haberse sabido mas que en general, ocultándolos él en quanto podia: punto que nos lleva á compendiar su carácter religioso.

La vida comun, que sin excepcion alguna, no siendo por falta de salud, prescribia su instituto á todos sus profesores, fué su principal virtud, ó por mejor decir, el conjunto de las que le distinguiéron. Hasta que por sus achaques fué eximido de algunos diarios exercicios de comunidad, no pretendió la menor dispensa. Ni

el peso de las mas tirantes cátedras de Teología, como hemos observado, ni la multitud de sus sermones, ni la de sus escritos, que ántes de su salida de España formaban ya como veinte tomos en quarto, ni las ocupaciones que se le añadian de freqüentes consultas morales y literarias, le robáron jamas el tiempo destinado á la meditacion, leccion espiritual, misa, confesonario, misiones, asistencia á moribundos, á cárceles y hospitales. Es verdad que la prudencia y atencion de los superiores solian concederle por el verano uno ó dos meses de recreacion en alguna granja, lugar ó ciudad poco distante de su actual resi-

dencia; pero tambien es cierto que casi siempre era convidado y llamado con fuertes instancias de personas que deseaban su compañía y repetidas veces empleaba aquel tiempo de reposo en nuevas fatigas de confesar y predicar.

Si salió de España enfermo y accidentado, atropellando por los peligros y último golpe que de cerca le amenazaban en una larga navegacion, sin embargo de la facultad que le daba de permanecer, como á los demas enfermos, la clemencia y humanidad del soberano; si en Córcega y en Italia se negó resueltamente á las ofertas que se le hiciéron de mejor habitacion, trato y comodidades que

quien no estuviese por tanto tiempo y tan íntimamente penetrado de las máximas de la religion avigoradas de la gracia. Las habia meditado toda su vida con la profundidad y eficacia que descubre en el libro de sus *Reflexiones*, y por lo mismo llegó á observarlas tan bien como las escribió. Igualmente lo atestiguáron en el último tercio de su vida los esfuerzos exemplares de su vista, de su lengua, de su mano, y de su postrada situacion corporal, para no omitir los diarios exercicios de su devocion y buen empleo del tiempo en leer, rezar, escribir, hacerse llevar á la iglesia y orar largamente quando ya estaba su vista tur-

lada, su lengua impedida, su mano trémula, sus pies vacilantes y su cuerpo insensible por mitad. Sobre tan fuertes obstáculos prevaleciéron su razon imperturbable, su fervor cristiano y la costumbre de haber unido con una vida activa y con sus ocupaciones estudiosas el interior recogimiento del alma y la principal atencion al trato con Dios. A correspondencia de esta habitual disposicion debia ser qual fué su feliz muerte de las ménos temidas, de las mas esperadas, de las bien prevenidas y recibidas con inmutable sosiego y alegre conformidad con la voluntad divina, componiendo así juntamente su vida

y su muerte el distintivo de un religioso exâcto y observante.

Dió nuevo realce á su piedad y personal santificacion el zelo y empleo de sus talentos en beneficio espiritual y temporal de los próximos. Ábranse y regístrense menudamente uno por uno todos sus escritos, aun los que todavía restan inéditos. No se hallará uno solo que sea parto del capricho, mera ostentacion de ingenio y literatura, ni aun de especie indiferente por su objeto: todos se enderezan á fines, ó justos y santos, ó útiles y honestos: á fin directamente santo su voluminosa traduccion del *Año cristiano*, sus *Reflexiones*, sus apologías de la reli-

gion baxo diferentes títulos contra algunas obras francesas, su *Arte de encomendarse á Dios* y su *defensa de los religiosos Servitas y Hospitalarios*, á fin utilísimo su famoso *Gerundio* y sus respuestas apologéticas á las acriminaciones que se publicáron de algunos particulares: á instruccion y utilidad comun la *historia del gran Teodosio*, el *Compendio y notas á la de España*, sus *Cartas* y demas producciones, que entre impresas y manuscritas son casi de treinta á cincuenta tomos. Aun las que parecen indiferentes y jocosas, no solo tienen el mérito de la erudicion, agudeza, gracejo y oportunidad con que las escribió, sino

tambien las circunstancias de haberle sido pedidas ó mandadas como una gran parte de la *Juventud triunfante*, el *Dia grande de Navarra*, las *Notas* á los libros de Ciceron sobre la *senectud* y la *amistad*, y la traduccion del *Gil Blas*: otras como las que intituló *cartas de Juan de la Encina*, y el libro de la *vida de Ciceron* en verso didascálico castellano se dirigen á corregir diferentes abusos literarios y morales.

Reunidas estas calidades, que separadamente consideradas y distribuidas pudieran haber hecho recomendables á muchos autores, formáron del P. Isla uno solo, á quien pocos podrán compararse en su

siglo por la extension y complexo de ciencias sagradas y profanas que resulta de sus obras. Unas le acreditan de insigne teólogo, otras de apologista de la religion, otras de ascético, otras de orador y maestro de oratoria, otras de filósofo, otras de historiador, otras de crítico, otras de poeta y todas de erudito universal, de raro y sobresaliente en cada una. Todavía repiten este su merecido elogio las naciones extrangeras, particularmente la italiana que le trató, obsequió y estimó por algunos años hasta su muerte, y que despues de ella se empeñó en conservar su memoria, no ménos que sus obras en las bibliotecas mas

autorizadas. La generosidad española mirará con gratitud este honorífico y desinteresado testimonio de las demas naciones cultas, y sobre todas ellas tendrá por gloria suya haber sido la patria de este sabio, haber visto brillar el idioma nacional en su elegante pluma, y haber triunfado con ella de siniestras imputaciones. Pero aun sin contar con estos justos títulos de patria benevolencia ocupará siempre el P. Isla un lugar distinguido entre los doctos del siglo XVIII, cuyos fastos ilustró igualmente con su religion y virtud que con su ingenio y literatura, como lo epilogó la siguiente, inscripcion sepulcral arriba prometida.

D. O. M.

Josepho. Francisco. Islae.

Natione. hispano. genere. nobili.

Viro

Ingenii

Lepidi. foecundi. perpoliti.

Eleganti. varietate. amoenissimi.

mentis.

Amplae. sublimis. apertae.

Ad. omnes. scientias. natura. comparatae.

In. omnibus. fere. excultae.

Judicii.

Ad. critices. regulas. planè. compositi.

Rhetori. urbanissimo.

Sacrae. elocuentiae. vindici. festivissimo.

Miris. ubique. laudibus. celebrato.

Quem.

Nunquam. morosus. fastidivit. auditor.

Nunquam. fastidiet. lector.

In. patria. oratoria. Tullium.

In. historia. Livium.

In. lyricis. ac. ludicris. Horatium.

Dixeris

Qui

Natus. Villavidanae. in Legionensi. regno.
Die. XXIV. aprilis. ann. Dom. M.DCC.III.
Eximia. pectoris. ingenuitate.
Ac. inculpata. morum. probitate.
Intimuis. Carus.
Exteris. probatissimus.
Exul. exjesuita.
Rerum. humanarum. fluctibus. dire. vexatus.
Sed. infractus. animo.
Pie. obiit.
Bononiae. die. II. novembris.
An. Dom. M.DCC.LXXX.I.
Amici. moerentes.
P.

TRADUCCION.

D. O. M.

A Josef Francisco de Isla,
de nacion español, de linage noble,
varon
de ingenio
gracioso, fecundo, cultísimo,
amenísimo por su elegante variedad:
de entendimiento
despejado, ámplio, sublime,
dispuesto por naturaleza á todas las ciencias,
casi en todas ellas instruido:
de juicio
ajustado á las reglas de la crítica,
retórico urbanísimo,
el mas festivo defensor de la eloqüencia sagrada,
celebrado en todas partes con los mayores elogios:
de quien
nunca se cansó el que le oía,
nunca se cansará el que le lea:
quien puede decirle
en la patria oratoria Tulio,

en la historia Livio,
en poesía lírica y jocosa Horacio:
quien,
nacido en tierra de Valderas del reyno de Leon
á 24 de abril de 1703,
por su exîmia ingenuidad de ánimo,
por la irreprehensible bondad de sus costumbres,
amado de sus familiares,
apreciado de los extraños,
fuertemente maltratado de humanas tempestades,
mas de ánimo invicto y firme,
exjesuita desterrado,
piamente falleció en Bolonia
á 2 de noviembre de 1781
con dolor de sus amigos.

P.

TABLA

de los párrafos que se contienen en este libro.

Párrafo I. *Su primera edad y estudios.*

§. II. *Su recibimiento y empleos en la Compañía: principio y continuacion de sus escritos.*

§. III. *De sus sermones.*

§. IV. *Abusos de la Oratoria sagrada que intentó corregir en España.*

§. V. *Sus ocupaciones ménos laboriosas.*

§. VI. *Su viage á Italia.*

§. VII. *Su establecimiento y trabajos en Bolonia.*

§. VIII. *Exemplo singular de su vir-*

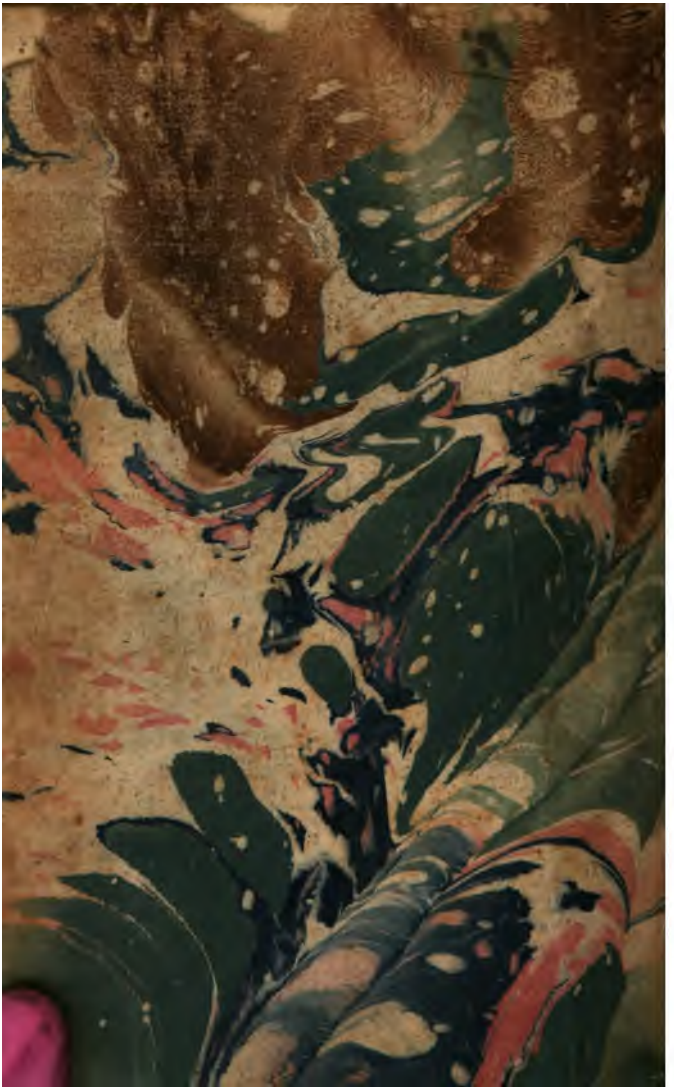
tud, sus últimos escritos y crédito literario.

§. IX. *De sus cartas.*

§. X. *De sus virtudes.*

§. XI. *Su muerte exemplar, y elogios que se hicieron á su memoria.*

§. XII. *Deduccion de su carácter.*

ERRATAS.

Pág.	*Lín.*	*Dice.*	*Léase.*
126.	6.	forzados.	*esforzados.*
130.	10.	le.	*lo.*
38.	7.	incidencia.	*indecencia.*
232.	10.	ó por decir.	*ó por mejor decir.*